
PQ
1997
D5S5
1806
t.1


ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



EL OBSERVADOR NOCTURNO,

O

EL DIABLO COJUELO.

EL OBSERVADOR NOCTURNO, Ó EL DIABLO COJUELO,

COMPUESTO EN FRANCES,

Á IMITACION DEL QUE ESCRIBIÓ

Luis Velez de Guevara,

POR Mr. LE-SAGE:

Traducido al Castellano.

TOMO PRIMERO.

MADRID.

POR REPULLÉS, frente á la Merced.

1806.

Se hallará en la Librería de Castillo, frente de San Felipe el Real.

PRÓLOGO

De Mr. Le-Sage, dirigido al muy ilustre Autor Luis Velez de Guevara.

A vos, Señor Velez de Guevara es á quien dediqué ésta obra la primera vez que la dí á luz. Si entónces me consideré obligado á rendiros este homenage, no hay motivo que me dispense en el dia de hoy de volveroslo á tributar. Ya he declarado, y declaro otra vez públicamente que vuestro Diablo Cojuelo, *me subministró el título, y la idea de este: Por eso os cedo el honor de la invencion; sin querer, como ya os lo he dicho, apurar si algun autor griego, latino ó italiano podria justamente disputároslo.*

Yo confesaré tambien que mirando las cosas de cerca, se hallarian en el cuerpo de esta obra algunos de nuestros pensamientos. Ojalá hubiera en él mas, y que la necesidad de acomodarme al

genio de mi Nacion, me hubiese permitido copiaros fielmente. Me hubiera entónces gloriado de ser vuestro traductor; pero me he visto precisado á apartarme del texto, ó por mejor decir, he compuesto una obra nueva siguiendo el mismo plan.

En la forma que la di al pricipio se ha reimpreso en este Reyno no sé quantas veces. Ámbos á dos hemos partido la gloria del feliz éxito que ha tenido; ¿pero qué digo partido? A mi se me ha tenido en Paris por un copiante vuestro, y me han alabado en segundo lugar.

Actualmente doy una nueva edicion que os dirixo otra vez; pero para hacerla mas digna de volver á la luz pública despues de pasados diez y nueve años, ha sido preciso retocarla, y ponerla, por decirlo así, á la moda. Aunque el mundo sea siempre el mismo, produce sín embargo una série continua de caractéres originales, que parece ocasiona en él alguna mutacion.

No solamente he corregido la obra, si no que la he refundido y aumentado de un volumen, cuyo material me han subministrado fácilmente las locuras humanas. Este es un manantial inagotable de tomos; pero yo no he intentado apurarlo. Dexo semejante tarea á alguno de aquellos autores laboriosos que quieren emplear su larga vida por merecer ocupar una vara de lugar en las Bibliotecas. Yo por mí, que limito mi ambicion á divertir algunas horas á mis lectores, me contento con presentarles un retrato en miniatura de las costumbres del siglo.

Despues de haber confesado, Señor Guevara, que el Diablo de Vmd. tiene la hipoteca sobre el mio, me es preciso confesar tambien para descargo de mi conciencia, que he tomado algunos versos, y pinturas de Francisco Santos, autor de la obra intitulada: Dia y noche de Madrid. *Aunque este robo no es de grande importancia, declaro haberlo hecho, á fin de que algun crítico de mal humor no me compare con*

aquellos ladrones, que para vender sin riesgo una vagilla que han hurtado, la quitan los escudos de armas.

Mucha satisfaccion tendré en que el público reciba ésta última edicion con igual agrado que recibió la primera. No me atrevo á lisongearme de ésta fortuna; aunque la obra sale mas crecida de lo que era, y yo he hecho lo mejor que he podido para causar un nuevo gusto en los que la lean.

EL OBSERVADOR NOCTURNO,

Ó EL DIABLO COJUELO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Qué diablo es el Diablo Cojuelo. Dónde, y por qué casualidad Don Cleofás Leandro Perez Zambullo hizo conocimiento con él.

En una noche del mes de octubre en que la imperial y coronada villa de Madrid estaba obscura como boca de lobo, y era ya la hora de estar cada uno en su casa, y libres las calles á los enamorados que delante de los balcones de sus amadas prendas, querian declararlas cantando sus penas ó su alegria, quando ya el tañido de las guitarras inquietaba el ánimo de los padres, y asustaba á los maridos zelosos; finalmen-

te, siendo ya muy cerca de las doce, sucedió que Don Cleofás Leandro Perez Zambullo, saliendo aceleradamente por una guardilla de una casa á que le habia conducido el atolondrado hijo de la Diosa de Citerea, procuraba salvar su vida y estimacion, esforzándose quanto podia por libertarse de tres ó quatro espadachines que le iban á los alcances con intento de matarle, ú obligarle á casarse por fuerza con una dama con quien poco ántes le habian sobrecogido. Habiase defendido valerosamente, aunque solo, de ellos, y si echó á huir fué por haberle quitado la espada en la refriega. Persiguiéronle algun tiempo por los texados; pero él burló sus miras favorecido de la obscuridad, y andando de texado en texado se encaminó hácia una luz que divisó á lo léjos, la qual aunque medio apagada, le sirvió de farol en un lance tan apretado. Despues de haberse expuesto á romperse la cabeza veinte veces, llegó junto á un desban, don-

de salian aquellos débiles rayos de luz; y entró dentro tan lleno de gozo como quando un piloto ve surgir felizmente en el puerto su navío, que estaba para irse á pique.

Miró inmediatamente por todas partes, y atónito de no ver á nadie en aquel desban, que le pareció una habitacion bastante extraña, se puso á exâminarlo con mucha atencion. Vió una lámpara de cobre colgada del techo, varios libros y papeles confusamente mezclados en una mesa, esferas, y compases en un lado del quarto, redomas y quadrantes en otro; de lo que coligió que algun astrólogo que vivia debaxo, subia á hacer observaciones á aquel parage retirado.

Estaba reflexîonando sobre el peligro de que se habia librado, y discurriendo consigo mismo si aguardaría allí, á que amaneciese, aunque todavia faltaba mucho para ello, ó qué otra resolucion tomaria, quando oyó un largo suspiro cerca de donde estaba. Creyó ser esto efecto de su

imaginacion agitada ó ilusion de la noche. Por esta causa continuó en sus reflexîones; pero oyendo suspirar otra vez no dudó era cosa cierta; y aunque no veia por allí alma nacida, no dexó por eso de preguntar: ¿Quién diablos suspira aquí? Soy yo, Señor Licenciado, le respondió una voz algo extraordinaria; que estoy va ya para un año metido en una de estas redomas tapadas. En esta casa estrecha vive un sabio astrólogo que es mágico, y por el poder de su arte me tiene encerrado en esta cárcel. ¿Con que eres un espíritu? le dixo Don Cleofás, algo turbado de aquella extraña aventura. Yo soy un Diablo, replicó la voz, y has venido muy apropósito para sacarme de semejante cautiverio. Me consumo de verme ocioso, porque has de saber soy el Diablo mas activo y laborioso de quantos hay en el infierno.

Estas palabras causáron un cierto pavor en Don Cleofás; pero como era naturalmente esforzado, se sosegó, y con tono animoso le dixo: dime Dia-

blo, si quieres, qué clase ocupas entre tus compañeros, si éres Diablo noble, ó plebeyo. Soy un Diablo de importancia, respondió la voz, y el que logra de mas fama en uno y otro mundo. ¿Eres acaso, continuó Don Cleofás, el llamado Lucifer? No por cierto, replicó el Espíritu; ese Diablo es el de los charlatanes. ¿Eres Uriel? replicó el Estudiante. ¡Qué asco! profirió entónces con enfado la voz, ese es el protector de los traficantes, de los sastres, de los tablajeros, de los panaderos, y de los demas ladrones de tercer órden. ¿Quizá eres Belcebut? dixo Don Cleofás. Tú tienes gana de chancearte, respondió el Espíritu, creyéndome el Diablo de las dueñas, y de los escuderos. Eso me aturde, dixo el Estudiante, porque yo creia que Belcebut era uno de los principales personages de tu compañia. Pues es uno de sus mas ínfimos sugetos, prosiguió el Diablo, y veo que careces de noticias puntuales de nuestro infierno.

Es preciso, pues, dixo Don Cleofás, que seas Leviatan, Belfegor, ó Astarot. Esos, expresó la voz, son diablos de primera clase, son Espíritus de corte. Entran en los consejos de los Príncipes, sugieren á los que los han de aconsejar, forman las alianzas, excitan las sublevaciones en los reynos, y encienden el fuego de la guerra. Ahora dime, te suplico, replicó el Estudiante, ¿quál es el empleo de Tragel? Ese es el móvil de los enredos, y el espíritu de los pleytistas. Fué quien compuso el protocolo de los escribanos; inspira á los litigantes, posee á los abogados, y tiene cogido á los jueces. Mis ocupaciones son distintas; yo hago matrimonios casando hombres ya barbones con muchachas menores de edad, amos con sus criadas, y doncellas mal dotadas con amantes apasionados que no tienen ni renta ni empleo. Yo soy el que he introducido en el mundo el luxo, la disolucion, y los juegos de envite; y soy el inventor

de los torneos, del bayle, de la música, y de todas las modas. Me llamo Asmodeo, y por sobrenombre el Diablo Cojuelo.

¡Ola! Exclamó Don Cleofás: ¿con que tú eres aquel celebre Asmodeo, de quien con tanto elogio hablan Agripa, y la Clavícula de Salomon? Pues ahora veo que no me has contado todos tus entretenimientos. Has olvidado el mas curioso. Estoy enterado de que algunas veces te diviertes en aliviar á los amantes desgraciados, por señas de que un bachiller amigo mio logró con tu ayuda el que le quisiese la muger de un doctor de Alcalá. Así es, dixo el Espíritu, yo te guardaba esto para plato de postres. Yo soy el Diablo de la lascivia, ó hablando con mas honor el dios Cupido, porque los poetas me han dado este lindo nombre, y estos caballeros me pintan haciéndome mucho favor. Dicen que tengo álas doradas, vendados los ojos, un arco en la mano, una aljaba con flechas en el hom-

bro, y ademas de eso, que mi hermosura es extremada. Pronto verás si es así, si quieres ponerme en libertad.

Á la verdad, Asmodeo, dixo Don Cleofás, que te consta hace mucho tiempo, que te profeso una grande inclinacion, como lo puede atestiguar el peligro que acabo de correr. Me alegro muchísimo de tener ocasion de servirte; pero la vasija en que estás metido estará sin duda encantada, y por mas que haga no lograré destaparla ni romperla, y así no sé muy bien como hacer para sacarte de esa prision. No estoy muy práctico en esta especie de rescates, y aquí para los dos, si siendo tú un Diablo tan astuto no sabes salir del paso, ¿cómo quieres que un desdichado mortal pueda conseguirlo? En los hombres reside ese poder, respondió el Diablo; la redoma en que estoy encerrado, es solo de vidrio y fácil de romper; no tienes mas que cogerla y tirarla contra el suelo, y me verás aparecer

en figura humana. De ese modo, dixo el Estudiante, la cosa es mas llana de lo que yo pensaba. Dime, pues, en qué redoma estás, porque veo una porcion bastante grande de otras iguales, y no puedo discernir quál es. Es la quarta del lado de la ventana, replicó el Espíritu. Está bien, dixo Don Cleofás, solo hay un leve inconveniente que me detiene, y es, que tal vez despues de haberte servido harás conmigo alguna de las tuyas. No temas, replicó el Espíritu, que te suceda mal alguno, ántes bien quedarás contento de mi gratitud. Te enseñaré quanto quieras saber; te enterarê de todo lo que pasa en el mundo, te descubriré todos los defectos de los hombres, seré tu Diablo tutelar, y mas instruido que el genio de Sócrates, quiero que excedas en sabiduria á éste célebre filósofo: en una palabra, quiero entregarme á tí con mis buenas y malas propiedades, que así unas como otras te serán igualmente provechosas.

Bellas promesas son estas, replicó Don Cleofás; pero vosotros los señores diablos estais notados de que no sois muy puntuales en cumplir lo que ofreceis á los hombres. Ese concepto tiene algun fundamento, dixo Asmodeo. La mayor parte de mis compañeros no hacen escrúpulo de faltar á su palabra; pero yo soy esclavo de la mia, y te juro por todo quanto entre nosotros es inviolable para que no quebrantemos nuestros juramentos, que no te engañaré; y aun te prometo que esta noche misma te he de vengar de Doña Tomasa, de esa pérfida muger que tenia escondidos en su casa quatro malvados para asaltarte y precisarte á que te casases con ella.

Quedó de aquello contentísimo Don Cleofás, especialmente de la última promesa, y para abreviar el cumplimiento de ella, cogió al instante la redoma en que estaba el Espíritu, y sin detenerse mas en lo que podia acontecer, dió con ella un fuerte gol-

pe en el suelo. Hízose mil pedazos la redoma, é inundó el quarto de un licor que tiraba á negro, el qual fué evaporándose poco á poco, y se convirtió en un humo espeso, que disipándose de repente dexó ver al admirado Estudiante la figura de un hombre, con una capa, de dos pies y medio de alto, poco mas ó ménos, apoyado en dos muletas. Las piernas de aquel cojo y pequeño monstruo semejaban á las de un macho de cabrío; era carilargo, punteagudo de barba, de color cetrino y negro, y muy aplastada la nariz, sus ojos que mostraban ser muy pequeños, parecian dos brasas de lumbre, la boca se puede decir le llegaba casi á las orejas, y con dos labios tan gruesos que no se habian visto iguales, y finalmente los vigotes eran roxos.

Este gracioso Adonis tenía envuelta la cabeza con un género de turbante de crespon encarnado, y realzado de un penacho de plumas de gallo, y de pavo real. Traía rodea-

da al cuello una ancha corbata de lienzo amarillo, en la que estaban pintadas varias muestras de collares y pendientes. Tenía puesto un ropage corto de rasoliso blanco, sujeto con un ceñidor de pergamino, y señalados por todo él varios caractéres talismánicos. En el ropage habia dibuxadas muchas cotillas muy ventajosas para mejorar el talle, varios adornos de cabeza, delantales bordados, y nuevos peinados á qual mas ridículos.

Todo esto sin embargo era nada en comparacion de la capa tambien de rasoliso blanco, en que estaban pintadas, con tinta de la China, diversas figuras; pero con tan gran libertad de pinceles y expresiones tan vivas, que claramente se conocía que el Diablo había andado en ello. En una parte se veia una dama española tapada con manto, que hacía señas á un extrangero en el paseo; y en otra á una madama francesa que estudiaba en un espejo nuevos gestos para ha-

cer la prueba de ellos en un abate barbiponiente, que se presentaba á la puerta de su quarto con lunares y colorete en la cara. Aquí unos caballeros italianos toman la vihuela y cantaban para dar música y divertir á sus queridas; y allí unos alemanes desabrochadas las chupas, y en el mayor desórden, mas tomados de vino, y mas chafarrinada la cara de tabaco, que petimetres franceses, estaban al rededor de una mesa sembrada de los desperdicios de su glotonería. En un parage estaba un magnate turco, que salía del baño, y rodeado de todas las mugeres de su serrallo, las quales andaban muy oficiosas en servirle, y en otro un caballero inglés que presentaba con garvo á su dama una pipa y un baso de cerbeza. Tambien se advertian allí maravillosamente expresados varios jugadores, que muy alegres unos iban amontonando en el sombrero monedas de oro y plata, miéntras los demas que ya no jugaban, sino sobre su palabra, lanzaban

al cielo miradas sacrílegas, y mordian de corage los naypes. Finalmente, allí se manifestaban casi otras tantas cosas curiosas como en el admirable escudo del hijo de Peléo, en el que habia apurado todo su arte Vulcano; pero con la diferencia entre las obras de estos dos cojos, que las figuras del escudo ninguna conexîon tenian con las proezas de Aquiles, y al contrario, las de la capa todas eran unas vivas imágenes de quanto sucede en el mundo por subgestiones de Asmodeo.

CAPÍTULO II.

De lo ocurrido despues de la libertad dada á Asmodeo.

Advirtiendo éste Diablo, que su figura no le recomendaba para con el Estudiante, le dixo sonriéndose: ahora bien, Señor Don Cleofás Leandro Perez Zambullo, en mí ves al dios hechicero del amor, aquel dueño soberano de las voluntades. ¿Qué

te parecen mi garvo y hermosura? ¿No son á tu entender unos excelentes pintores los poetas? Hablándote con franqueza, respondió Don Cleofás, son algo aduladores. Yo creo que no te presentarías con esa figura delante de Psiquis. No por cierto, replicó Asmodeo, ántes bien tomé la de un marquesito pulido para que se enamorase de mí sobre la marcha. Es necesario cubrir el vicio de una apariencia agradable, pues de otra suerte no gustaría. Yo me transformo como quiero, y hubiera podido presentarme á tu vista disfrazado con un cuerpo fantástico mas hermoso; pero habiéndome entregado todo á tí, no quiero disimularte nada, he querido me vieses en la figura mas acomodada á la opinion que tienen de mí, y de mis ocupaciones.

No me espanto, dixo el Estudiante, de que seas algo feo; perdona, si gustas, esta libertad, pues, el trato que vamos á tener los dos pide nos hablemos sin ceremonia. Tu traza cor-

responde bastante á la idea que yo habia formado de tí; pero dime, te suplico, ¿por qué eres cojo? Mi cojera, respondió Asmodeo, es efecto de una pendencia que tuve tiempos pasados con Pillardo, Diablo del interes, á la que dió motivo el saber quién de los dos se haria dueño de un asentista, que vino á la corte á hacer fortuna. Como era un sugeto de excelentes prendas disputamos vivamente su posesion. La contienda fué en la mediana region del ayre; vencióme mi contrario, y me arrojó á la tierra de la misma manera que Júpiter, segun cuentan los poetas echó abaxo á Vulcano; y la conformidad de estas aventuras dió ocasion á mis camaradas para que me pusiesen el apodo del *Diablo Cojuelo*; y aunque lo hiciéron en chanza, me he quedado con él desde entónces. Sin embargo, aunque todo estropeado, no por eso dexo de manejarme con viveza y agilidad, como lo verás. Pero, añadió, concluyamos esta conversacion, y de-

monos prisa por salir de este caramanchon, porque el Máxico pronto subirá á trabajar en hacer inmortal á una hermosa Silfida que viene aquí á buscarle todas las noches, y si nos cogiese, me volveria sin remedio á embotellar, y puede que contigo hiciese lo mismo. Arrojemos ántes los pedazos de la redoma para que el encantador no conozca mi fuga. Quando lo advirtiese despues, de nuestra partida, dixo Don Cleofás: ¿qué podia suceder? Replicó el Diablo. Bien podia yo esconderme en las extremidades de la tierra, ó en la region que habitan las salamandras encendidas, ó descender á donde están los Gnomos, ó al mas profundo abismo de los mares que no viviria seguro de su enfado. Proferiria unas imprecaciones terribles, que de oirlas temblaría todo el infierno; finalmente, me seria imposible resistir á sus órdenes soberanas, y me vería á pesar mio, en la precision de comparecer ante él á sufrir el castigo que quisiese imponerme.

Siendo eso así, replicó el Estudiante, mucho me temo que nuestro trato ha de durar poco, porque ese tremendo Nigromántico echará pronto de ver tu huida. Eso es lo que no puedo decir, respondió el Espíritu, porque nosotros no sabemos lo que ha de suceder; ¡cómo! dixo Don Cleofás, ¿vosotros ignorais lo venidero? Así es, prosiguió Asmodeo; y por eso los que en esta parte se fian en nosotros, son unos solemnes mentecatos. De ahí nace que los adivinos y adivinas no dicen sino disparates, y son la causa de que hagan tantos varias mugeres de distincion que van á consultarlas sobre lo por venir. No se, pues, si el Mágico advertirá inmediatamente mi ausencia; pero confio en que no, porque hay aquí muchas redomas iguales á la en que estaba yo guardado, y de esa suerte no sospechará la falta de ésta. Yo estoy en su laboratorio como un libro de derecho en la librería de un letrado; no se acuerda de mí, y aun quando se

acordase, jamas me honra con su conversacion. Es el encantador mas orgulloso de quantos conozco, y desde que me tiene preso, no se ha dignado de hablarme ni una sola vez. ¡Qué hombre! dixo Don Cleofás. ¿Pues qué has hecho para incurrir en su indignacion? Fustré una de sus ideas, respondió Asmodeo. Hallábase vacante un empleo en la aduana, y queria se diese á un amigo suyo, quando yo deseaba lo obtuviese otro. El Máxico hizo un talisman compuesto de los caractéres mas eficaces de la Gabula; pero yo me valí de la querida de un contador que venció al talisman.

Dicho esto recogió el Espíritu todos los pedazos de la redoma, y habiéndolos arrojado por la ventana, le dixo al Estudiante. ¡Ea! vamonos de aquí quanto ántes; agarrate de la punta de mi capa, y no tengas miedo. Aunque le pareció peligroso á Don Cleofás este partido, quiso mas admitirlo que quedar expuesto á la ira del Máxico; y así se agarró quanto pu-

do de Asmodeo, quien se lo llevó por la ventana.

CAPÍTULO III.

Á dónde llevó el Diablo á Don Cleofás, y qué cosas fuéron las primeras que le hizo ver.

No sin fundamento habia Asmodeo alabado su agilidad. Hendió los ayres á manera de una flecha disparada con violencia, y fué á plantarse sobre la torre de la parroquia de san Salvador de Madrid, y habiendo hecho ya asiento allí, dixo á Don Cleofás: ahora bien, Señor Don Leandro, quando de un coche que tiene mal movimiento, dicen que es un coche diabólico ¿no es verdad que se engañan? Acabo de ver el engaño, respondió cortesmente Don Cleofás; ántes bien puedo asegurar que es un carruage muy suave, y tan diligente además, que no hay tiempo para fastidiarse en el camino.

El haberte traido aquí, dixo Asmodeo, has de saber que es con el fin de enseñarte desde este elevado sitio lo que pasa ahora en Madrid. Voy con mi poder diabólico á levantar los techos de las casas, y es mi voluntad que apesar de las tinieblas de la noche puedas ver sin velo el interior; y dicho esto no hizo mas que extender el brazo derecho, y al instante apareciéron descubiertas todas las casas, de suerte, que el Estudiante vió como en la mitad del dia todo lo que pasaba en ellas; del mismo modo dice Luis Velez de Guevara, se vé lo de dentro de un pastel despues de haberle quitado la tapa.

La novedad de semejante espectáculo no podia ménos de atraer toda su atencion; comenzó á pasear la vista por todas partes, y en la variedad de casas que le cercaban tuvo bastante en que ocupar por mucho tiempo su curiosidad. Señor Estudiante, le dixo el Diablo, esa confusion de objetos que con tanto gusto estás mirando, es á la verdad muy agradable el

contemplarla, pero para darte un cabal conocimiento de la vida humana, es preciso te vaya explicando lo que hacen todas esas personas que ves. Voy á rebelarte los motivos de sus acciones y sus mas escondidos pensamientos.

¿Por dónde empezaremos? Repara desde luego en esa casa de mano derecha á un viejo que está contando oro y plata, pues es un avaro. Su coche que ha comprado casi de valde en la venta de la herencia de un Alcalde de Corte, lo tiran dos mulas flacas, las que mantiene segun la ley de las doce tablas, que es decir, que no las da á cada una al dia mas que un quartillo de cebada. Las trata como los romanos trataban á sus esclavos. Hace dos años que volvió de Indias cargado de una gran cantidad de pesos. Admírate de ver el contento con que ese viejo loco contempla sus riquezas, de modo que no se sacia de mirarlas. Pero al mismo tiempo observa lo que pasa en un quarto pequeño de la mis-

ma casa. ¿No ves á dos jóvenes con una vieja? Ya los veo, respondió Don Cleofás. Esos serán sus hijos. No, dixo Asmodeo, son los sobrinos que han de heredarle, é impacientes por dividir entre sí sus despojos, han hecho venir secretamente á esa muger, creyendo neciamente que sabe adivinar, para que les diga el dia de la muerte de su tio.

Notad en la casa vecina á una petimetra ya vieja, que se va acostar despues de haber dexado sobre el tocador el pelo; las cejas, y los dientes. ¿Ves mas léjos á aquel galan sexâgenario, que vuelve despues de haber estado cortejando á una dama? Ya se ha quitado un ojo, y los vigotes postizos, y la cabellera con que encubre la calva; y ahora espera venga el criado á quitarle un brazo y una pierna de palo para meterse en la cama con el resto.

Si doy crédito á mis ojos, dixo Zambullo, veo en esa casa una señorita alta, y de poca edad, que parece un dibuxo. ¡Qué cara tan preciosa la

suya! Pues mira, replicó el Cojuelo, esa jóven hermosa que tanto te suspende, es la hermana mayor de ese galan que va á meterse en la cama, y puede decirse que es la pareja de la vieja presumida, que vive con ella. Su talle que te causa admiracion, es una máquina en que he apurado yo todos los recursos de la ciencia de la maquinaria. El pecho y las caderas son en ella artificiales. No ha mucho tiempo que estando en una visita de recibo de novia, al acabar de baylar se la cayéron las nalgas en medio de la sala. Sin embargo, como hace ademanes, como si solo tuviese veinte años, dos caballeros jóvenes disputan sobre quien se la ha de llevar, tanto que han llegado á las manos por ella. ¡Qué frenéticos! Me parece que estoy viendo dos perros que riñen por un hueso.

Mirad en esa casa suntuosa un gran personage acostado, en una cama magnífica. Tiene á su lado un caxoncito lleno de esquelas amorosas, y las está leyendo para quedarse dormido

agradablemante, porque son de una dama á quien adora, y que le hace gastar tanto, que en breve se verá reducido á pretender un vireynato, ó pedir una limosna. Pero si todo reposa en esa casa, advierte en la inmediata á la izquierda la bulla que anda. Doña Fábula, que es la que está en aquella cama de la colcha de damasco carmesí, ha enviado á buscar una comadre, porque va á dar á luz un heredero á Don Toribio, su marido. ¿No te hechiza, dime, el buen genio de este caballero? Los gritos que está dando su querida esposa le atraviesan el corazon; se halla muerto de pena, y padeciendo tanto como ella. ¡Con qué atencion y actividad anda solícito por aliviarla!

Con efecto, dixo el Estudiante, muy agitado le veo; pero por la contraria, allí hay uno que duerme con grandísimo sosiego, sin cuidado de lo que pasa. Ese es un criado, dixo el Cojuelo, que debiera incomodarse para aliviar el desasosiego de su amo,

y los dolores de su ama, en que tiene no pequeña parte.

Mira mas allá á aquella bruja que está untándose con manteca rancia para ir á una junta que se celebra esta noche entre san Sebastian y Fuenterrabía. Yo te llevaria allá al instante para que tuvieses esta diversion si no temiera ser conocido por un Diablo, que está allí transformado en figura de macho de cabrio. Es un picaro que me venderia, pues no dexaría de ir á avisar de mi fuga á nuestro Mágico. ¿Con que este Diablo y tú no sois amigos? Ciertamente que no, replicó Asmodeo, es aquel mismo Pillardo de quien te hablé ántes. Dos años hace que tuvimos otra contienda por un hijo de familia que pensaba elegir carrera. Ambos intentábamos mezclarnos en ello; Pillardo queria ponerle en una oficina; y yo que fuese un cortejador de damas que le regalasen; pero nuestros compañeros para terminar la disputa, hiciéron de él un mal religioso. Finalmente nos reconciliamos, y

nos abrazamos; desde entónces somos enemigos mortales.

Dexemos estar esta bella junta, dixo Don Cleofás, y sigamos el exámen de lo que ocurre en esta villa. Enhorabuena, replicó Asmodeo, riámonos un poco de aquel músico ya viejo, que canta una tonadilla amorosa á su muger, que es jóven. Quiere que ella celébre el buen gusto de lo que acaba de componer; pero ella gusta mas de la letra, que es de un bello caballero que la quiere, y se la ha dado á su marido para ponerla en música. Burlémonos de aquel.... Hazme el favor de esperar, interrumpió Don Cleofás, dime primero lo que significan las chispas de lumbre que salen de esa cueva. Esta es, dixo el Cojuelo, una de las mas disparatadas ocupaciones de los hombres. Aquel que ves en esa cueva junto á una hornilla encendida, es un soplador. El fuego va poco á poco consumiendo su opulento patrimonio, y nunca hallará lo que busca, porque aquí entre no-

sotros, la piedra filosofal es una bella extravagancia que yo mismo he forjado para burlarme de la capacidad humana, que quiere pasar de los límites que se le han señalado.

Mira cerca de allí aquel boticario, la vieja de su muger y el mancebo, que estan á estas horas trabajando en la botica. ¿Pues sabes lo que hacen? El marido está componiendo unas píldoras para un abogado viejo y casado que no quiere morirse; el mancebo hace un cocimiento purgante, y la muger machaca en un mortero varias drogas para el mal histérico. En la casa de enfrente, dixo el Estudiante, advierto á un hombre que se ha levantado y se está vistiendo aprisa. Ese, respondió el Espíritu, es un médico que dexa la cama por un caso muy urgente, pues han venido á llamarle de parte de un hipocondriaco, que en una hora que hace se ha acostado, ha tosido dos ó tres veces.

Extiende la vista mas allá á mano derecha, continuó Asmodeo, y haz

por distinguir á uno en una guardilla que está paseándose en camisa y calzoncillos á la débil claridad de un candil. Ya estoy, exclamó el Don Cleofás, por señas que descubro allí un mal xergon, un memorial, una mesa, y las paredes todas borrageadas de negro. El personage que vive en habitacion tan alta, replicó el Diablo, es un poeta; y aquellos garrapatos son versos trágicos de un ingenio, con los que ha entapizado su morada, pues por no tener papel se ve precisado á escribirlos en la pared. Juzgo, dixo el Estudiante, al verle pasear con aquella agitacion y movimientos, que está componiendo alguna obra de fundamento. Razon tienes, en formar ese juicio, dixo el Cojuelo; ayer dió la última mano á una tragedia intitulada: *El Diluvio universal.* Nadie podrá censurarle de que no ha guardado la unidad de lugar, porque todas las escenas se representan en el arca de Noé. Te puedo asegurar que la tal produccion es primoro-

sa; todos los animales hablan en ella como unos doctores. Tiene ánimo de dedicarla, y seis horas hace que trabaja en la epístola dedicatoria, en cuya última frase se halla ahora mismo. Se puede decir de la tal dedicatoria, que es una pieza maestra. Quantas virtudes morales hay, y quantos elogios pueden hacerse de un sugeto ilustre por sus antepasados, y por su persona, no están echados allí en olvido, tanto que hasta de presente ningun autor ha gastado con tanta profusion el incienso. ¿Y á quién piensa dirigir semejante panegírico? Preguntó Don Cleofás. Todavia no lo sabe, respondió Asmodeo, y por eso ha dexado el nombre en blanco. Anda buscando algnn señor rico, que sea mas liberal que aquellos á quienes ya ha dedicado otros libros; pero en el dia de hoy son muy contadas las personas que pagan las epístolas dedicatorias. Los sugetos de distincion se han corregido de esta falta, y en ello han hecho beneficio al público, que

se sentia molestado de malas producciones del entendimiento, y porque las mas de las obras se componian únicamente por el provecho de las dedicatorias.

Ahora que hablas de dedicatorias, dixo el Cojuelo, te contaré un pasage bastante extraño. Habiendo permitido una señora de la corte que la dedicasen una obra, y querido ver la dedicatoria ántes de que se imprimiese, no pareciéndola se la alababa como queria, se tomó ella el trabajo de componer una á su modo, y enviarsela al autor para que la pusiese á la frente de su libro.

Pareceme, exclamó Leandro, que unos ladrones han entrado por un balcon en una casa. No te engañas, dixo Asmodeo, esos son ladrones nocturnos, que se han metido en el despacho de un cambista; pero han errado el golpe. ¿Por qué motivo? dixo el Estudiante. Porque el cambista, replicó el Cojuelo, se ha adelantado marchando ayer á Holanda

con quanto tenia en los cofres.

Si no me engaño, dixo Don Cleofás, veo tambien un ladron que sube á un balcon por una escala. Aquel no es ladron, replicó Asmodeo, sino un Marqués que intenta dar la escalada para introducirse en el quarto de una señorita que desea ser madre de familia. El Marques la ha jurado muy á la ligera que se casará con ella, con la qual promesa ha logrado su afecto, porque en el tráfico del amor son los marqueses unos negociantes que tienen gran crédito en el comercio.

Deseo saber, dixo el Estudiante, qué hace un hombre que veo en bata y gorro escribiendo con aplicacion, y á su lado una figura negra, que le lleva la mano. El que escribe, le satisfizo Asmodeo, ès un escribano que por servir á un tutor muy agradecido altera una sentencia executoria dada en favor de una pupila; y el negrito que le lleva la mano, es Grifael, el diablo de los escribanos. ¿Pero ese

Grifael, dixo Don Cleofás, será solo interino? pues siendo Flagel el espíritu del foro, las escribanías deben ser de su departamento. No, replicó Asmodeo, pues á los escribanos se les ha juzgado dignos de tener su diablo particular; y te aseguro de veras que á este le sobran los quehaceres.

¡Ola, ola! exclamó el Estudiante, aquí hay otro espectáculo. En esta casa grande á la izquierda, toda la gente está aun en pie. Unos se estan regalando con buenos bocados, y otros baylan: ¿qué significa todo esto? Son unas bodas, dixo el diablo, pero no hace tres dias que en esta misma casa donde se divierten ahora, estaban con una grandísima pesadumbre. Es una historia que es preciso que yo te cuente, por ser digna de tu atencion.

CAPÍTULO IV.

Historia del Conde de Bellaflor, y de Doña Leonor de Céspedes. (a)

El Conde de Bellaflor, uno de los principales señores de la corte, estaba ciegamente enamorado de Doña Leonor de Céspedes, doncella de poca edad; pero sin ánimo de casarse con ella, no pareciéndole un partido bastante ventajoso para él la hija de un simple hidalgo, y así no llevaba otro fin que tenerla por dama. Con esta intencion la seguia á todas partes, y no perdia ocasion de darla á entender su amor con sus miradas; pero no podia ni hablarla ni escribirla, porque no la dexaba un punto una dueña severa y vigilante, llamada Do-

(a) Esta historia manifiesta los precipicios á que se exponen las incautas doncellas quando dan oidos á los jóvenes, y á los malos consejos de una falsa amiga; al propio tiempo enseña á los padres á velar sobre la educacion y custodia de sus hijas.

ña Marcela. Estaba desesperado; y como los obstáculos irritaban mas sus deseos, andaba continuamente discurriendo medios de engañar al argos que guardaba á su ídolo. Por otra parte, la Doña Leonor que habia advertido la inclinacion que el Conde la manifestaba, no pudo dexar de mirarle tambien con la misma, y así fué insensiblemente criando en su corazon una pasion que vino al fin á ser muy violenta. Yo no la fortalecia con mis tentaciones ordinarias, porque el Mágico que me tenia encarcelado entónces, me habia privado del uso de todas mis funciones; pero bastaba que la naturaleza anduviese en ello, pues no es ménos peligrosa que yo, con sola la diferencia, que ella corrompe poco á poco los corazones, y yo lo conquisto de pronto.

En este estado se hallaban las cosas quando yendo un dia á misa Doña Leonor y su inseparable Aya, encontráron á una vieja con un rosario en la mano, de los mas grandes que

puedan verse ; llegóse á ellas con semblante afable y risueño, y hablando con la dueña, la dixo : Dios la de á Vmd. mucha vida, y sù santa paz. Perdone si la pregunto si es Vmd. Doña Marcela, la casta viuda del Señor Don Martin Rosado. Habiendo respondido el Aya que sí, la encuentro á Vmd. pues, muy á tiempo, la dixo la vieja, para avisarla que en mi casa tengo un pariente anciano que desea en gran manera hablarla cierto asunto. Hace pocos dias que llegó de Flandes; ha conocido, no así como quiera, sino mucho á su marido de Vmd. y tiene cosas de la mayor importancia que comunicarla. Á no haber caido enfermo hubiera pasado á casa de Vmd.; pero el pobre desdichado está en las puertas de la muerte. Yo vivo á dos pasos de aquí; tómese Vmd. la molestia, si gusta, de venir conmigo.

Temiendo el Aya, que era entendida y discreta, cometer alguna imprudencia, no sabia qué hacerse; pero

adivinando la vieja el motivo de su perplexidad, la dixo: mi querida Doña Marcela, Vmd. puede fiarse en mí con toda seguridad; yo me llamo la Chichona. El Licenciado Marcos de Figueroa, y el Bachiller Pedro de las Torres, responderán por mí como por sus abuelas. El proponerla yo venga á mi casa, no lleva otro fin que su mismo bien. Lo que quiere mi pariente es restituirla á Vmd. cierta cantidad de dinero que le prestó en otro tiempo vuestro marido. Al oir la palabra restitucion no se detuvo mas Doña Marcela, y dixo á Leonor, vamos hija, vamos á ver al pariente de esta buena señora, pues es obra de misericordia visitar los enfermos.

En breve llegáron á casa de la Chichona, quien la hizo entrar en una alcoba, donde estaba uno en la cama con la barba ya blanca; y que si no estaba muy malo, á lo ménos parecia estarlo. Mira, primo, le dixo la vieja al presentarse el Aya; aquí tienes á la buena Señora Doña Mar-

cela, á quien deseas hablar, á la viuda del Señor Don Martin Rosado, tu amigo. Al oir esto levantó el anciano un poco la cabeza. Saludó á la dueña, y la hizo seña de que se acercase á la cama; y luego que estuvo ya sentada á la cabecera, con voz doliente, la dixo: doy gracias al cielo, mi estimada Doña Marcela, de que me ha dexado vivir hasta ahora, que era mi único deseo, temiendo morirme sin lograr de la satisfaccion de ver á Vmd. y entregarla en propia mano cien ducados que su difunto marido, y mi íntimo amigo, que esté en gloria, me prestó para sacarme de un lance de honor que tuve tiempos pasados en Flandes, en la ciudad de Brujas.... ¿No la habló á Vmd. nunca de este caso? !Ay de mí! no por cierto, respondió la dueña; jamas me contó semejante especie. ¡El Señor le haya coronado de gloria! tenia un corazon tan generoso, que olvidaba los favores que habia hecho á sus amigos, y en nada se parecia á aquellos

fanfarrones que se alaban del bien que no han hecho; jamas me dixo haber servido á nadie. Tenia buen corazon sin duda alguna; ninguno estará mas persuadido que yo de esto, y en prueba de lo que dixo, es preciso que yo refiera á Vmd. un lance de que salí con felicidad con su auxîlio; pero como tengo cosas que decir de la mayor importancia para la memoria del difunto, quisiera no rebelarselas sino á su prudente y callada viuda.

Pues bien, dixo á esta sazon la Chichona, habla á esta señora esa relacion á solas; y miéntras tanto esperarémos en mi gabinete esta señorita y yo. Con esto dexó á la dueña sola con el enfermo, y se llevó á Doña Leonor á otra pieza, en donde sin andar en rodeos, la dixo: hermosa Doña Leonor, los instantes son muy preciosos para malograrlos: Vmd. conoce de vista al Conde de Bellaflor; ya hace mucho tiempo que está enamorado de Vmd., y muriendo de de-

seo de deciroslo ; pero la vigilancia y severidad de Doña Marcela le han estorbado hasta ahora el lograr esta satisfaccion ; desesperado ya se ha valido de mi maña, que yo he puesto en obra por él. Ese viejo á quien acaba Vmd. de ver, es un jóven criado del Conde, y todo quanto he hecho no es mas que un ardid que hemos tramado para engañar al Aya, y traeros aquí.

Al acabar estas palabras entró en el quarto el Conde, que estaba escondido, y echándose de repente á los pies de Doña Leonor. Señora, la dixo: perdonad esta estratagema á un amante, que no podia vivir ya sino conseguia el hablaros. Si esta señora por servirme no hubiera hallado medios de procurarme este gusto, me hubiera dexado llevar de mi desesperacion. Estas expresiones dichas con semblante tierno y amoroso por un sugeto que no desagradaba, turbáron á Doña Leonor; la qual se quedó un rato suspensa dudando sobre la respuesta que habia de dar; pero en fin vuelta

en sí de su turbacion, miró con indignados ojos al Conde, y le dixo: quizá creeis tienen mucho que agradecer á esta señora, que os ha servido tan bien; pero sabed, que sacareis poco fruto del servicio que os ha hecho. Dicho esto se levantó y dió algunos pasos para ir á donde estaba Doña Marcela, pero el Conde la detuvo diciéndola: No os ausenteis, mi amada Doña Leonor; hacedme el favor de oirme un instante; mi amor es tan honesto, que no hay motivo para asustáros. Confieso que teneis razon en irritáros del artificio de que me valgo para hablaros; pero á él ha dado lugar el haber sido inútiles quantos medios he probado á este fin. Seis meses ha que os sigo á las Iglesias, á los paseos, y á las comedias, y en vano busco por todas partes la ocasion de poderos decir la pasion que me habeis inspirado. Vuestra cruel y desesperada Aya ha sabido siempre frustrar mi intencion, en vez de tener por delito un ardiz de que

me ha sido forzoso usar, tenedme al contrario lástima, bella Leonor, de haber sufrido los tormentos de tan dilatado esperar; y juzgad por vuestra hermosura las penas mortales que me habrá causado.

El Conde no dexó de sazonar estas palabras con todo el arte de la persuasion que los buenos mozos saben emplear tan felizmente. Compadecióse Leonor, y empezó á sentir á pesar suyo en su corazon ciertos movimientos de lástima y piedad; pero léjos de ceder á su ternura, quanto mas esta se aumentaba en ella, tanto mayor prisa mostraba de retirarse. Señor Conde, exclamó, todo lo que me habis dicho es en vano, y así no quiero daros oidos. No me detengais mas, y dexadme salir de una casa donde está en brasas mi recato, pues sino daré tales gritos, que haré acudir toda la vecindad, y publico vuestro atrevimiento. Dixo esto con aire tan resuelto, que la Chichona, á quien en gran manera convenia pre-

caverse de la Justicia, suplicó al Conde que no pasase adelante, lo que así hizo, no queriendo oponerse á la voluntad de Leonor, la qual se libró de él saliéndose al instante de aquel gabinete.

Fué inmediatamente á buscar á su Aya. Vamos Doña Marcela, la dixo, dexad esa necia conversacion; nos están egañando; salgamos de esta casa peligrosa. ¿Pues qué hay, hija mia? respondió admirada la Dueña. ¿Qué motivo te obliga á quererte retirar con esa precipitacion? Yo os lo diré, replicó Doña Leonor. Huyamos, porque cada momento que estoy aquí, me causa un pesar nuevo. Aunque era grande el deseo del Aya de saber la causa de una salida tan acelerada, no pudo enterarse de ello desde luego, y la fué preciso rendirse á las instancias de Doña Leonor. Saliéron ámbas prontamente dexando á la Chichona, al Conde y á su criado tan confusos y turbados, como si fueran unos cómicos que acaban de representar una come-

dia de que el público no ha gustado.

Así que Leonor se vió en la calle, se puso á contar con grande agitacion á su Aya todo quanto la habia pasado en el gabinete de la Chichona. Estuvo escuchándola con muchísima de la atencion Doña Marcela, y luego que llegáron á su casa, te confieso, hija mia, dixo esta, que siento infinito lo que acabas de decirme. ¡Es posible que yo haya dexado engañarme por aquella vieja! al principio tuve dificultad en ir con ella, y me pesa de no haber seguido esta idea, debiendo desconfiar de su semblante afable y honesto; he hecho un disparate que no se puede perdonar á una persona de mi experiencia. ¿Por qué no descubrirte semejante artificio quando estábamos en su casa? Te aseguro que la hubiera quitado la cara á bofetadas, puesto como un trapo al Conde de Bellaflor, y arrancado la barba al viejo fingido que me entretenia contandome mil embustes. Pero yo vuelvo allá á llevar el dinero, que

recibí como debido, y si los encuentro juntos no perderán nada por haber esperado. Dicho esto salió para ir en casa de la Chichona.

Todavía se mantenia allí el Conde que estaba desesperado de ver frustrado su artificio. Otro hubiera desistido del intento; pero él no se aburrió por eso. Entre sus muchas buenas prendas tenia una mala, que era dexarse arrastrar de su inclinacion al amor. Quando amaba á alguna dama la perseguia con demasiado ardor por lograr de sus favores, y era capaz entónces, faltando á su honradez, de quebrantar los derechos mas sagrados, á efecto de conseguir su deseo. Habiendo reflexîonado que sin el socorro de Doña Marcela no podria salir de la empresa, determinó captarla la voluntad por quantos medios le fué posible. Discurrió que por rígida que fuese aquella Dueña, no resistiria á la prueba de un buen regalo, en lo que no iba descaminado. Hay Ayas fieles porque los galanes no son bastan-

te ricos, ó bastante liberales.

Luego que llegó la Doña Marcela, y vió á las tres personas con quien tenia que hacer, se le soltó la lengua, dixo un tropel de injurias al Conde y á la Chichona, y tiró á la cara al criado los cien ducados. El Conde sufrió con paciencia aquella tempestad, y echándose á los pies de la Dueña la instó, para representar mas lastimosa la escena, á que recogiese aquella bolsa que habia arrojado, y ofreció de aumento mil doblones, rogándola encarecidamente que se compadeciese de él. Ella, que no habia visto nunca solicitar su compasion con tanta eficacia, mostró no era inexôrable. En breve dexó las invectivas, y comparando entre sí la suma prometida con la mediana recompensa que esperaba de Don Luis, vió que la tenia mas cuenta hacer perder el recato á Doña Leonor, que el conservárselo; y así despues de algunas hazañerías, recogió la bolsa, admitió la oferta de los mil doblones, dió

palabra de servir en su designio al Conde, y marchó al instante á ocuparse en la execucion de su promesa.

Como sabia que Doña Leonor era muchacha virtuosa, se guardó muy bien de darla lugar á que sospechase su inteligencia con el Conde, temiendo se lo dixese á su padre; y queriendo perderla astutamente, la habló de esta manera á su vuelta: Leonor, vengo de satisfacer mi ánimo indignado; he encontrado á los tres bribones, que todavía estaban atónitos de tu animosa retirada. He amenazado á la Chichona con el enfado de tu padre, y el rigor de la Justicia; y al Conde le he dicho quantas injurias me ha sugerido la cólera; con lo que espero que este caballero no cometerá en adelante iguales atentados, y que sus diligencias amorosas dexarán de ocupar mi vigilancia. Doy gracias al Señor de que por tu fortaleza hayas evitado el lazo que te habia armado. Lloro de alegría, y me regocijo de que no haya sacado nada

de su artificio, porque para los grandes señores es un juguete el engañar á doncellas jóvenes; y aun la mayor parte de los que mas se precian de honrados no hacen escrúpulo de eso, como si no fuese una mala accion deshonrar las familias. No quiero decir precisamente que el Conde piense así, ni lleve la mira de engañarte, pues no hemos de juzgar mal del próximo; y puede ser legítima la intencion con que te quiere. Aunque su alta clase le proporciona el pretender una de las primeras señoritas de la corte, puede sin embargo haberle movido tu hermosura á quererte por esposa, y aun hago memoria que en las respuestas que ha dado á mis reprehensiones, me lo ha dado así á entender. ¿Qué es lo que decis? interrumpió Leonor. Si ese fuera su fin, me hubiera ya pedido á mi padre, quien no me negaria á un sugeto de su calidad.

Tienes razon, replicó el Aya, y soy de tu mismo parecer; el proceder del Conde es sospechoso, ó por

mejor decir sus intenciones no pueden ser buenas. En poco está que no vuelva otra vez á decirle otras tantas picardias. No, expresó Leonor, mas vale olvidar lo pasado, y vengarnos con el desprecio. Verdad es, dixo Doña Marcela, ese creo es el mejor modo; mas juicio tienes que yo; pero por otro lado puede que nos engañemos acerca del pensar del Conde. Quizá procede así por pura circunspeccion y miramiento. Antes de obtener el sí de un padre intenta tal vez obsequiarte mucho tiempo, merecer que le quieras, y asegurarse de tu afecto para que vuestra union tenga mayores atractivos. Si esto así fuese, ¿habria gran delito en escucharle? Descúbreme tu pecho; bien sabes lo mucho que te quiero; ¿tienes inclinacion al Conde? ¿tendrias repugnancia en casarte con él?

Púsose colorada y baxó los ojos la sencilla Leonor al oir aquella maliciosa pregunta, y confesó que no le miraba con indiferencia; pero como

su modestia la impedia explicarse con mas claridad, la Dueña la estrechó otra vez á que no callase nada, y ella se dexó vencer de sus afectuosas demostraciones. Aya mia, la dixo, pues quereis que os hable en confianza, sabed que el Conde de Bellaflor me ha parecido digno de ser amado. Tiene para mí una bella presencia, y he oido hablar tan á su favor, que no he podido resistir á gustar de sus diligencias amorosas, causándome mucha pena la infatigable atencion que poneis en frustrarlas: yo os confieso que algunas veces le he compadecido dentro de mí, y remediado con mis suspiros los pesares que vuestra vigilancia le hace padecer. Mas os diré, que en vez de aborrecerle despues de su accion temeraria, le disculpa á pesar mio mi corazon, y echa la culpa á vuestro rigor. Pues hija mia, replicó el Aya, ya que me has manifestado que gustarias de su amor, yo te procuraré este amante. Muchísimo os agradezco, replicó en-

ternecida Leonor el favor que quereis hacerme. Aun quando el Conde no fuese de una de las primeras clases de la Corte, sino un caballero particular, le preferiria á todos los demas hombres; pero no nos lisongeemos; Bellaflor es un gran Señor, destinado sin duda para una de las herederas mas ricas del reyno; y no esperemos quiera contentarse con la hija de Don Luis, que solo tiene una mediana fortuna que ofrecerle. No, añadió, no piensa tan favorablemente de mí, ni me mira como una persona que merece llevar su nombre; y lo que únicamente intenta es ofender mi honor.

¿Pero por qué motivo discurres tú que no te quiere para casarse contigo? El amor hace todos los dias mayores prodigios. Dirá quien te oiga que el cielo ha puesto entre tí y el Conde una distancia infinita. Hazte mas favor, no se envilecerá por darte la mano de esposo, siendo como tú eres de una antigua nobleza, ni puede avergonzarse de semejante

enlace. Una vez que le tienes inclinacion, continuó, conviene que yo le hable á fin de averiguar su voluntad, y si es como debe ser, yo le lisongearé con alguna esperanza. Guardaos muy bien de eso, exclamó Leonor, yo no soy de parecer que vayais á buscarle, pues si recelase que yo habia tenido parte en esto, no haria mas caso de mí. No te de cuidado, soy mas astuta de lo que piensas, replicó Doña Marcela. Empezaré por afearle la intencion que llevaba de seducirte, y él no dexará de querer sincerarse; yo le escucharé, y veré como se explica. Finalmente, hija, déxame hacer; que yo cuidaré de tu honor, como del mio propio.

Púsose el manto la Dueña, y salió ya anochecido. Encontró al Conde cerca de la casa de Don Luis, y le contó la conversacion que habia pasado entre ella, y Doña Leonor, sin olvidar el ponderarle la maña con que habia descubierto que le tenia inclinacion. Nada podia servir de ma-

yor gusto al Conde, como esta noticia, y así dió gracias á Doña Marcela con las mas afectuosas expresiones, es decir, que la dió palabra de entregarla al dia siguiente los mil doblones, y ya contó en sí mismo la feliz salida de su empresa. Habiéndose despedido despues de esto muy contentos uno del otro, la Dueña se volvió á su casa.

Leonor que la estaba aguardando con impaciencia, la preguntó que noticias la traia. La mejor que puedes oir, respondió el Aya; el asunto se compone maravillosamente. He estado con el Conde. Bien te decia yo, hija mia, que sus intenciones no eran malas; su fin no es otro que el de casarse contigo; me lo ha jurado así, por lo sagrado que hay en el mundo. Sin embargo, no satisfecha con esto, como puedes discurrir, le he dicho que una vez que tal era su ánimo, ¿por qué no daba el paso regular de pedirte á tu padre? así querida Marcela, me ha respondido,

dando un suspiro, y sin manifestar mutacion en el semblante al oir mi pregunta, ¿aprobariais vos que no sabiendo yo si Leonor me mira con buenos ojos, y siguiendo solo los ímpetus de una ciega pasion, fuese tiranamente á conseguirla de su padre? No pienso de ese modo; prefiero su quietud á mis deseos; y soy tan hombre de bien que no quiero exponerme á hacerla infeliz.

Miéntras me decia esto, prosiguió la Dueña, le he estado mirando con suma atencion, valiéndome de mi experiencia para discernir en su cara si estaba ó nó verdaderamente poseido del amor que ha manifestado; pero me ha parecido que está enamorado de veras; lo que me ha causado tal alegría, que me ha costado muchísimo el ocultársela. No obstante, persuadida ya de su sinceridad, he discurrido que para que no perdieras un amante de tanta importancia, era conveniente darle á entender como piensas, y así le he di-

cho: Señor, Doña Leonor no os tiene aversion; ántes bien sé que os estima, y segun lo que alcanzo, no pesará á su corazon, que la pretendais por esposa. ¡Qué decis, Doña Marcela! á exclamado lleno de gozo ¡qué es lo que oigo! ¡es posible que la hermosa Leonor esté dispuesta así en favor mio! ¡Quánto no debo, Doña Marcela, á vuestra complacencia por haberme sacado de una incertidumbre tan larga! Esta noticia me embelesa tanto mas, quanto sois vos quien me la dais, habiendoos siempre opuesto á mi amor y héchome padecer tantos pesares; pero completad mi dicha, mi querida Doña Marcela, facilitándome el hablar á la preciosa Leonor. Quiero darla palabra de esposo, y jurarla en vuestra presencia que no seré de otra sino de ella. A estas expresiones ha añadido otras todavía mas tiernas; y en fin, me ha suplicado tan encarecidamente que le proporcione una conversacion secreta contigo, que no he podido resis-

tir á darle palabra de hacerlo así ¿Pero por qué le habeis hecho esta oferta? exclamó algo turbada Leonor: una doncella honesta debe, como vos misma me lo habeis dicho mil veces, evitar esas conversaciones que no pueden ménos de ser peligrosas. Cierto es que te lo he dicho, y semejante doctrina es muy buena; pero te es lícito no seguirla en la estacion presente, pues puedes mirar al Conde como á marido tuyo. Todavía nó lo es, replicó Leonor, y así no debo admitir su conversacion hasta que mi padre apruebe su solicitud.

Entónces la pesó á la Doña Marcela haber criado tambien á una muchacha, cuyo recato la costaba tanto vencer. Sin embargo, empeñada en corregirlo á qualquiera precio que fuese; querida Leonor, continuó, me doy la enhorabuena de verte tan honesta. ¡O fruto felíz de mi cuidado! Veo qne te has aprovechado de las leeciones que te he dado. Mucho me

alegro de haber sacado una discípula como tú; pero, hija mia, veo que pasas la raya de lo que te he enseñado, y que excedes los principios de mi moral. Tu virtud me parece demasidado austera. Por muy severa que yo me precie de ser, no apruebo una honestidad agreste que se arma igualmente contra la maldad y la inocencia. Una jóven no dexa de ser virtuosa por prestar oidos á un amante quando conoce la pureza de sus deseos, y entónces no hace mayor mal en corresponder á su pasion, que en admitirla con agrado. Descansa en mí sobre ello, Leonor; mi experiencia es muy grande, y aprecio mucho tu interes para exponerte á un lance pesado.

¿Y dónde quereis que hable yo al Conde? dixo Leonor. En tu quarto, replicó la Dueña, por ser el lugar mas seguro; mañana le haré entrar por la noche. No sabeis lo que os decis, dixo Leonor. ¿Cómo he de permitir yo que un hombre......? Sí, lo permitirás, expresó el Aya, pues no es

una cosa tan extraña como te imaginas. Eso sucede todos los dias; y pluguiese al cielo que las jóvenes que reciben semejantes visitas llevasen todas un fin tan bueno como el tuyo. Fuera de eso, ¿qué tienes que temer? ¿No estaré yo contigo? ¿Y si mi padre nos coge? Dixo Leonor. Sosiégate tambien sobre eso; tu padre vive tranquilo acerca de tu conducta. Sabe mi lealtad, y se confia de mí enteramente. Viéndose tan vivamente estrechada Leonor por la Dueña, é impelida secrétamente su voluntad por el amor, no pudo resistir mas, y consintió en la propuesta.

El Conde supo en breve todo esto, lo que le causó tal regocijo que dió inmediatamente á su medianera quinientos doblones y una sortija de igual valor. Viendo la Doña Marcela que cumplia tan puntualmente su palabra, no quiso ser ménos exácta en cumplir la suya, y así la noche siguiente, luego que pensó que toda la gente de la casa dormia, ató á un bal-

con una escala de seda que el Conde la habia dado, y por él le hizo entrar en el quarto de Leonor.

Sin embargo, tenian ocupado el ánimo de aquella jóven doncella varios pensamientos que la estimulaban vivamente. Por mas inclinacion que tuviese al Conde, y á pesar de quanto podia decirla su Aya, se reprehendia así misma la facilidad que habia tenido en consentir en una visita que ofendia á su pudor. El recibir de noche en su quarto, sin permiso de su padre, á un hombre de quien ignoraba asímismo la verdadera intencion, no solamente la parecia una accion reprehensible, sino digna tambien de los desprecios de un amante. Este último pensamiento era el que la causaba el mayor pesar, y ocupaba en gran manera su atencion al tiempo que entró el Conde.

Arrojóse desde luego á sus pies para darla gracias del favor que le hacia. Mostróse lleno de amor y agra-

decimiento, asegurándola que su ánimo era casarse con ella. Sin embargo, como no se explicase sobre este punto quanto ella hubiera querido; Conde, le dixo, creo enhorabuena que no llevais otra mira que la que me decis; pero por mas que lo asegureis, siempre estaré recelosa, miéntras no alcanceis el consentimiento de mi padre. Señora, respondió Bellaflor; mucho tiempo ha que lo hubiera solicitado, á no temer el lograrlo á costa de vuestro sosiego.=Yo no os reprehendo de haber omitido esta diligencia; ántes bien apruebo vuestra circunspeccion; pero ya no hay inconveniente que os detenga, y así hablad quanto ántes á Don Luis, ó bien resolveros á no volverme á ver jamas.

¿Pero por qué no os he de volver á ver mas, hermosa Leonor? Replicó el Conde. ¡Qué poca impresion os hacen las dulzuras del amor! Si supierais amar tanto como yo, os seria gustoso recibir secretamente mis obse-

quios, y ocultar siquiera por algun tiempo la noticia á vuestro padre, ¡de quánto embeleso no es semejante trato misterioso para dos voluntades estrechamente unidas! En vos podrá suceder eso; pero en mí no causaria sino penas, dixo Leonor. Ese modo de enamorar no es propio de una doncella recatada; y así dexad de ponderarme las delicias de ese trato indecente y reprobado. Si me quisierais de veras no me lo hubierais propuesto; y si vuestra intencion es tal como intentais persuadirme, es preciso que en lo íntimo de vuestro corazon afeeis el que yo no me ofenda de ello; mas ¡ay! añadió, sin poder detener las lágrimas, mi flaqueza es la única causa á quien debo imputar este ultraje, el que me está bien merecido por hacer lo que hago por vos.

Amable Leonor, exclamó el Conde, vos sí que me haceis una mortal ofensa, y vuestra demasiada escrupulosa virtud se asusta sin motivo. ¿Acaso porque he tenido la di-

cha de grangear vuestra inclinacion temeis que cese de estimaros ? ¡Qué injusticia ! No, Señora, yo sé lo mucho que valen vuestros favores, los quales no pueden privarme del afecto con que os miro; y estoy pronto á hacer lo que exîgis de mí. Mañana mismo hablaré á vuestro padre, y haré quanto me sea posible para que condescienda en mi felicidad; pero no puedo disimularos que no tendrá efecto mi pretension. ¿Qué es lo que decis ? replicó Leonor. ¿Pues qué mi padre se ha de negar á la solicitud de una persona que ocupa el lugar que vos ocupais en la Corte? Ese mismo lugar, replicó Bellaflor, es el que me hace temer su disenso. Esto que digo os suspende; pero pronto cesará vuestra admiracion. Sabed que dias pasados me declaró el Rey queria casarme, aunque sin nombrarme la señora á quien me destina, dándome solo á entender que era uno de los primeros partidos de la corte, y que estaba muy empeñado en

que se hiciese el casamiento. Como yo entónces ignoraba vuestro modo de pensar hácia á mí ; pues sabeis muy bien que vuestro desvio no me ha permitido hasta ahora enterarme de él, no mostré la mas leve repugnancia en sujetarme á su voluntad. En este supuesto juzgad si Don Luis querrá exponerse á incurrir en la indignacion del Monarca, admitiéndome por yerno.

No tiene duda, dixo Leonor, pues yo conozco el genio de mi padre, que mas querrá renunciar á vuestro enlace, no obstante serle tan ventajoso, que correr el riesgo de desagradar al Soberano. Pero aun quando mi padre no pusiese reparo, no por eso seriamos mas afortunados, porque en una palabra, Conde, ¿cómo podeis darme la mano de esposo que el Rey tiene destinada para otra? Señora, respondió Bellaflor, os confieso ingenuamente que todavía estoy perplexo sobre este particular. Con todo eso, confio en que obser-

vando una conducta muy mesurada con su Magestad, dispondré tan bien su ánimo, y el aprecio con que me trata, que hallaré medio de evitar la desgracia que me amenaza. Vos misma, hermosa Leonor, pudierais ayudarme en esto si me juzgarais digno de ser vuestro. ¿ Y de qué suerte, dixo ella, puedo yo contribuir á romper el matrimonio que el Rey os ha propuesto? ¡ Ah ! Señora, replicó el Conde con semblante afectuoso: si vos quisierais admitir mi palabra, yo sabria conservarme para vos sin que el Soberano lo llevase á mal.

Dexad, amable Leonor, añadió echándose á sus pies, que me case con vos en presencia de Doña Marcela, testigo que depondrá de la pureza de nuestra union. Por ese medio me libraré fácilmente de los tristes lazos con que quieren ligarme, pues si despues me estrecha el Rey al casamiento proyectado, me postraré á sus plantas, y le diré que os amaba mucho tiempo habia, y que nos casa-

mos en secreto. Por mucho deseo que tenga de que me case con otra, es tanta su bondad y justicia, que no querrá desasirme de lo que adoro, ni hacer esta afrenta á vuestra familia. ¿Qué pensais de esto? discreta Doña Marcela, añadió, volviéndose al Aya, ¿qué os parece este arbitrio que el amor acaba de inspirarme? Admirable, respondió la Dueña, y no puedo dexar de decir que el amor es bien ingenioso. ¿Y vos, preciosa Leonor, qué decis? la dixo el Conde. ¿Podria no aprobarlo vuestro espíritu armado de desconfianzas? No, respondió Leonor, con tal que intervenga en ello mi padre, cuya licencia no dudo se logre luego que le hayais informado.

Guardémonos bien de confiarle semejante secreto, interrumpió á esta razon la Dueña; tú no conoces todavía el carácter de Don Luis que es tan delicado en punto de honor que no es capaz de prestarse á unos amores misteriosos, y se ofenderá con

la propuesta de un casamiento secreto. Fuera de eso, como es prudente, no podrá ménos de temer las resultas de una union que le parecerá se opone á los designios del Rey. Este paso imprudente le dará en que sospechar, le hará vigilar continuamente sobre todas nuestras acciones, y te quitará todos los medios de ser vista. ¡Ah! Yo moriria de dolor si semejante cosa sucediese, exclamó nuestro Condecito. Pero Doña Marcela prosiguió aparentando tristeza, ¿creeis vos efectivamente que Don Luis deseche la propuesta de un matrimonio oculto? No pongais la menor duda en eso, respondió el Aya; pero supongamos que la acepte, en ese caso, como es tan arreglado y buen christiano, no querrá se dexen de observar las ceremonias de la Iglesia, y entónces, se divulgará al instante el casamiento.

¡Ah! mi amada Leonor, dixo entónces el Conde, apretándola tiernamente la mano, ¿por qué exponer-

nos por cumplir con dar noticia á vuestro padre, al terrible peligro de vernos separados para siempre? De nadie necesitais mas que de vos misma para ser mia. Es cierto que la licencia de un padre os evitaria algunas pesadumbres; pero una vez que Doña Marcela nos ha manifestado la imposiblidad de obtenerla, rendios á mis inocentes deseos, recibid mi corazon y mano, y quando ya sea tiempo de informar á Don Luis de nuestro enlace, le dirémos los motivos que hemos tenido para ocultárselo. Pues bien, Conde, dixo Leonor, consiento en que no hableis tan pronto á mi padre. Sondead primero el ánimo del Rey, y ántes que yo os reciba de secreto por esposo, decidle, si es necesario, que os habeis casado conmigo de esa manera. Veamos con esta fingida confianza...... Eso no, Señora, replicó Bellaflor; soy tan enemigo de mentir, que no me atreveré á sostener esta ficcion, y no puedo faltar á mi honradez hasta ese punto. Ademas de

eso conozo el carácter del Rey, que si llegase á descubrir que le habia engañado, perderia yo su gracia para siempre.

Seria cosa de nunca acabar, Señor Don Cleofás, prosiguió el Cojuelo, si te repitiese palabra por palabra todo quanto dixo el Cònde para engañar á aquella Señorita. Baste decirte que se valió de todas las expresiones amorosas que sugiero yo á los amantes en semejantes lances; pero por mas que juró que confirmaria públicamente, lo mas pronto que le fuese posible, la palabra que la daba en secreto, y por mas que puso al cielo por testigo de sus juramentos, no pudo vencer la virtud de Leonor; y como ya iba amaneciendo, se vió obligado á retirarse contra su voluntad.

Al dia siguiente, creyendo la Dueña que era honor suyo, ó por mejor decir su interes el no abandonar la empresa, dixo á la hija de Don Luis: Leonor, ya no sé el modo de explicarme contigo;

yo te veo enojada del amor del Conde, como sino tuviese otra mira que un mero galanteo. ¿Has notado en su persona algo que te desagrade? No por cierto, respondió Leonor, ántes bien nunca me ha parecido mas amable; y su conversacion me ha hecho advertir en él nuevos atractivos. Pues si eso es así, replicó el Aya, no te comprehendo. Tú le tienes una pasion violenta, y por otro lado te niegas á una cosa que se te ha hecho ver ser precisa. Aya mia, replicó la hija de Don Luis, vos teneis mas prudencia y experiencia que yo; ¿pero os habeis hecho bien cargo de las conseqüencias que puede ocasionar un casamiento celebrado sin el asenso de mi padre? Sí, sí, respondió la Dueña, he reflexîonado sobre ello quanto es necesario, y estoy enfadada de que te opongas con tanta terquedad al brillante partido que la dicha te ofrece. Mira no sea que tu obstinacion canse y aburra á tu amante, y teme que abra los ojos

y vea el interes de su fortuna, que la fuerza de su amor le hace olvidar. Ya que quiere darte su mano, acéptala sin detencion; su palabra le sujeta, cosa muy sagrada para un hombre de honor. Fuera de eso, yo soy testigo de que te reconoce por esposa suya. ¿Y no sabes que una declaracion como la tuya basta para que la Justicia condene á un amante que se atreviese á ser perjuro?

Con semejantes argumentos rindió la pérfida de la Doña Marcela la constancia de Leonor, la qual ofuscada, y no viendo ya el peligro que la amenazaba, se entregó sencillamente algunos dias despues á las pervesas intenciones del Conde.

La Dueña le introducia todas las noches por el balcon en el quarto de Leonor, y le hacia salir ántes de amanecer; pero una mañana en que le avisó algo mas tarde que lo acostumbrado, quando ya la aurora empezaba á disipar la obscuridad fué aceleradamente el Conde á baxar á la ca-

lle; pero por desgracia tomó tan mal sus medidas, que cayó al suelo con bastante ímpetu. Don Luis de Céspedes, que dormia arriba encima del quarto de su hija, y habia madrugado mucho aquel dia para trabajar ciertos asuntos urgentes, oyó el ruido de la caida, y abriendo la ventana á fin de ver lo que era, advirtió á un hombre que acababa de levantarse con mucho trabajo, y á la Doña Marcela en el balcon de su hija, y con efecto era ella que estaba desatando la escala de seda de que el Conde no se habia servido con igual maña para baxar como para subir. Estregóse los ojos, y discurrió desde luego que aquello habia sido ilusion; pero habiéndose parado á considerarlo, vino en conocimiento de que era real y efectivo, y que la claridad del dia, aunque muy escasa todavía, le descubria sobradamente la ofensa de su honra. Agitado con lo que habia visto, y arrebatado de una justa ira baxa en bata á la habitacion de Leonor con la es-

pada en una mano, y una luz en la otra, y la busca y á su Aya con intento de sacrificarlas á su enojo. Llama á la puerta, mandando que abran; y ellas que conociéron su voz, le obedecen temblando. Entra con semblante colérico, y mostrando desnuda la espada á sus ojos espantados; vengo, dixo, á lavar en la sangre de una infame la afrenta que hace á su padre, y castigar al mismo tiempo á su vil Aya traydora á mi confianza.

Arrojáronse las dos á sus pies, y tomando la palabra la Dueña: Señor, le dixo, ántes de que recibamos el castigo que nos preparais, dignaos escucharme un poco. Pues bien, indigna, replicó el anciano, suspenderé por un instante la execucion de mi venganza. Habla, dime todas las circunstancias de mi desgracia; pero que digo, todas las circunstancias, quando solo ignoro una que es el nombre del atrevido que deshonra mi familia. Señor, "siguió Doña Marcela

se llama el Conde de Bellaflor. ¡El Conde de Bellaflor! ¿Exclamó Don Luis? ¿Dónde ha visto á mi hija? ¿De qué medios se ha valido para engañarla? no me ocultes nada. Señor, replicó el Aya, os contaré el suceso con la sinceridad que acostumbro.

Entónces le refirió con sumo arte todas las palabras que ella habia hecho creer á Leonor que el Conde la habia dicho, al qual pintó con los mas hermosos colores, diciendo que era un amante tierno, puntoso y sencillo. Pero que como no podia apartarse de la verdad, al llegar al fin de la historia, se vió en la precision de confesarla extendiéndose sobre las razones que las habian movido á celebrar sin su noticia aquel matrimonio secreto, y supo exponerlas con tanta destreza que aplacó el furor de Don Luis, lo que advertido por ella, para acabar de sosegarle, Señor, prosiguió, esto es todo quanto deseabais saber. Castigadnos ahora, atravesad con esa espada el pecho de Leonor; ¡pero que digo!

Leonor está inocente, pues no ha hecho mas que seguir los consejos de una persona á quien habias encomendado su crianza. Vuestros golpes deben recaer sobre mí, siendo yo la que introduxe al Conde en el quarto de vuestra hija, y la que formé la union que los estrecha. No me detuve en lo irregular de este enlace que vos no autorizabais, para aseguraros un yerno que es hoy dia uno de los sugetos mas estimados de la corte. No he llevado otro fin que la felicidad de Leonor, y la fortuna que podia hacer vuestra familia con semejante casamiento, de manera que el exceso de mi zelo me ha hecho faltar á mi obligacion.

Miéntras la artificiosa Marcela hablaba de esta suerte, Doña Leonor no escaseaba las lágrimas, y mostraba un dolor tan vivo, que enternecido el bueno del viejo no pudo resistir; y trocándose su ira en compasion soltó la espada, y desnudándose del semblante de un padre irritado: ¡Ah! ¡hi-

ja mia, exclamó arrasados los ojos en lágrimas, ¡qué funesta pasion es el amor! ¡Desdichada! no sabes todavía los motivos que tienes para afligirte. Solo la vergüenza que te causa la presencia de un padre que te sorprehende, es la que ahora excîta tu llanto. No prevees aun todas las penas que tu amante quizá te prepara. Y vos, imprudente Doña Marcela, ¿en qué precipicio no nos ha puesto vuestro zelo indiscreto por mi familia? Yo confieso que el enlace de un sugeto como el Conde ha sido capaz de deslumbraros, y esto es lo que os salva en mi concepto; pero venid acá muger infame, ¿no veis que era preciso desconfiar de un amante de ese carácter? Quanto mayor es su valimiento, tanto mas debiais haber caminado cautelosamente con él. Si no se le da cuidado de faltar á la fé prometida á Leonor, ¿qué partido he de tomar? ¿implorare acaso el auxîlio de las leyes? Pero una persona de su calidad sabrá bien preservarse de su severidad. Supongo que

fiel á sus juramentos quiera guardar la palabra dada á mi hija, si el Rey, como el mismo Conde os ha dicho, intenta se case con otra, es de temer le precise á ello.

En quanto á precisarle, interrumpió Leonor, esto no debe inquietarnos. El Conde nos ha asegurado firmemente que el Rey no haria una violencia tan grande á sus afectos. Así me lo persuado, dixo Doña Marcela, porque este Príncipe ama tanto á su valído que no usará con él semejante tirania, y su grandísima generosidad no le dexará dar una pesadumbre mortal á Don Luis de Cespedes que ha consagrado la flor de sus años en servicio de la patria. ¡Quiera el cielo, replicó suspirando el anciano, que salgan vanos mis temores! Voy á casa del Conde á que se explique conmigo sobre el asunto. Los ojos de un padre son perspicaces, y yo penetraré hasta lo último de su alma. Si le hallo dispuesto, como deseo, os perdonaré lo pasado; pero, añadió con voz

mas firme, si descubro en él un corazon fementido, ireis las dos á un recogimiento á llorar vuestra imprudencia el resto de la vida. Dicho esto, cogió su espada, y dexándolas pasar el susto que las habia causado, subió á su qnarto á vestirse.

CAPITULO V.

Continuacion y fin de la Historia del Conde y de Doña Leonor.

Salió Don Luis temprano y fué á casa del Conde, quien no discurriendo habia sido descubierto, quedó suspenso de aquella visita. Fué á recibir al anciano, y despues de haberle dado muchos abrazos: ¡quánto me alegro, dixo, de ver aquí al Señor Don Luis! ¿Viene por ventura á proporcionarme la ocasion de servirle? Señor, le respondió Don Luis, mandad si gustais que quedemos solos. Hízolo así Bellaflor, y estando ya sentados los dos, tomando el anciano la pala-

bra: Señor, le dixo, mi honra y tranquilidad necesitan me expliqueis lo que os vengo á preguntar. Yo os he visto esta mañana salir del quarto de mi hija Leonor, la qual me lo ha declarado todo, y me ha dicho..... Os ha dicho que la amo, interrumpió el Conde, para cortar una conversacion que no queria oir; pero no os ha expresado sino tibiamente todo el afecto que la profeso. Su discrecion, su hermosura y su honestidad me tienen hechizado; es una muchacha preciosísima á quien no le falta prenda alguna. Me han informado de que teneis tambien un hijo que está concluyendo los estudios en Alcalá; si se parece á su hermana, si la semeja en hermosura, por poco ademas de eso que participe de vuestro carácter, es forzoso sea un caballero perfecto. Muero de deseo de verle, y os ofrezco todo mi valimiento en favor suyo.

Agradezco la oferta, respondió gravemente Don Luis; pero tratemos del particular que..... Es preciso sin

pérdida de tiempo ponerle de cadete en algun regimiento, interrumpió otra vez el Conde, y por mi cuenta corren sus ascensos, de modo que no envegezca entre la multitud de los oficiales subalternos. Esto lo aseguro. Respondedme, Señor Conde, replicó con aspereza Don Luis, y cesad de cortarme la palabra. Teneis ó no intencion de cumplir lo prometido...... Sin duda alguna interrumpió tercera vez Bellaflor, mantendré la palabra que os doy de protexer á vuestro hijo con todo mi poder, contad conmigo que soy ingenuo. ¡Esto ya es demasiado! Señor Conde, exclamó Cespedes levantándose de la silla. Despues de haber engañado á mi hija, teneis todavía atrevimiento para burlaros de mí; pero yo soy noble, y no quedará sin castigo la ofensa que me haceis. Dicho esto se volvió lleno de resentimiento á su casa, maquinando entre sí mil proyectos de venganza.

Así que llegó dixo con grande agitacion á Leonor y á la Doña Marce-

la. No sin razon sospechaba yo del Conde; es un traydor de quien quiero vengarme, y vosotras disponeos á ir desde mañana á una reclusion, y dad gracias á Dios de que mi enojo se contenta con este castigo. Despues de esto se fué á encerrar en su despacho á meditar sériamente sobre el partido que convenia seguir en un lance tan crítico.

No es decible la pena que sintió Leonor así que oyó decir que el Conde era un fementido. Quedóse suspensa un rato; cubrióla el rostro una palidez mortal, desmayóse y cayó sin movimiento en los brazos de su Aya, que pensó iba á expirar. Hizo quanto pudo para hacerla volver de aquella congoja, y al fin lo consiguió. Vuelta en sí Leonor abrió los ojos, y viendo á su Aya apresurada en socorrerla, ¡quán cruel sois, la dixo, despidiendo un profundo suspiro! ¿Por qué me habeis sacado del dichoso estado en que me hallaba, que me impedia conocer el horror de mi destino? ¿Por qué no

me dexabais morir, quando sabeis todas las aflicciones que han de turbar el descanso de mi vida? ¿Por qué me la habeis conservado?

Aunque Doña Marcela procuró darla consuelo, no hizo sino exâsperarla. Todas nuestras palabras son en vano, exclamó la hija de Don Luis; no quiero oir nada. No malgastes el tiempo en combatir mi desesperacion, quando os correspondia acrecentarla, siendo la que me habeis sepultado en el abismo en que estoy. Vos salisteis por fiadora de la sinceridad del Conde, y á no ser por vos, jamas me hubiera dexado llevar de la inclinacion que le tenia, ántes bien la hubiera insensiblemente vencido. Mas no quiero, prosiguió, imputaros mi desgracia de la que solo acuso á mi propia. Yo no debia seguir vuestros consejos, admitiendo la palabra de un hombre sin noticia de mi padre. Por muy gloriosa que fuese para mí la pretension del Conde de Bellaflor, era de mi obligacion despreciarle en vez de compla-

cerle á costa de mi honor; finalmente yo no debia confiarme de él, de vos, y de mí. Despues de haber tenido la gran flaqueza de rendirme á sus falsos juramentos, despues de la pesadumbre que he dado á mi padre, y el deshonor que causo á mi familia, me aborrezco á mí misma, y léjos de afligirme la resolucion con que me amenazan, quisiera ir á ocultar mi afrenta á la morada mas espantosa. Miéntras hablaba de esta suerte no se satisfacia con llorar copiosamente, sino que desgarraba sus vestidos, y castigaba en su hermoso cabello la injusticia de su amante.

Para acomodarse la Dueña al dolor de su ama, aparentó con varios ademanes un amargo sentimiento, derramó algunas lágrimas fingidas, é hizo mil imprecaciones contra los hombres en general, y especialmente contra Bellaflor. ¿Es posible, exclamó, que el Conde que me pareció tan recto y honrado haya sido tan infame para engañarnos á las dos? No puedo volver

de mi admiracion, ó por mejor decir, no puedo todavía persuadirmelo.

Con efecto, dixo Leonor, quando yo me lo represento puesto á mis piès, ¿qué muger no hubiera creido en su ayre enamorado, en sus juramentos de que ponia tan osadamente al cielo por testigo, y en los extremos que hacia á cada paso? Mas amor me manifestaba con los ojos que con las palabras; en fin, daba á entender el placer que le causaba el verme. No, no cabe en mí el pensar que me engañaba. Quizá mi padre no le habrá hablado con bastante miramiento; se habrán picado los dos y el Conde le habrá respondido, no tanto en tono de amante como de gran Señor. No obstante, puede ser que yo me lisongee; y para salir de la duda voy á escribir á Bellaflor, y decirle que esta noche le espero, á alentar mi corazon afligido, ó á confirmarme el mismo su traycion. Doña Marcela aplaudió el pensamiento y aun concibió alguna esperanza de que el Conde á pesar de su ambicion

pudieran muy bien moverle las lágrimas que Leonor vertiese en esta visita, y determinarle á casarse con ella.

En este tiempo, viéndose libre el Conde del bueno de Don Luis, estaba pensando en su quarto las resultas que podia traer el recibimiento que acababa de hacerle. Bien se hizo cargo de que irritados los Cespedes de la injuria intentarian vengarla; pero esto le inquietaba poco, ocupándole mas el interés de su amor. Pensaba en que á Leonor la pondrian en un convento, ó á lo ménos que en adelante no la perderian de vista, y él probablemente no la volveria á ver mas. Mortificado con este pensamiento andaba discurriendo entre sí algun medio de precaver esta desgracia á tiempo que su ayuda de cámara le presentó una carta que Doña Marcela acababa de entregarle. Era una esquela de Leonor, concebida en estos términos: "Mañañana tengo que dexar el mundo para irme á sepultar en un recogimiento. Por haberos escuchado estoy re-

»ducida á verme deshonrada y aborrecida, así de mis gentes como de mí »misma. Esta noche aun os espero; »pues busco nuevos tormentos en mi »desesperacion. Venid á declararme que »vuestra voluntad ninguna parte tuvo »en los juramentos que vuestra boca »pronunció, ó venid á acreditar su verdad con una conducta que puede solamente suavizar el rigor de mi suerte. Como puede haber algun riesgo en »esta venida despues de lo ocurrido entre vos y mi padre, haced que un amigo os acompañe. Aunque sois la causa »de la desgracia de mi vida, conozco »que me intereso aun en la vuestra."

Leyó el Conde dos ó tres veces la esquela, y representándose á Leonor en la situacion en que se pintaba, se sintió conmovido. Volvió sobre sí; y el juicio, la rectitud y el honor, cuyas leyes le habia hecho quebrantar su pasion, empezáron á recobrar en él su imperio. Sintió disiparse de repente su ceguedad, y á semejanza de aquel que vuelto de un delirio se aver-

güenza de sus dichos y acciones extravagantes durante él, se abochornó de los viles artificios de que se habia valido para contentar sus deseos. ¡Qué infame proceder ha sido el mio! ¿De qué espíritu maligno he estado poseido? Yo prometí á Leonor casarme con ella, y puse al cielo por testigo; fingí que el Rey me habia propuesto un matrimonio, de suerte que emplee la mentira, la perfidia y el sacrilegio para corromper la inocencia. ¡Qué furor el mio! ¿No hubiera sido mejor aplicar mis esfuerzos á destruir mi amor, que no á satisfacerlo por medios tan criminales? Con todo, yo he seducido á una muchacha de gente ilustre, la he abandonado á la ira de sus parientes, á quienes igualmente he deshonrado, y la he hecho desdichada por haberme hecho á mi feliz. ¡Qué ingratitud! Es preciso reparar su honor y borrar la afrenta que la hago. Esa es mi obligacion, y así quiero dándola la mano de esposo cumplir la palabra que la dí. Nadie podrá oponerse á un pensar

tan justo. ¿Y acaso me han de hacer dudar de su virtud los favores que la he merecido? No, pues sé quanto me costó vencer su resistencia, y si se rindió, no tanto fué á las demostraciones de mi amor, como á la promesa jurada que la hice..... Pero por otro lado, si sigo este partido me perjudico notablemente. Pudiendo yo aspirar á las mas ilustres y ricas herederas del reyno, ¿cómo me he de contentar con la hija de un mero hidalgo que goza de un mediano patrimonio? ¿Qué se dirá de mí en la corte? Que he hecho un matrimonio ridículo.

Perplexo pues Bellaflor entre el amor y la ambicion no sabia que determinar; pero aunque estaba todavía indeciso en si se casaria ó no con Leonor, no dexó por eso de ir áververla la noche siguiente, de lo que encargó á un criado avisase á Doña Marcela.

Don Luis por su parte pasó el dia en pensar la reparacion de su honor. El asunto se hallaba en términos muy

delicados. Recurrir á las leyes era publicar su afrenta, fuera de que temia que la justicia estuviese de una parte, y los Jueces de otra; tampoco se atrevia á ir á echarse á los pies del Rey, temiendo dar un paso inútil, creido como estaba, de que aquel Príncipe queria casar á Bellaflor. No le quedaba otro arbitrio que el de tomar satisfaccion por las armas, y á él se resolvió. En el fuego de su enojo estuvo tentado de enviar un papel de desafio al Conde, mas luego que consideró su gran vejez y poquísimas fuerzas que no le permitian irse á fiar de su brazo, quiso mas bien encargar esta empresa á su hijo, cuyos golpes juzgó serian mas seguros que los suyos. Despachó en conseqüencia un criado á Alcalá con carta para su hijo, diciéndole viniese al instante á Madrid á vengar una ofensa hecha á la familia de los Cespedes.

Este hijo, llamado Don Pedro, es un caballero de diez y ocho años, de hermosa presencia, y tan valeroso que

pasa en la Ciudad de Alcalá por el mas temible estudiante de su Universidad; pero como ya le conoces, prosiguió Asmodeo, es superfluo te hable mas sobre el asunto.

Es verdad, dixo Don Cleofás, que le asisten todo el valor y mérito posible. Es de advertir, replicó el Cojuelo, que el tal estudiante no se hallaba entónces en Alcalá como lo creia su padre, habiéndole traido á Madrid el deseo de volver á ver á una Señora de quien estaba enamorado, y cuya conquista hizo en el prado la última vez que vino á ver á sus gentes. Ignoraba todavia el nombre de la Dama, pues le habian impuesto la obligacion de que no hiciese diligencia alguna por saberlo, y él se habia sujetado, aunque con mucha repugnancia, á esta cruel necesidad. Era una Señorita distinguida que le tomó inclinacion; pero creyendo era necesario desconfiar de la reserva y constancia de un estudiante, tuvo por conveniente experimentarlo mucho ántes de darse á conocer.

Mas ocupado le traia su Dama incógnita, que la filosofia de Aristóteles; y el corto camino que hay de aquí á Alcalá era causa de que, como tú, se viniese muchas veces á la Corte; pero con la diferencia que era por quien lo merecia mas que tu Doña Tomasa. Para ocultar á Don Luis su padre sus viages amorosos acostumbraba alojar en una posada á lo último de la Villa, donde cuidaba de estar oculto baxo de un nombre supuesto. Salia solamente á cierta hora de la mañana para ir á una casa, adonde la Señorita que le hacia olvidar del estudio, tenia la complacencia de acudir acompañada de una criada. Se mantenia, pues, encerrado lo demas del dia; pero en desquite, así que anochecia se paseaba por todas las calles de Madrid.

Sucedió que una noche al atravesar una callejuela oyó una música de voces é instrumentos que le pareció digna de su atencion. Paróse á escucharla. El caballero que la daba estaba embriagado y era naturalmente de

genio feroz. No bien hubo atisbado á nuestro estudiante quando llegándose acelerado á él, sin mas cumplimiento le dixo con aspereza: amigo seguid vuestro camino que á mí no me gustan las gentes curiosas. Me retiraria, respondió Don Pedro picado de aquellas palabras, si me lo hubierais dicho con buen modo; pero quiero quedarme para enseñaros á hablar. Pues ahora veremos, replicó el amo de la música echando mano á la espada, quien de los dos cede el puesto al otro. Don Pedro sacó tambien la suya y empezáron á reñir. Aunque el otro era bastante diestro no pudo parar una estocada mortal que le tiró el estudiante, y así cayó muerto en el suelo. Todos los del concierto dexáron los instrumentos, y desenvainando las espadas acudiéron á vengarle acometiendo juntos á Don Pedro, quien en aquella ocasion mostró su habilidad. Ademas de parar con singular prontitud los golpes que le tiraban, los daba él tan furiosos, que traia al retortero á sus con-

trarios. Sin embargo, eran estos tantos, y peleaban con tal tenacidad, que aunque él era un excelente esgrimidor, le hubieran quitado la vida á no haber tomado su defensa el Conde de Bellaflor, que acertó á pasar por aquel sitio.

El Conde era hombre de valor, y al mismo tiempo de corazon muy noble. No pudo aguantar el ver tantas personas armadas contra una sola; y así tomando el partido de ella, sacó la espada, y poniéndose al lado de Don Pedro, acometiéron los dos tan esforzadamente á los actores de la serenata, que huyéron unos heridos, y otros temiendo serlo. Retirados que fuéron quiso el estudiante dar gracias al Conde de haberle ayudado; pero interrumpiéndole Bellaflor, le dixo: dexémonos de cumplimientos, y decidme si estais herido. No, respondió Don Pedro; pues apartémonos de aquí, replicó el Conde, porque como advierto habeis muerto á uno, y es peligroso os detengais mas en esta calle, pudien-

do acudir la Justicia y prenderos. Marchăronse inmediatamente á buen paso, y luego que se viéron léjos del parage donde habia sido la pendencia se detuviéron.

Estimulado Don Pedro de los movimientos de un justo agradecimiento rogó al Conde se sirviese no ocultarle su nombre, pues le estaba tan obligado. Bellaflor no tuvo reparo alguno en decírselo, y le preguntó tambien el suyo; pero no queriendo el estudiante darse á conocer, respondió llamarse Don Juan de Matos, y le aseguró se acordaria eternamente de lo que habia hecho por él. Yo quiero, dixo el Conde, ofreceros esta misma noche una ocasion de desquitaros conmigo. Tengo cierta cita algo arriesgada, é iba á buscar á un amigo para que me acompañase á ella; pero conociendo Señor Don Juan vuestro valor; ¿querreis acaso acompañarme? Esa duda me ofende, replicó el estudiante, yo no podré emplear mejor la vida que me habeis libertado, sino exponiéndo-

la por vos. Vamos que estoy pronto á seguiros. Bellaflor conduxo, pues, á Don Pedro á casa de Don Luis, y ambos entráron por el balcon en el quarto de Leonor.

Aquí interrumpió Don Cleofas al Diablo, diciéndole: Señor Asmodeo ¿y cómo es creible que Don Pedro no conociese la casa de su padre? Mal la podia conocer, respondió el Cojuelo, quando habia ocho dias que este se habia mudado á otro barrio, y te lo iba á decir quando me has interrumpido. Eres demasiado vivo y tienes el vicio de que debes corregirte, de cortar la palabra á las gentes.

Don Pedro, continuó el Espíritu, no pensaba estar en casa de su padre, y tampoco advirtió que quien les habia dado entrada era Doña Marcela, pues los recibió sin luz en una antecámara donde Bellaflor suplicó á su compañero aguardase miéntras él estuviese en la habitacion de Leonor. Consintió en ello el estudiante, y sentóse en una silla con la espada desen-

vaynada en la mano por lo que pudiese sobrevenir. Púsose á discurrir acerca de los favores de que juzgó que el amor iba á colmar al Conde, y deseaba ser tan afortunado como él, porque aunque no le trataba mal su incognita, con todo eso no tenia con él iguales complacencias que Leonor con el Conde. Miéntras estaba haciendo todas las reflexîones que pueden ocurrir á un amante apasionado, oyó que probaban sin meter ruido el abrir una puerta que no era la del quarto donde estaban los enamorados, y percibió luz por el agujero de la cerradura. Levantóse prontamente, fué hácia la puerta que se abrió, y presentó la punta de la espada á su padre, siendo él quien iba á la habitacion de Leonor á ver si estaba allí el Conde. El buen caballero no creia que despues del lance pasado se atreviesen su hija y Doña Marcela á admitirle otra vez; y este era el motivo por que no las habia hecho mudar de quarto. Con todo eso se le previno que co-

mo habian de entrar el dia siguiente en un convento, habrian quizá querido hablarle por la última vez. Seas quien fueses, le dixo el estudiante, no entres aquí sopena de costarte la vida. Al oir esto Don Luis, miró á Don Pedro, quien por su parte hizo lo mismo, y habiéndose conocido. ¡Ah hijo mio! exclamó el viejo, ¡con quanta impaciencia te he estado esperando! ¿Por qué no me has avisado de tu llegada? ¿Temias acaso turbar mi sosiego? ¡pero ay! ¡que no puedo tenerle en la situacion en que me hallo! ¡O padre mio! Dixo todo turbado Don Pedro, ¿es vmd. á quien veo? ¿no se engañan mis ojos con alguna apariencia engañosa? ¿De dónde nace esa suspension? replicó Don Luis; ¿pues no estás en casa de tu padre? ¿no te he escrito que habia ocho dias que me habia mudado? ¡Cielos! exclamó el estudiante, ¿qué es lo que he oido? Segun eso estoy aquí en el quarto de mi hermana.

Al acabar de decir esto, el Conde que habia sentido ruido, y creido aco-

metian á su compañero, salió con la espada en la mano del quarto de Leonor. Luego que le vió el anciano, se puso furioso, y mostrándoselo á su hijo: este es, le dixo, el atrevido que me ha robado el descanso, y herido mortalmente nuestra estimacion. Venguémonos, castiguemos pronto á este traydor. Diciendo esto sacó la espada que traia oculta debaxo de la bata, y fué á acometer al Conde; pero Don Pedro le contuvo. Deteneos padre, le dixo, y moderad os pido, los ímpetus de vuestra ira. ¿Qué intencion es la tuya, hijo mio? le respondió el anciano. Tú retienes mi brazo creyendo sin duda que le faltan las fuerzas para vengarnos. Pues bien, toma tú satisfaccion de la ofensa recibida, que para este fin cabalmente te he hecho venir de Alcalá. Si quedas muerto entraré yo en tu lugar porque es preciso que el Conde muera á nuestras manos, ó nos quite á los dos la vida despues de habernos quitado el honor.

Padre mio, replicó Don Pedro, yo

no puedo conceder á vuestra impaciencia lo que me pide. Muy ageno de hacer daño al Conde, he venido aqui únicamente para defenderle. He empeñado mi palabra, y así lo dicta mi pundonor. Vamonos, Conde, prosiguió hablando con Bellaflor. ¡Ah vil! interrumpió á esta sazon Don Luis, mirando con semblante indignado á Don Pedro; ¿tú mismo te opones á una ventaja, único objeto en que debias pensar? ¡Mi hijo, mi propio hijo iba de acuerdo con el pérfido que ha seducido á mi hija! Pero no esperes burlar mi enojo, pues voy á llamar á todos mis criados para que me venguen de su traycion y de tu vileza. Señor, replicó Don Pedro, haced mas justicia á vuestro hijo, y no le trateis de vil quando no merece este afrentoso dictado. El Conde me ha salvado la vida esta noche, y me ha propuesto sin conocerme el que le acompañe á una cita que tenia. Yo me he ofrecido á correr los mismos riesgos que él, sin saber que mi agradecimiento empeñaria

imprudentemente mi brazo contra el honor de mi familia. Mi palabra me obliga por consiguiente á defender aquí su vida. De este modo cumplo con lo prometido, mas no por eso siento con ménos viveza que vmd. la injuria que nos ha hecho; y desde mañana vereis como intento derramar su sangre con igual ardor como el que veis tengo hoy para conservarsela.

El Conde que hasta entónces habia estado callando, tanta era la suspension que lo singular de aquella aventura le habia causado, tomando entónces la palabra, vos podriais quizá, le dixo al estudiante, salir mal valiéndoos del medio de las armas, y quiero proponeros otro mas seguro para reparar vuestro honor. Os confieso que hasta hoy no he tenido intencion de casarme con Leonor; pero esta mañana he recibido de ella un papel que me ha enternecido, y sus lloros acaban de finalizar la obra: mi principal deseo al presente es lograr la dicha de ser su esposo. Si el Rey os tiene destinado pa-

ra otra, dixo Don Luis, ¿cómo podreis excusaros?... El Rey, interrumpió abochornado Bellaflor, no me ha propuesto ningun partido. Perdonad, os suplico, esta fábula á un hombre á quien el amor habia turbado el juicio. Este delito me le hizo cometer la violencia de mi pasion, y lo pago con confesaros que soy reo de él.

Señor, replicó el anciano, á vista de esta declaracion tan propia de un pecho noble, no dudo ya de vuestra sinceridad. Veo que en efecto quereis borrar ya la mancha que nos habeis echado; mi cólera queda vencida con las seguridades que me dais y permitidme que olvide en vuestros brazos mi resentimiento. Dicho esto se acercó al Conde que se adelantó á recibirle, y ambos se abrazáron muchas veces. Luego volviéndose Bellaflor hácia Don Pedro: y vos fingido Don Juan, le dixo, vos que os habeis grangeado ya mi amistad por un valor sin igual, y vuestro modo de pensar generoso, llegad para que yo os consagre una

amistad de hermano. En seguida abrazó á Don Pedro, quien recibió esta demonstracion con un ayre sumiso y respetuoso; y le respondió: Señor, prometiéndome una amistad tan preciosa adquiris la mia. Contad conmigo, que os seré afecto hasta el último de mi vida.

Entre tanto Leonor que estaba á la puerta de su quarto, no perdia palabra de quanto se decia. Tuvo intencion desde luego de salir y arrojarse en medio de las espadas sin saber por qué; pero Doña Marcela se lo estorbó. Sin embargo, así que esta astuta Dueña vió que las cosas se componian amistosamente, juzgó que la presencia de su ama y la suya no dañarian á la composicion. Por este motivo se presentáron las dos con un pañuelo en la mano, acudiéron presurosas llorando á postrarse ante Don Luis, temiendo con razon que despues de haberlas sorprehendido la noche anterior, las reprehendiese la recaida. No obstante levantó del suelo á Leo-

nor, diciéndola: hija mia, enxuga tus lágrimas, no volveré á reñirte, una vez que tu amante quiere cumplir la palabra que te ha jurado, convengo en olvidar lo pasado.

Sí, señor Don Luis, dixo el Conde, me casaré con Leonor; y deseando todavía mas reparar la ofensa que os he hecho, y daros mas plena satisfaccion, como tambien á vuestro hijo una prenda de la amistad que le he tomado, le ofrezco á Eugenia mi hermana. ¡Ah Señor! exclamó Don Luis, fuera de sí; ¿quánto agradezco el honor que haceis á mi hijo! ¿Qué padre tuvo jamas mayor gozo? Me causais tanta alegría como pesar me habeis dado.

Aunque Don Luis experimentó tanto regocijo con la oferta del Conde, no le sucedió lo mismo á Don Pedro. Como estaba ciegamente enamorado de su incógnita, se quedó tan turbado y suspenso que no acertó á decir palabra. Bellaflor, que no hubo de ver semejante turbacion, marchó di-

ciendo iba á mandar lo necesario para este doble enlace, que deseaba quanto ántes unirse á ellos con lazos tan estrechos.

Luego que marchó dexó Don Luis á Leonor en su quarto, y subió al suyo acompañado de Don Pedro, quien con toda la franqueza de un estudiante le dixo: padre os suplico me dispenseis de casarme con la hermana del Conde. Basta que él se case con Leonor para restaurar el honor de nuestra familia. ¿Pues qué, hijo, respondió Don Luis, tienes repugnancia á casarte con la hermana del Conde? Sí Señor, replicó Don Pedro; este sacrificio seria para mí un cruel suplicio, y os diré el motivo. Yo quiero, ó por mejor decir, adoro seis meses hace una hermosísima Dama; la qual escucha mis afectos, y es la única que puede hacerme dichoso.

¡Quán infeliz, dixo Don Luis entónces, es la condicion de un padre! Casi nunca encuentra á sus hijos dispuestos á egecutar lo que desea. To-

davía no lo sé, respondió Don Pedro, bien que me ha ofrecido decirmelo quando esté segura de mi reserva y constancia, y no dudo que su casa es una de las principales de la corte. ¿Y piensas tú, replicó el anciano mudando de tono, que yo tendré la complacencia de aprobar ese galanteo de comedia? ¿He de sufrir yo que deseches el mas glorioso establecimiento con que puede convidarte la fortuna por mantenerte fiel á una muger de quien ni aun sabes el nombre? No esperes de mi bondad semejante condescendencia; ántes bien apaga el afecto que tienes á una persona indigna quizá de habertelo inspirado, y piensa únicamente en merecer el honor que el Conde quiere hacerte. Todas esas palabras, padre, son en vano, replicó el estudiante, pues conozco que no me será posible olvidar jamas á mi incógnita, y que nada será capaz de separarme de ella, aun quando me propusieren una infanta...... No prosigas, respondió con enfado Don Luis,

eso es ponderar con demasiada desvergüenza una constancia que excita mi indignacion. Quítate de mi presencia, y no vuelvas á parecer delante de mí sino vienes dispuesto á obedecerme.

No se atrevió Don Pedro á replicar temiendo oir otras reprehensiones mas agrias, y se retiró á un quarto, donde pasó lo que faltaba de la noche en hacer refléxîones, ya tristes y ya alegres. Dábale pena el pensar iba á malquistarse con todos sus parientes, negándose á casar con la hermana del Conde; pero se consolaba enteramente quando llegaba á considerar que su incógnita le contaria por mérito un tan grande sacrificio, lisongeándose asimismo de que á vista de una prueba tan señalada de fidelidad, no dexaria de descubrirle su condicion que él se imaginaba poco diversa de la de Eugenia.

Con esta esperanza salió así que vino el dia, y fué á pasear al prado, esperando la hora de ir á ver á Doña

Juana, que así se llamaba la señora, en cuya casa solia todas las mañanas hablar con su incógnita. Aguardó con impaciencia la hora señalada, y fué corriendo luego que la oyó al parage de la cita.

Halló en él á la señora que había ido mas temprano que los demas dias, pero la halló toda anegada en lágrimas al lado de Doña Juana, y afligida, segun mostraba de algun gran pesar. ¡Qué espetáculo para un amante! Acercóse á ella lleno de turbacion, y echándose á sus pies, la dixo: Señora, ¿qué he de pensar del estado en que os veo? ¿qué desventura me anuncian esos lloros, que me atraviesan el corazon? Sin duda no esperais la noticia fatal, respondió ella, que tengo que daros. La fortuna cruel nos va á separar para siempre, y ya no nos volverémos á ver.

Fuéron tantos los suspiros con que acompañó estas palabras, que no sé si á Don Pedro le eterneció mas lo que decia, que el sentimiento que

manifestaba al decirlo. ¡Cielos! exclamó arrebatado de un furor que no fué dueño de contener, ¿podeis sufrir que se destruya una union de qué conoceis la inocencia? Pero, señora, prosiguió, quizá no hay motivo para que os aflijais de esa manera. ¿Es acaso positivo que os separan del amante mas fiel que se conoció jamas? ¿Seré yo con efecto el mas desdichado de los hombres? Demasiado cierto es nuestro infortunio, respondió la incógnita. Mi hermano, de quien dependo, me casa hoy en el dia, y acaba de anunciármelo él mismo.

¿Y quién es ese felíz esposo? replicó con admiracion Don Pedro. Decidme, señora, como se llama, porque desesperado como estoy voy...... Todavía no sé su nombre, interrumpió la incógnita, porque mi hermano no ha querido decírmelo, y solo sí que deseaba le viese yo ántes. Pero, señora, dixo Don Pedro. ¿Os habeis de sujetar sin resistencia

á la voluntad de un hermano? ¿Os dexareis arrastrar al altar sin quejáros de un tan cruel sacrificio? ¿No hareis nada por mí, quando yo no he temido exponerme á la ira de un padre por mantenerme fino con vos? Sus amenazas no han podido contrastar mi fidelidad, y por grande rigor con que quiera tratarme, no me casaré con la persona que me proponen, aunque sea un partido muy ventajoso. ¿Y quién es esa dama? preguntó la incógnita. Es la hermana del Conde de Bellaflor, respondió el estudiante, ¡Ay Don Pedro, replicó la incógnita, mostrando mucha admiracion, sin duda os engañais, y no estais cierto de lo que decis! ¿Es con efecto Eugenia la hermana del Conde la que os han propuesto? Sí señora, respondió Don Pedro, el Conde mismo me ha ofrecido su mano. ¡Será posible que seais vos el Caballero á quien mi hermano me destina? ¿Que es lo que decis? dixo entónces el estudiante, con

que mi incógnita es la hermana del Conde de Bellaflor ? Sí Don Pedro, replicó ella, pero en éste instante me parece casi que ya no lo soy : tanto es lo que me cuesta persuadirme de la felicidad que me anunciais.

Al oir semejantes palabras no pudo ménos Don Pedro de pasar de un estado de sumo pesar, á otro de suma alegría, manifestándoselo así á su querida Eugenia con varias expresiones cariñosas, á que ella correspondió con otras iguales. ¡Quántos sentimientos me hubiera evitado mi hermano con haberme dicho el nombre del esposo para quien me destinaba, al que por no conocerle habia tomado aversion ! Es cierto, querido Don Pedro, que os he aborrecido. Pues, hermosa Eugenia, respondió él, ese odio me sirve á mí de embeleso, y quiero merecerlo, adorándoos toda mi vida.

Despues que estos dos amantes manifestáron su recíproco contento, quiso saber Eugenia como el estudian-

te habia hecho para ganar la amistad de su hermano. Don Pedro no le disimuló los amores del Conde y de su hermana , y la refirió todo lo ocurrido la noche antecedente. Fué para ella mayor la alegria de saber que su hermano se habia de casar con la hermana de su amante. Doña Juana , que tanto se interesaba en la felicidad de su amiga, la dió muestras de su alegria , como tambien á Don Pedro , quien se despidió en fin de Eugenia , habiendo quedado de acuerdo con ella sobre que no manifestarian conocerse quando se viesen delante del Conde.

Don Pedro se volvió á casa de su padre , quien viéndole pronto á obedecerle, se alegró otro tanto mas quanto atribuyó su obediencia al modo resuelto con que le habia hablado. Estaban esperando noticias del Conde , quando recibiéron un papel de su parte , en el que les participaba que el Rey acababa de concederle licencia para su matrimonio y el de su her-

mana, y de conferir un grande empleo á Don Pedro; que las dos bodas podrian celebrarse el dia siguiente, pues las órdenes que á este efecto tenia dadas, se executaban con tanta diligencia, que los preparativos estaban muy adelantados. Fué despues de comer á confirmar lo que habia escrito, y á presentarles á Eugenia.

Don Luis hizo á esta señora quantos agasajos son creibles, y Leonor no se cansaba de abrazarla. Don Pedro, á pesar de los movimientos de amor y de alegria de que estaba agitado su corazon, se reprimió bastante para no dar lugar al Conde de sospechar su inteligencia. Como Bellaflor tenia puesta la atencion particularmente en su hermana, creyó advertir en ella, no obstante el disimulo que mostraba, que Don Pedro no la parecia mal. Para cerciorarse mas, la habló un rato aparte, y supo de su boca que el caballero era muy de su gusto. Díxola despues su nombre y nacimiento, lo que no habia querido

decirla, temiéndose que la desigualdad de la clase no la retraxese, lo que ella fingió oir como si lo ignorase.

Finalmente, despues de varios cumplimientos que unos y otros se hiciéron, se determinó que las bodas se celebrasen en casa del Conde de Bellaflor. Esta noche se han efectuado, y no se han acabado todavia, que es el motivo de toda esta funcion que ves, donde todo el mundo se divierte, excepto la Doña Marcela, que no participa de estos festejos; antes bien llora amargamente miéntras los otros se rien, porque Don Luis, á quien el Conde ha referido lo pasado, la ha hecho poner en una reclusion, donde los mil doblones que recibió por seducir á Leonor, la servirán para hacer penitencia de ello lo restante de su vida.

CAPÍTULO VI.

De otras cosas que vió Don Cleofás, y de qué modo quedó vengado de Doña Tomasa.

Volvamos los ojos á otro lado, prosiguió el Espiritu, y exáminemos nuevos objetos. Inclina la vista á la primera casa directamente debaxo de nosotros, y verás en ella una cosa bastante extraña, que es un hombre lleno de deudas, el qual duerme á pierna suelta. Sin duda es algun sugeto distinguido, dixo el Estudiante. Has dado en ello, replicó el Diablo. Es un Marques que goza de cien mil ducados de renta, y cuyo gasto no obstante excede éste producto. El dar mesa y regalar á las damas le ponen en la necesidad de deber; mas no por eso pierde el sosiego, al contrario, quando tiene voluntad de quedar debiendo á un mercader, se imagina que este le debe dar muchas gracias. De su

casa de vmd. le decia el otro dia á un mercader de paños, de su casa de vmd. quiero en adelante sacar á fiado. Doile á vmd. la preferencia. Considera en la casa que sigue á un autor que rodeado de mil volúmenes está trabajando en su estudio. Compone una obra donde nada pone de suyo, sino que roba de todos aquellos libros, y aunque su trabajo se reduce á ordenar y enlazar sus robos, no dexa por eso de tener mas presuncion que un autor verdadero.

Déxame que te ponga delante imágenes mas tristes, prosiguió Asmodeo; mira aquel hombre gordo á quien acaba de dar un accidente de apoplexía. Sus criados y una sobrina que tiene, en vez de socorrerle, le dexan morir y se apoderan de sus mejores bienes, que llevan en casa de encubridoras, y luego les quedará quanto tiempo quieran para suspirar y llorar. Considera mas allá dos hermanos á quienes estan amortajando. Estos cayéron malos de la misma enfermedad, pero se goberna-

ban diversamente. Uno de ellos confiaba ciegamente en su médico, al paso que el otro quiso dexar obrar la naturaleza. Ambos han muerto: el primero por haber tomado todas las medicinas que le recetó su médico, y el segundo por no haber querido tomar ninguna. Ese es un punto muy embarazoso, dixo Don Cleofás. Y en la realidad, ¿qué es lo que ha de hacer un pobre enfermo? No sabré decírtelo, replicó el Diablo; bien sé que hay buenos remedios; pero ignoro si hay buenos médicos.

¿Distingues á dos pasos de allí á un hombre en camisa y calzoncillos, que anda por una caballeriza? Sí, respondió el Estudiante, y me parece que lleva en la mano una almohaza. Con efecto, replicó Asmodeo, ese es un cochero, que acostumbra á levantarse dormido todas las noches á limpiar las mulas, y se queda aturdido de encontrarlas por la mañana ya limpias. Las gentes de la casa piensan que esto lo hace un Duende; y el mismo co-

chero lo cree como los demas.

¿Quiénes son aquellas madamas, preguntó Don Cleofás, que veo ya prontas para irse á acostar? Son, respondió el Espíritu, dos petimetras hermanas que desde las siete de la mañana hasta ahora no han hecho otra cosa que hablar de vestimentas y muebles que tienen gana de comprar, y es tanto el agrado que han recibido de este coloquio, que porque no las interrumpan no han querido dar entrada hoy ni aun á sus mismos cortejos. Mirad á su vecina, á aquella señora que vuelve á su casa. Esta es una muger que gusta de la murmuracion, viene de cenar con una hipocritona amiga suya, cuya conversacion la ha divertido mucho. Me parece de hermoso talle, dixo el Estudiante, y su semblante gracioso. Pues has de saber, replicó Asmodéo, que esa preciosa niña pudiera contarte, como testigo ocular, la historia del siglo pasado Su talle que admiras, es una máquina en que se ha apurado todo el arte de

la maquinaria. El pecho y las caderas son artificiales, y no ha mucho tiempo que habiendo ido á una visita se la cayéron las pantorrillas en medio del concurso.

Estoy viendo, prosiguió Asmodéo, bastante cerca de allí en una taberna dos comediantes con un autor. Sin duda aquellos, dixo el Estudiante, han convidado á este con la mira de empeñarle á que trabaje para el teatro. No, dixo el Diablo, ántes el autor es el que paga la cena y los embriaga, á fin de atraerlos á que protejan una mala comedia que está para presentar á su compañía.

Oigo un ruido tan tremendo, dixo el Estudiante, que no puedo ménos de preguntarte la causa. El ruido que oyes, respondió Asmodeo, es una cencerrada. Una viuda de sesenta años se ha casado esta mañana con un criado suyo que no tiene mas de veinte, y todos los chuzones del barrio se han juntado para celebrar la boda con un concierto de cazos, sar-

tenes y calderos. Tú me has dicho, replicó Don Cleofás, eras el que hacias los casamientos ridículos; con todo eso noto que no has tenido parte en este. Así es, replicó el Espíritu, y aun quando hubiese yo estado libre, no me hubiera mezclado en ello, porque esta muger es concienzuda. Se ha casado para vivir en paz y en gracia de Dios con su marido, y yo no hago semejantes uniones; complaciéndome mas en turbar las conciencias, que en aquietarlas.

El ruido de esta serenata no me impide estar oyendo otro. Ese ruido, dixo el Cojuelo, sale de un café, en donde hace ya cinco horas que algunos preciados de eruditos estan enzarzados en una disputa, y el amo no sabe como echarlos de allí. Hablan de una comedia que hoy se ha representado por la primera vez, y que ha sido silvada y mofada. Unos dicen que es buena, y otros sostienen que es mala. No tardarán mucho en

andar á puñadas, que es en lo que vienen á parar semejantes disputas. Si tienes curiosidad de verlo, voy á trasladarte..... No, no, interrumpió el Estudiante, ántes bien explícame en qué está pensando aquel hombre que se vé allí en bata sentado en una silla. Es, respondió Asmodeo, un asentista que trae en la cabeza un proyecto importante. Sus bienes ascienden á quatro millones de reales, y como no dexa de tener alguna inquietud acerca de los medios de que se ha valido para juntarlos, piensa en fundar un Convento para aquietar con esta buena obra su conciencia. Ha obtenido la licencia para la execucion, y está ya haciendo los preparativos para ello.

¿Ves mas allá á un Impresor, continuó Asmodeo, que está afanado en su imprenta? Pues ha hecho marchar á sus oficiales, y va á pasar la noche empaquetando una porcion de exemplares de cierta obra que ha impreso, ademas de los que contrató con el au-

tor de ella, porque cree tendrá buen despacho, y se promete en su venta anticipada una ganancia segura y considerable respecto no le tienen de coste mas que el valor del papel que pone para ellos. Ya tenia yo noticia, dixo Don Cleofás, de que algunos Impresores se valían de esas mañas, pero lo dudaba, porque eso es en grave perjuicio de los intereses del autor, y por conseqüencia una usurpacion del trabajo ageno. Pues sí amigo, repuso el Cojuelo, no solo usan de esas mañas varios señores bibliópolas, sino de otras que callo, por temor de que si las digo y lo saben, me meterán en prensa ahora que ven que tengo forma. Ya entiendo, dixo Don Cleofás, no pases adelante, y pues has ofrecido vengarme de la perfidia de mi querida, te intimo me cumplas la papalabra. ¡Quánto me agradan aquellos buenos genios que se dexan llevar sin escrúpulo de todos sus movimientos! Vamos que en el instante te voy á satisfacer; y con efecto, el tiem-

po de vengarte ya ha llegado. Inmediatamente Don Cleofás volvió á agarrarse de la punta de la capa de Asmodeo, y atravesando otra vez los ayres con él, fué á ponerse encima de la casa de Doña Tomasa.

Esta señora estaba á la mesa con los quatro espadachines que habian perseguido al Estudiante por los texados. Rabió de cólera al verlos estar comiendo su pabo, y desocupando algunas botellas de vino que habia pagado, y hecho llevar á casa de ella. ¡Ah tunantes, dixo, mirad como se regalan á mi costa! ¡qué mortificacion para mí!

Convengo, dixo el Diablo, en que esto no es muy gustoso; pero amigo, quando se trata con mugeres de esta especie, se deben esperar semejantes aventuras. Si tuviese espada, replicó Don Cleofás, acometeria á estos pícaros, y turbaria su diversion........ El partido no seria igual, interrumpió Asmodeo; dëxame el cuidado de vengarte, que yo lo conseguire me-

jor que tú. Voy á introducir la discordia entre estos hombres, inspirándoles un extremo de furor.

Dichas estas palabras sopló, y salió de su boca un vapor morado que baxó como una nubecilla, y se esparció por la mesa de Doña Tomasa. Inmediatamente uno de los convidados, sintiendo el efecto de aquel soplo echa mano á la espada, y comienza á insultar á sus compañeros; los quales impelidos por la fuerza del mismo vapor, sacan las suyas y comienzan una terrible pendencia. Al ver esto Doña Tomasa da horribles gritos, alborótase en breve toda la vecindad, llaman á la justicia, la qual llega, y echando abaxo la puerta entra y se encuentra con dos de estos guapos tendidos y casi muertos en el suelo. Prende á los demas y llévalos á la cárcel con Doña Tomasa. Esta bribona por mas que lloraba, se arrancaba los cabellos, y se despedazaba, no por eso los que la conducian se; compadecian de ella, ni tampoco

Don Cleofás y Asmodeo, que daban grandes carcajadas de risa.

Ahora bien, le dixo este Diablo, ¿ estás contento? No, respondió el Estudiante, para darme una entera satisfaccion, llevadme encima de la cárcel, de suerte que tenga yo el gusto de ver meter en ella á esa pérfida muger, á quien en este instante aborrezco mas que la he querido nunca. Así lo haré, replicó el Diablo: siempre me hallarás dispuesto á servir á tus pasiones.

CAPITULO VII.

De los Presos.

El Diablo y Don Cleofás se hallaron en un instante sobre la cárcel, á la que dentro de poco viéron llegar á los dos espadachines, á quienes se les aloxó en un calabozo. A Doña Tomasa la pusiéron en un quarto con otras tres ó quatro mugeres de mala vida que habian sido arrestadas aquel mismo dia, y debian ser conducidas

al siguiente al parage destinado para esta casta de criaturas.

Ya estoy satisfecho, dixo Don Cleofás; he logrado una entera venganza. Quando quieras iremos á continuar en otra parte la visita de lo que pasa en este pueblo. Espera, dixo Asmodeo, pues ántes es preciso enseñarte algunos presos y decirte la causa de su prision. Pero ántes de que te lo explique observa por un rato los carceleros que estan á la entrada de esos horribles lugares. Los poetas no han puesto mas que un Cancerbero á la puerta de sus infiernos, pero aquí como ves hay muchos mas.

Primeramente en esta grande pieza á mano derecha hay tres hombres acostados en esas infelices camas que ves. El uno es un tabernero acusado de haber envenenado á un extrangero que reventó el otro dia bebiendo en su taberna. Cuentan que la calidad del vino le ha muerto; pero el tabernero afirma que ha sido la cantidad; la justicia le dará crédito, por-

que el extrangero es Aleman.

El segundo es un vecino de Madrid preso por haber salido por fiador de un licenciado que ha tomado prestados doscientos doblones para salir de cierto apuro. Y el tercero es un maestro de baylé que ha baylado mas de lo que debia.

Mira, prosiguió Asmodeo, mas allá, y contempla un preso que está en el calabozo. Ayer le prendiéron, y su historia es esta:

Un soldado viejo que por su valor, ó mas bien por su paciencia habia llegado al puesto de sargento de su compañía, vino de bandera á esta villa. Habiendo ido á pedir hospedage á una posada, le dixéron que aunque habia quartos desocupados no le podian dar ninguno, porque todas las noches iba á la casa un duende que aporreaba á todos los forasteros que tenian el atrevimiento de dormir allí. Esta noticia no le hizo fuerza al sargento, y así dixo que le pusiesen en el quarto que quisiesen, y diesen luz, vino y tabaco

para fumar, y en quanto al duende no pasasen cuidado.

Diéronle un quarto y lo demas que habia pedido: púsose á beber y fumar; y ya era mas de media noche y el duende no habia hasta entónces turbado el profundo silencio que reinaba en la casa; pero entre una y dos de la mañana oyó el sargento un ruido espantoso como de yerro, de allí á poco vió entrar en su quarto una fantasma vestida de paño negro, y toda rodeada de cadenas. No le asustó aquella aparicion, y sacando la espada se fué derecho al duende, y le sacudió de plano en la cabeza un buen cintarazo.

El duende que no estaba enseñado á encontrar huéspedes tan atrevidos, dió un grito, y advirtiendo que el soldado iba á segundarle, se le arrodilló con mucha humildad diciéndole: Señor sargento, por Dios, no me dé mas; tenga lástima de un pobre diablo que se arroja á sus pies.

Si quieres librar la vida, respon-

dió el soldado, has de decir quién eres, y hablarme sin disimulo. Soy un mozo de esta posada, replicó el duende, que estoy enamorado de la hija del amo, y á ella no la desagrado; pero como sus padres piensan casarla con persona mas alta que yo, hemos trazado entre los dos que todas las noches haga yo el papel que ves. Me cubro con una capa larga negra, me cuelgo del pescuezo una cadena, y de esta suerte ando toda la casa desde el sótano hasta las guardillas, causando el estruendo que habeis oido. Quando llego á la puerta del quarto del amo y del ama me paro y exclamo: "no aguardeis que os dexe quietos hasta que caseis á Juanilla con Guillermo vuestro mozo." Despues de dichas estas palabras con una voz entonada y tremenda sigo metiendo bulla, y luego entro por una ventana en la alcoba donde Juana duerme sola, y la cuento lo que he hecho.

Señor sargento, continuó Guillermo, nada os callo como veis. Bien

veo que habiéndoos hecho esta declaracion podeis perderme diciendo á mi amo lo que pasa; pero si quereis favorecerme en vez de destruirme, os aseguro que mi agradecimiento....... ¿Pues en qué puedo yo servirte? preguntó el soldado. No teneis mas, replicó Guillermo, que decir mañana que habeis visto al duende, que os ha metido gran miedo...... ¡Cómo, por vida de tantos, gran miedo! replicó el militar. ¿Con qué quieres que el sargento Antonio Quebrantador confiese que ha tenido miedo? Decid lo que querais, respondió el mozo, con tal que ayudeis mi intencion. Quando esté casado con Juanilla, y me halle en mi casa, os prometo de regalaros de comer todos los dias á vos y á todos vuestros amigos. ¡Qué persuasiva teneis, señor Guillermo, dixo el soldado! Me proponeis que yo apoye un embuste; el asunto es serio; pero vuestras palabras me hacen olvidar las conseqüencias que puede traer. Andad y seguid alborotando, y con-

tándoselo á Juana, que yo me encargo de lo demas.

Con efecto, al dia siguiente por la mañana dixo al huésped y á su muger: He visto al duende y hablado con él. Es un hombre muy de bien. Soy, me ha dicho, el visabuelo del amo de esta posada. Yo tuve una hija que prometí dar en casamiento al padre del abuelo del mozo que le sirve. Sin embargo, no haciendo caso de mi palabra la casé con otro, y morí de allí á poco tiempo. Desde entónces estoy padeciendo en castigo de mi culpa, y no tendré descanso hasta que alguno de mi linage se case con una persona de la familia de Guillermo. Por eso vengo todas las noches aquí. Con todo por mas que digo que casen á Juanita con Guillermo, mi viznieto y su muger se hacen los sordos. A los dos los atormentaré de un modo extraño. El huésped, que era un hombre bastante sencillo, se quedó aturdido de oir esto, y la huéspeda que era todavía de espíritu mas débil

que su marido creyendo ver ya tras sí al duende, estrechó á aquel de tal manera á que consintiese en el casamiento, que se rindió á sus instancias. Guillermo se caso el dia siguiente con Juana, y en breve pasó á vivir á otro barrio de la ciudad, poniendo en él taberna.

El sargento Quebrantador no dexaba de visitar con freqüencia á Guillermo, quien por su parte llevado de agradecimiento le servia vino á discrecion, lo que complacia tanto á el soldado que llevaba á aquella taberna no solamente á todos sus amigos, sino que aun hacia en ella sus enganches, y emborrachaba sus reclutas. Pero en fin Guillermo se cansó de remojar tantas bocas sedientas; declaró sobre ello su pensamiento al soldado, quien sin pensar que efectivamente excedia los límites del convenio, tuvo la injusticia de tratar á Guillermo de poco agradecido. El tabernero respondió, el sargento replicó, y la conversacion acabó con al-

gunos cintarazos que á Guillermo le dió el sargento. Muchos que pasaban por allí quisiéron sacar la cara por el paisano; el sargento hirió á tres ó quatro; pero le asaltó de repente una multitud de alguaciles que lo prendiéron como á perturvador del sosiego público, y lo lleváron á la cárcel. Declaró todo lo que acabo de contarte, y en virtud de su declaracion la justicia hizo tambien prender á Guillermo. Su suegro ha salido tambien á la causa, y pide se le castigue por el atentado cometido.

En el calabozo siguiente hay, prosiguió el Cojuelo, varios desdichados dignos de compasion. El uno es un jóven ayuda de cámara de un poderoso, quien por unas palabras que ha tenido con él le ha mandado encerrar á su disposicion.

El segundo es un cirujano convicto de haber hecho á su muger una sangria como la que hiciéron á Seneca. Hoy ha sido puesto á qüestion de tormento, en el que despues de haber

confesado la muerte de su muger de que le acusaban, ha declarado que de diez años á acá se ha servido de un medio bastante nuevo para tener parroquianos. Heria de noche con una bayoneta á los que pasaban por su calle, y se escapaba corriendo á su casa por una puerta trasera. En este tiempo el herido daba gritos que hacian acudir á los vecinos á socorrerle; él era uno de los que acudian, y viendo á un hombre bañado en sangre lo hacia llevar á su tienda, donde lo curaba con la mismo mano que le habia herido.

El tercero es un asesino de profesion, uno de aquellos hombres que por quatro ó cinco doblones prestan gustosamente su ministerio á todos quantos quieren quitar del medio á alguno secretamente.

El quarto es el escudero de una Marquesa, á la que han robado mil ducados, y á él le acusan del robo. Mañana le darán tormento hasta que confiese que él es el ladron, aunque no

ha cometido semejante delito. Quien lo ha hecho es una antigua doncella que logra de toda la confianza de la Marquesa, y de la que no se atreverian ni á sospechar.

Pues ea, señor Asmodeo, dixo Don Cleofás, yo te pido que favorezcas á este pobre escudero, librándole con tu poder de los crueles suplicios que le estan guardados, pues su inocencia merece.... Tú no piensas en lo que dices, interrumpió el Diablo. ¿Cómo me pides que yo me oponga á una accion injusta, é impida el que un inocente perezca? Eso es lo mismo que suplicar á un procurador que no arruine á una viuda ó á un huérfano.

Vamos, conténtate si gustas de que yo no proceda contigo como espíritu maligno, y déxame usar libremente de mi odio y mi malicia con los demas hombres; y fuera de eso, aun quando yo quisiese libertar á este inocente, ¿lo podria yo acaso? Pues qué, dixo el Estudiante, ¿no tienes

poder para sacar á uno de la cárcel? No por cierto, replicó Asmodeo: Si hubieras leido el Enchiridion ó á Alberto el grande, sabrias que yo ni mis compañeros no podemos sacar á un encarcelado de la prision. Si yo mismo tuviera la desgracia de caer entre las uñas de la justicia, no podria salir de ellas.

Me parece, dixo Don Cleofás, que veo á una muger en un quarto debaxo de ese calabozo. Verdad es, respondió Asmodeo, esa es una famosa estafadora que tiene reputacion de hacer cosas imposibles. Cuentan que con su arte, viudas viejas encuentran caballeros jóvenes que las aman con igual ardor; que los maridos siempre son fieles á sus mugeres, y las petimetras locas llegan á enamorarse de veras de los sugetos ricos que se inclinan á ellas. Pero todo ello es mentira, pues esta muger no posee otro secreto que el de poder persuadir que lo tiene; y vivir cómodamente con esta opinion.

Contemplad en el quarto inmediato á esos dos presos que estan hablando en vez de descansar. No pueden coger el sueño porque sus asuntos los inquietan, y en la realidad son estos bastante delicados. El primero es un platero acusado de haber ocultado unas alhajas robadas; y el otro un poligamo ó casado dos veces que habiendo contraido matrimonio seis meses hace por interes con una viuda vieja del reyno de Valencia, ha dado despues la mano de esposo por inclinacion á una jóven de Madrid, y todos los bienes que ha recibido de la valenciana. Sus dos casamientos se han descubierto, y ambas mugeres le persiguen judicialmente. La jóven con quien casó por inclinacion pide contra él la pena capital por interes, y la viuda con quien se casó por interes le persigue por inclinacion.

Seguidme á esa sala baxa donde ves á treinta ó quarenta presos echados encima de un tablado. Son rateros y gente de malas mañas: voy á

explicarte las causas de cada uno. No, te suplico, interrumpió Don Cleofás, dexemos ahí á todos esos bribones; no me mueve la curiosidad á oir lances de canalla. Alejémonos nosotros de ese sitio desagradable, y vamos á poner nuestra vista en objetos mas propios para divertirnos. Con muchísimo gusto, replicó Asmodeo, pues en verdad que tengo otras muchas cosas que hacerte ver.

CAPITULO VIII.

Enseña Asmodeo á Don Cleofás muchas personas, y le revela lo que han hecho aquel dia.

Dexando allí á los presos fuéron volando á otro barrio. Hiciéron una parada sobre una casa grande, y el Cojuelo le dixo al Estudiante, deseo contarte lo que hoy han hecho todas las personas que viven en las inmediaciones de esta casa. Es materia que podrá divertirte. No lo dudo, respon-

dió Leandro. Comienza, te ruego, por ese capitan que está calzándose las botas; preciso es que tenga algun negocio de importancia que le llame léjos de aquí. Ese es, replicó el Diablo, un capitan que va al instante á marchar de Madrid. Ya tiene prontos los caballos á la puerta; parte para Cataluña adonde hay órden que vaya su regimiento.

Como se halla sin dinero, se fué ayer á ver con un usurero, á quien dixo: señor Sanguijuela ¿podrá usted prestarme mil ducados? Señor capitan, respondió el usurero con semblante afable y benigno, no los tengo; pero estoy seguro de encontrar quien os de quatrocientos de contado, firmándole vos un vale de la cantidad de mil; y deduciendo yo, si os parece, de los quatrocientos que recibais, sesenta por el derecho de corretage. ¡Anda tan escaso el dinero hoy en dia! ¡Válgame Dios que usura, replicó con enfado el militar, pedir seiscientos sesenta ducados por trescientos qua-

renta! ¡Qué picardia! Era menester mandar ahorcar á unos hombres tan desapiadados.

No hay que enojarse, señor capitan, le respondió con gran frescura el usurero, id y buscad en otra parte. ¿De que os quejais? ¿Acaso os preciso yo á tomar los trescientos quarenta ducados? Vos sois dueño de recibirlos ó dexarlos. El capitan no teniendo nada que replicar á estas palabras se retiró; pero habiendo reflexîonado quan forzoso le era marchar, que el tiempo urgia; y finalmente que no podia pasar sin dinero, volvió esta mañana en casa del usurero á quien habiendo encontrado á la puerta vestido de un ferreruelo negro, su golilla, el pelo cortado, y con un rosario de cuentas gordas lleno de medallas. Aquí me tienes otra vez, señor Sanguijuela, le dixo; admito vuestros trescientos quarenta ducados, obligándome á tomarlos la necesidad de dinero en que me veo. Ahora voy á misa, respondió con gravedad el usu-

rero. Venid despues que la haya oido, y os entregaré esa cantidad. Vaya, vamos, replicó el capitan, entrad os suplico en vuestro quarto que en un momento acabarémos. Despachadme al instante, porque tengo prisa. No puedo, le dixo Sanguijuela. Yo acostumbro oir misa todos los dias ántes de empezar ningun negocio. Es una ley que me he impuesto y la quiero observar religiosamente toda mi vida.

Por mas impaciente que estaba el oficial por coger el dinero tuvo que someterse á la del devoto Sanguijuela. Armose de paciencia, y aun como si temiese que los ducados se le escapasen, fué con el usurero á la iglesia, y oyó misa á su lado, la qual acabada, iba á salir, pero llegándosele al oido Sanguijuela le dixo: va á predicar uno de los mas hábiles predicadores de Madrid, y no quiero perderle el sermon.

El capitan á quien ya el tiempo de la misa habia parecido demasiado largo, se desesperó con esta nueva tar-

danza Sin embargo, se mantubo en la iglesia. Sube al púlpito el predicador, y predica contra la usura. El oficial rebosaba de gozo, y mirando á la cara al usurero, decia para sí: ¡Si hiciera mella el sermon en este judio! Como me diera seiscientos ducados marcharia satisfecho de él. En fin el predicador concluyó.

Sale el usurero, llegase al capitan y le dice. ¿Qué tal? ¿Qué pensais del predicador? No os parece predica con mucha energía. A mi me ha tocado el corazon. Yo formo de él igual juicio que vos, le respondió el usurero. Ha tratado con primor el asunto. Es hombre docto; ha hecho bien su oficio; vamos ahora nosotros á hacer el nuestro.

Escucha, dixo Don Cleofás. ¿Quien son aquellas dos mugeres que estan acostadas juntas, y dan tan grandes carcaxadas. Me parecen algo alegres. Esas son, respondió Asmodeo, dos hermanas, á cuyo padre han enterrado esta mañana. Gastaba mala condi-

cion, y su aversion al matrimonio era tanta, ó por mejor decir, su repugnancia á establecer sus hijas, que jamas quiso casarlas, aunque se las presentáron partidos ventajosos. Ahora estaban hablando del carácter del difunto. Murió por fin, decia la mayor, aquel padre inhumano que se complacia barbaramente en vernos sin casar. Ya no se opondrá á nuestros deseos. Yo por mí, hermana, dixo la menor, gusto de lo sólido. Quiero un hombre rico, aunque por otro lado sea un animal, y el panzudo Don Blas me vendrá á pedir de boca. No vayas tan deprisa, respondió la otra; nos casarémos con los que nos estan destinados, porque nuestros casamientos estan escritos en el cielo. Tanto peor, á la verdad, dixo la menor, porque temo mucho que mi padre haga pedazos el papel. La mayor no ha podido contener la risa al oir esta aprehension, y todavia se estan riendo de ella las dos.

En la casa inmediata á la de esas

dos hermanas, está de posada una aventurera aragonesa; y estoy viendo como en vez de irse á acostar se está mirando al espejo, y dando la enorabuena á sus atractivos de una conquista importante que han hecho hoy. Estudia los mejores aires de cara, y ha descubierto uno que hará mañana un gran efecto en su amante. Es preciso haga lo posible para atraerle, porque es un sugeto que promete dar mucho de sí. Por eso á uno de sus acreedores que vino poco ha á pedirla su dinero, le respondió, esperad amigo, volved de aquí á unos dias, que estoy tratando de hacer un convenio con uno de los principales empleados de la Aduana.

No necesito preguntarte, dixo Don Leandro, lo que ha hecho cierto caballero que se me ofrece á la vista. Es preciso haya gastado todo el dia en escribir cartas. ¡Que porcion tan grande de ellas veo sobre la mesa! Lo gracioso es, dixo Asmodeo, que todas contienen lo mismo. Ese caballero es-

cribe á todos sns amigos ausentes, contándoles una aventura que le ha sucedido hoy despues de comer. Es de saber que anda enamorado de una viuda de treinta años, linda y mogigata, y que la rinde obsequios de que ella no se desdeña. Habiéndola manifestado el deseo de ser su esposo, y admitido ella la propuesta, tenia libertad de visitarla miéntras se hacian los preparativos de la boda. Fué á verla hoy despues de comer, y no habiendo casualmente quien la entrase el recado, se entró en el quarto de la señora, á quien halló durmiendo profundamente en un canape, y á su lado unos billetes amorosos que habia recibido y no de él, ántes de quedarse dormida. Leyólos, pues, el caballero, y tomó inmediatamente su determinacion como hombre de juicio: renunció á la viuda, y se retiró de aquella casa para no volver jamas.

Dos casas mas allá de la de ese caballero descubro en un quarto pequeño un extraño marido que se queda dormi-

do tranquilamente al son de las quejas que le da su muger de haber estado fuera todo el dia. Mayor seria su enojo si supiera en que se ha divertido, ¿sin duda ha estado ocupado en algun lance de amor? Fixó Zambullo. Has dado en el punto, replicó Asmodeo. Te lo voy á contar.

Ese hombre es un vecino de Madrid, llamado Patricio, uno de aquellos maridos licenciosos que viven como sino tuvieran muger ni hijos. Sin embargo está casado con una jóven, bien parecida y honrada, y tiene dos niñas y un niño pequeños. Salió de casa esta mañana sin preguntar si habia en ella pan para su familia, que algunas veces carece de él.

Ha pasado por la plaza mayor donde se ha detenido á ver los preparativos de la funcion de toros que se han corrido á tiempo que iban los aficionados entrando, y acomodándose en los tablados que estaban dispuestos para ellos.

Miéntras se entretenia en mirar á

éste y al otro vió una dama de gracioso talle, y bien vestida que baxaba de un tablado. No fué menester mas para sacar de sus casillas á nuestro frágil vecino. Acercóse á la dama que iba acompañada de otra, la qual en su ayre daba á entender bastante, que eran dos buenas piezas: Señoras, las dixo, si puedo serviros de algo no teneis mas que hablar, que me hallareis dispuesto á complaceros. Caballero, le respondió la ninfa, vuestra oferta no es de despreciar. Habiamos cogido ya asientos; pero los hemos dexado por irnos á desayunar por haber hecho el desatino esta mañana de salir de casa sin tomar chocolate. Ya que sois tan atento que nos ofreceis servirnos, llevadnos, si gustais, adonde podamos comer un bocado; pero es preciso que sea un parage retirado, pues bien sabeis que en las doncellas no sobra el cuidado de la buena reputacion.

Con estas palabras volviéndose Patricio mas cortés y rendido que lo es

la necesidad, llevó á estas princesas á una hostería del barrio, donde pidió de almorzar. ¿Qué es lo que su merced quiere? le preguntó el dueño. Me han quedado de una gran comida que aquí hubo ayer, unas pollas de leche, perdigones de Leon, pichones de Castilla la Vieja, y mas de medio jamon de Extremadura. Con eso hay sobrado, dixo el acompañante de las vestales. Señoras, pidan vmds. lo que les parezca. ¿Qué quieren vmds.? Lo que gusteis, dixéron ellas, vuestro gusto es el nuestro. Al instante encargó Patricio dos perdigones, y dos pollas fiambres, y que les diesen un quarto separado, porque iba con unas señoras muy miradas en punto de honestidad.

Llévanle, y á su compañía á una pieza retirada, y de allí á poco traen lo que habia pedido, pan y vino. Nuestras Lucrecias muertas de hambre se tiran con ansia el plato miéntras el pobre majadero, que debia de pagar el gasto, se entretenia en con-

templar á su Luisita, que así se llamaba la hermosa niña, de quien se habia apasionado. Admirale la blancura de sus manos, en una de las quales brillaba una gran sortija que habia ganado corriéndola: dala sin tasa los nombres de estrella y de sol, y no acierta á comer de gozo de haber tenido un tan buen encuentro. Pregúntale á su diosa, si es casada. Responde ella que no; pero que está en compañía de un hermano; si hubiese, añadido de Adan y Eva, hubiera dicho la verdad.

Entre tanto las dos harpias no solamente devoraban una polla cada una, sino que bebian á correspondencia de lo que comian. El vino en breve dió fin, y el galan fué en persona á buscarlo para tenerlo mas pronto. No bien hubo marchado quando Jacinta, la compañera de Luisita, echando la garra á los dos perdigones que quedaban los escondió en una talega de lienzo que llevaba debaxo de la saya. Vuelve nuestro Adonis con el

vino, y viendo limpio el plato, pregunta á su Venus si quiere algo mas. Que nos traigan, dixo ella, de aquellos pichones de que habló el amo, si son exquisitos, ó un pedazo de jamon extremeño. Apénas pronunció estas palabras quando ve á Patricio que vuelve á la cocina, y hace llevar tres pichones, y unas grandes lonjas de jamon. Nuestras aves de rapiña empiezan de nuevo á picar; y entre tanto que Patricio tiene precision de desaparecer por tercera vez para ir á pedir pan, envian ellas dos pichones á que acompañen á los presos de la talega.

Acabado el almuerzo con frutas del tiempo, el enamorado Patricio estrechó á Luisita á que le dixese adonde vivia, y si se la podia visitar; respondióle la niña que no podia ser sin exponerse á que lo llegase á saber su hermano, añadiendo que quedaba en extremo agradecida á los favores y finezas que le habia merecido; y que ya procuraria no fuese a-

quella la úlma vez que se viesen. Despues oyendo dar la una fingió desasosiego, y la dixo á su compañera. ¡Ay Jacinta mia que desgracia es la nuestra! ¡Ya no encontraremos lugar para ver los toros! No te de pena, respondió la Jacinta, este caballero puede llevarnos al parage donde nos habló, y no tengas cuidado de lo demas.

Antes de salir de la hostería fué preciso pagar la cuenta al huesped, quien hizo subir el gasto á cincuenta reales. Metió mi buen Patricio la mano en el volsillo, y no hallando en él mas de treinta, le fué preciso dexar en prenda por lo demas el rosario lleno de medallas de plata. Despues volvió á acompañar á las dos taymadas, y las colocó cómodamente en un tablado, cuyo dueño, que es conocido suyo, le fió el importe de los asientos.

Así que estuviéron sentadas pidiéron de refrescar. Rabio por beber. El jamon me ha dado una sed muy

grande decia una; á mi me sucede lo propio, decia la otra; de buena gana tomaria agua de limon. Patricio que entendió demasiado lo que aquello queria decir, las dexó por ir á buscar el refresco; pero parándose en el camino, se dixo á sí propio: ¿A donde vas loco? Quien te vea dirá que llevas algunos cien doblones en la faldriquera, ó que los tienes en tu casa, y estás sin ochavo. ¿Qué haré? Volverme sin llevar á la dama lo que apetece, no hay que pensar en eso. Por otro lado ¿he de abandonar yo una empresa tan adelantada? no puedo resolverme á ello.

En este apuro vé entre los concurrentes á un amigo que muchas veces se le habia ofrecido, y á quien por vanidad jamas habia querido cansar; pero perdiendo en aquella ocasion enteramente la vergüenza, se llega á él acelerado y le pide prestados dos doblones, con los quales, recobrando aliento va bolando para que lleven á sus princesas tantas aguas heladas, y

tantos bizcochos y dulces secos, que el dinero apénas bastó para aquel nuevo gasto.

Finalmente la fiesta acabó ya anochecido, y nuestro galan fué á acompañar á la señora á su casa con esperanza de sacar algun partido; pero quando llegáron á la puerta salió una, al parecer criada, á recibir á Luisita, á quien toda turbada dixo: ¿De donde venis á estas horas? Dos hace que el señor Don Gaspar Heridor, vuestro hermano, os está aguardando, jurando como un condenado. Entónces fingiendo asustarse la hermana se volvió á Patricio, y en voz baxa le dixo, apretándole la mano: mi hermano tiene un genio muy fuerte, pero pronto se le pasa la cólera. Esperad en la calle, y no perdais la paciencia que nosotras vamos á aplacarle; y como todas las noches cena fuera, así que salga, Jacinta irá á avisaros y vendreis con ella á casa.

Consolado él con esta promesa, coge con ánsia la mano á Luisita, quien

le hace algunas caricias para endulzarle, y despues se mete en casa con Jacinta y la criada. Patricio estubo esperando con paciencia en la calle. Siéntase en una piedra á dos pasos de la puerta donde se está mucho tiempo sin pensar en que pueden tener gana de burlarse de él, aturdiéndole únicamente el no ver salir á Don Gaspar, y teme que aquel maldito hermano no vaya á cenar á otra parte.

En este tiempo oye que dan las diez, las once y las doce. Entónces ya empieza á desconfiar algo, y á dudar de la buena fe de Doña Luisita. Llega á la puerta, entra, y sigue á tientas un portal obscuro, y al medio de él encuentra la escalera. No atreviéndose á subir se pone atento á escuchar; y hiere su oido el discorde concierto de un perro que ladra, un gato que maya, y de un niño que llora. Conoce por último que le han engañado, y lo que acaba de persuadírselo es, que penetrando hasta lo último del portal, se halló en otra ca-

lle distinta de aquella en que estubo tanto tiempo de centinela.

Siente entónces el dinero que gastó, y vuélvese á su casa maldiciendo su fortuna. Llama á la puerta, y saliendo á abrirle su muger con el rosario en la mano y bañados los ojos de lágrimas, le dice con semblante tierno. ¿Es posible, Patricio, que así abandones tu casa, y cuides tan poco de tu muger y de tus hijos? ¿Qué has hecho desde las seis de la mañana que saliste? El marido no sabiendo que responderla, y lleno por otra parte de vergüenza de haber sido la burla de dos bribonas, se ha desnudado y metido en la cama. Su muger que está de humor de predicarle le echa un sermon, con el qual acaba ahora de quedarse dormido.

Reparad, prosiguió Asmodeo, en aquella casa grande arrimada á la del caballero que escribe á sus amigos el rompimiento de su matrimonio con la viudita del canape. ¿No ves una señorita acostada en una cama colgada de raso liso carmersi? Si, respondio Don

Cleofás, bien veo una persona que está durmiendo, y tiene á mi parecer, un libro á la cabecera. Así es, replicó el Cojuelo, esa señora es una condesa jóven muy discreta y chistosa. Seis dias habia que no podia coger el sueño, lo que la desazonaba infinito, y hoy ha pensado en enviar á llamar á un médico de los mas famosos en la facultad. Viene, la escucha, y dispone una receta prescripta, segun él ha asegurado por Hipócrates. La señora se pone á burlarse de su remedio; pero el tal, que es un médico animal arisco, no ha llevado á bien sus chanzas, y con gravedad doctoral la ha dicho: Señora, Hipócrates no es sugeto digno de que nadie le ridiculice. Ay! señor Doctor, ha respondido con seriedad la condesa, yo no intento mofarme de un autor tan célebre y tan docto, ántes bien hago aprecio, de modo que estoy cierta de sanar de mi desvelo con abrirle solamente. Tengo entre mis libros una nueva traduccion de este autor hecha por el sábio Acero,

que es la mejor que ha salido; que me la traigan. Con efecto, pásmate del hechizo de esta lectura! con tres páginas que ha leido se ha quedado dormida profundamente.

En la caballeriza de la misma casa hay un pobre soldado manco, á quien los palafreneros dexan por caridad dormir en ella de noche sobre la paja. De dia pide limosna, y no hace mucho que tuvo una conversacion muy graciosa con otro pordiosero que vive junto al Buen-Retiro, como se va á la Corte. Este hace grandemente su negocio; lo pasa muy bien, y tiene una hija casadera, que está tenida entre los pobres, por una rica heredera. El soldado se llegó al padre de los maravedises, y le dixo: Señor mendigo, yo he perdido como ves el brazo derecho, y ya no puedo servir al Rey; me veo reducido para mantenerme á hacer como vos cortesias á los que pasan. Bien sé que de todos los oficios ninguno como este sustenta mejor al que lo exerce; y que lo que le falta solamen-

te es el ser algo mas honrado. Respondió el otro, ya no valdria nada si fuera honrado, porque todo el mundo se aplicaria á él.

Teneis razon, replicó el manco. Pues ahora bien, soy uno de vuestros camaradas, y quisiera casarme con vuestra hija. ¿Sabeis lo que os decis, repuso el ricote? Necesita de otro partido mas ventajoso. Vos no estais bastante estropeado para ser mi yerno. Yo quiero uno que sea capaz de causar lástima á los míseros. ¿Qué no estoy yo, dixo el soldado, en un estado bastante compasivo? Quitaos de ahí, replicó el otro con despego. Vos no sois mas que manco, ¿y os atreveis á pedir á mi hija? Habeis de saber que se la he negado á uno que anda arrastrando por el suelo.

Haria mal, continuó el Diablo, en pasar de largo la casa pegada á la de la condesa, y en la que vive un pintor viejo y borracho, y un poeta mordaz. El pintor salió esta mañana á buscar un confesor para su muger que se está

muriendo ; pero encontró un amigo suyo que le llevó á la taberna, y no ha vuelto á su casa hasta las diez de la noche. El poeta, que tiene fama de haber recibido algunas veces tristes salarios por sus versos picantes, decia poco ha en cierta parte, hablando de uno que no estaba presente, es un trasto á quien he de dar cien palos. Fácilmente se los podeis dar, respondió un bufon, porque teneis recibida buena porcion de ellos.

No debo de olvidar un lance que ha pasado hoy en casa de un mercader de esta calle recien establecido en Madrid. No hace tres meses que volvió del Perú con gran caudal. Su padre es un honrado zapatero de viejo de Medina, lugar grande de Castilla la vieja, cerca de las montañas de la sierra de Avila, donde vive muy contento con su estado y con su muger, que es de su misma edad, esto es, de sesenta años.

Mucho tiempo hacia que su hijo se había ausentado de su compañía pa-

ra ir á indias á buscar mejor fortuna que la que ellos podian procurarle. Mas de veinte años eran pasados que no le habian visto. Todos los dias rogaban al Cielo que no le desamparase, y pedian al señor Cura de la parroquia, que era amigo suyo, que le encomendase tambien á Dios. El comerciante por su lado no los echaba en olvido. Luego que fixó su establecimiento, determinó informarse por sí mismo de la situacion en que podian estar. A este fin, despues de haberles dicho á sus criados que no estuviesen con cuidado, marchó hace quince dias á caballo, sin que nadie le acompañase, y se fué al pueblo de su nacimiento.

Serian las diez de la noche quando llegó, tiempo en que el bueno del zapatero estaba durmiendo al lado de su muger. Despertáron sobresaltados al ruido que hizo el comerciante llamando á la puerta de su humilde habitacion. Preguntáron quien llamaba. Abran Vms., Abran Vms., les dixo, que es vuestro hijo Frasquito. A otros

con eso, respondió el buen hombre. Sigue tu camino, ladron, aquí no tienes nada que hacer. Frasquito está ahora en indias, si no ha muerto. Vuestro hijo no está en indias, replicó el negociante, que á vuelto del Perú; y es quien os habla, no le negueis la entrada en vuestra casa. Levantémonos Diego, dixo entónces la muger: yo creo que es Paco, me parece que le conozco en la voz.

Levantarónse inmediatamente los dos; el padre encendió luz, y la madre, despues de haberse vestido de prisa, abrió la puerta. Mira á Frasquito, y conociéndole inmediatamente se arroja á él, y le aprieta estrechamente entre sus brazos. El tio Diego, movido de los mismos afectos que su muger, llega luego á abrazar á su hijo; y embelesadas aquellas tres personas de verse reunídas al cabo de una tan larga ausencia, no se saciaban del placer de darse muestras recíprocas de ello.

Pasadas unas caricias tan dulces, quitó el hijo el freno al caballo, y lo llevó á un establo donde habia una va-

ca, que era la que proveia de leche la casa. Dió luego cuenta de su viage á sus padres, y de los bienes que habia traido del Perú. La relacion fué algo larga, y hubiera podido fastidiar á oyentes desinteresados; pero un hijo que ensancha su corazon con referir los sucesos que le han pasado, no es capaz de molestar á un padre y á una madre á quienes ninguna circunstancia, por mínima que sea, parece indiferente. Escuchábanle con la boca abierta, y la menor cosa que decía causaba en ellos una viva impresion de sentimiento ó de alegría.

Así que acabó su narracion, les dixo que iba á ofrecerles parte de sus bienes, y suplicó á su padre dexase de trabajar. No, hijo mio, le dixo el tio Diego, yo amo mi oficio, y no le dexaré; ¿pues qué? replicó aquel, ¿no es tiempo ya de que descanseis? Yo no os propongo que vengais á vivir conmigo á Madrid, pues bien sé que el vivir en la Corte no os agradaria, ni intento turbar vuestra vida sosegada; pero

á lo ménos quitaos de un trabajo penoso, y vivid aquí cómodamente una vez que podeis.

La madre apoyó el parecer del hijo, y el tio Diego se rindin. En horabuena Paco, dixo, para contentarte no trabajaró en adelente para todos los vecinos del lugar; remendaré solamente mis zapatos y los del señor Cura nuestro buen amigo. Hecho este concierto, el comerciante se sorvió dos huevos frescos pasados por agua, y despues se acostó cerca de su padre, y durmió con un gusto, que solo los hijos de buena índole son capaces de imaginar.

Al dia siguiente, Paquito les dexó un volsillo con trescientos doblones, y se volvió á Madrid; pero se quedó espantado esta mañana de ver parecer de repente en su casa al tio Diego. ¿Qué es lo que os trae? padre, le preguntó. Hijo, le respondió el anciano, vengo á volverte tu volsillo; recoge tu dinero. Yo quiero comer con mi oficio, y me muero de tristeza desde que

no trabajo. Pues bien, padre, replicó el hijo, volveos al lugar, y seguid vuestro exercicio; pero con tal que eso sea solamente para entreteneros. Guardad el volsillo que os he dado, y disponed del mio. ¿Y qué quieres que haga con tanto dinero? Dixo el tio Diego. Socorred con él á los pobres, le respondió su hijo; haced de él el uso que vuestro Párroco os aconseje. El zapatero contento con esta respuesta, se ha vuelto á Medina.

Don Cleofás no dexó de oir con gusto la historia de Frasquito, é iba á hacer todas las alabanzas debidas al buen corazon de este comerciante, quando unos chillidos le robáron toda la atencion. Amigo Asmodeo, exclamó, ¿qué bulla es esa? Esos gritos que hieren los ayres, le respondió el Diablo, salen de una casa donde hay locos encerrados. Se desgañitan á fuerza de gritar y cantar. No estamos muy léjos de ella. Vamos desde luego á verlos, replicó Leandro. No tengo reparo, dixo el Diablo, quiero darte esta

diversion, y explicarte por qué han perdido el juicio. No bien lo hubo dicho, quando llevando en volandas al Estudiante, se pusiéron encima de la casa de los locos.

CAPITULO IX.

De los locos encerrados.

Zambullo recorrió con ojos curiosos todas las jaulas, y déspues de haber mirado á las locas y locos que en ellas habia encerrados, el Diablo le dixo. Aquí ves locos de todas clases; los hay de uno y de otro sexô; los hay tristes y alegres; y los hay mozos y viejos. Me es preciso ahora decirte la causa de su locura. Vamos de jaula en jaula, y empecemos por los hombres.

El primero que se ofrece á la vista, y parece está furioso, es un novelista castellano nacido en el centro de Madrid, un ciudadano orgulloso, y mas afecto á la gloria de su patria, que un antiguo ciudadano de Roma. Se ha

vuelto loco de pesadumbre de haber leido en la gaceta que veinte y cinco españoles habian sido vencidos por cincuenta portugueses.

El que está á su lado es un licenciado que tenia tantas ganas de pillar un beneficio, que ha estado haciendo el papel de hipócrita en la Corte el tiempo de diez años, y desesperado de verse siempre olvidado en las provisiones ha perdido la cabeza. En su favor tiene el que cree que es Arzobispo. Si no lo es realmente, á lo ménos logra del gusto de pensar que lo es, y á mi entender es otro tanto mas dichoso, quanto su locura me parece un sueño divertido que le entretendrá hasta la muerte, y no tendrá despues de ella que dar cuenta en el otro mundo del uso que ha hecho de las rentas eclesiásticas.

El loco que se sigue es un menor de edad á quien su tutor ha hecho pasar por tonto con la mira de apoderarse para siempre de su hacienda; y el pobre mozo ha perdido la cabeza de rabia

de verse encerrado. El inmediato á este pupilo es un Preceptor de gramática que ha venido á parar á esta casa por haberse empeñado en querer hallar el *paulo post futurum* de un verbo griego; y su vecino es un mercader, cuyo juicio no ha podido sostener la noticia de un naufragio, despues de haber tenido valor para resistir á dos bancarrotas que ha hecho.

El sugeto que está en la jaula siguiente es el viejo capitan Zanubio, caballero napolitano, que ha venido á establecerse en Madrid, y á quien los zelos le han puesto en el estado en que le ves. Voy á contarte su historia.

Estaba casado con una jóven llamada Aurora, de quien era centinela de vista; y su casa era inaccesible á los hombres. Aurora nunca salia sino para ir á misa, y aun entónces siempre la acompañaba su viejo Thicon, quien algunas veces la llevaba á tomar el ayre á una quinta que tiene al lado de Alcantara. A pesar de toda esa vigilancia, habiéndola visto casualmente en

la Iglesia un caballero llamado Don García Pacheco, se enamoró de ella ciegamente. Era este un mozo resuelto, y capaz por su buena persona de llevarse la atencion de una linda moza mal casada.

La dificultad de introducirse en casa de Zanubio no le quitó á nuestro Don García las esperanzas de conseguirlo. Como no tenia aun pelo de barba, y era bastante bonito de cara, se disfrazó de muger, y cogiendo un volsillo con cien doblones, marchó á la quinta del capitan, adonde habia sabido que este iria inmediatamente con su esposa. Acercóse á la hortelana, á la que en tono de heróina de caballería perseguida por un gigante malandrin, la dixo: Buena muger, vengo á que me ampareis, y os pido tengais compasion de mí. Yo soy una doncella de Toledo, de buen nacimiento, y tengo bienes, quieren casarme mis padres con uno á quien aborrezco, y me he escapado de su tiranía. Necesito donde recogerme, y no temo que vengan

aquí á buscarme. Dexadme estar en este sitio hasta que mis gentes me traten con mas cariño. Mi volsillo es este, añadió, tomadlo, que es quanto puedo por ahora ofreceros; pero espero verme con el tiempo en mayor disposicion de agradecer el servicio que me hagais.

Enternecido el corazon de la hortelana con haber oido estas últimas razones, la respondio: hija mia, estoy pronta á serviros; yo conozco varias casadas mozas que han sido sacrificadas á hombres viejos, y sé bien que no estan muy contentas. Me compadezco de sus penas, á nadie mejor que á mí podias acudir, yo os pondré en un quartito separado donde estareis segura.

Don García pasó algunos dias en la quinta con grandísimo deseo de ver llegar á Aurora, la que al fin fué con su zeloso marido, el qual registró al instante, segun tenia de costumbre, todas las piezas de la casa, sin dexar ninguna, y hasta las cuebas y desvanes por ver si hallaba algun enemigo de su

honra. La hortelana, como que ya le conocia, se adelantó y le contó de qué suerte una doncella jóven habia ido á suplicarla que la recogiese.

Aunque Zanubio era muy desconfiado, no tuvo la menor sospecha del engaño, y solo le movió la curiosidad de ver á la incógnita, la que le suplicó la permitiese no declararle su nombre, diciendo que el callarlo lo hacia por atencion á sus parientes, á quienes en algun modo deshonraba con su fuga. Despues le refirió su vida, inventando una novela tan discreta, que encantado de oirla el capitan, empezó á tomar inclinacion á aquella amable persona. Ofreció servirla, y para comenzar á darle prueba de ello, la puso de doncella de su muger.

Asi que vió Aurora á Don García se turbo, y la saliéron los colores al rostro sin saber por qué. El caballero que lo echó de ver, juzgó que le habia mirado en la Iglesia en que la vió la primera vez. Para salir de la duda, la dixo luego que pudo hablarla á solas: Señora, yo tengo un

hermano que me ha hablado muchas veces de vos; diciéndome haberos visto en una Iglesia. Desde este tiempo, del qual se acuerda mil veces al dia, se halla en un estado que es digno de vuestra compasion.

Aurora oido esto miró con mas cuidado á Don García, y le respondió: os pareceis demasiado á ese hermano para que yo medexe engañar mas tiempo de vuestra estratagema. Bien conozco que sois un caballero disfrazado; y hago memoria de que estando yo un dia en misa me visteis, habiéndoseme al zado un instante el manto. Os estuve mirando por curiosidad, y vos no apartasteis los ojos de mí, y aun creo que quando salí fuisteis siguiéndome por saber quien era yo, y donde vivia. Digo creo, porque no me á treví á volver la cabeza á miraros, pues mi marido, que me acompañaba, hubiera advertido esta accion, y á chacádola á delito. Al otro dia y á los siguientes fui á la misma Iglesia donde os volví á ver, y tomé tan bien vuestras

señas que ahora las reconozco á pesar de vuestro disfrad.

Pues bien, señora, replicó Don García, es preciso descubrirme. Yo soy, lo confieso, un hombre prendado de vuestros atractivos. Soy Don García de Pacheco, á quien el amor á introducido aquí en este trage. ¿Y sin duda esperais, le dixo Aurora, que aprobando yo vuestra loca pasion favorezca vuestro ardid, y ayude á mantener en su error á mi marido? vivis engañado: y ántes bien voy á rebelárselo todo. De ello pende mi estimacion y mi sosiego; y ademas me alegro mucho de hallar una ocasion tan buena para hacerle ver que su vigilancia no es tan segura como mi recato, y que aunque es tan zeloso y desconfiado, soy yo mas dificil de engañar que no él.

Apénas habia pronunciado ella estas palabras quando entró en el quarto el capitan, y se mezcló en la conversacion. ¿De que hablais señoras? las preguntó: Aurora tomando inme-

diatamente la palabra, le respondió: hablamos de los caballeros mozos que intentan hacerse querer de algunas jóvenes que estan casadas con viejos, y yo decia que si alguno de semejantes galanes fuese tan osado, que se introduxese en vuestra casa baxo de algun disfraz, sabria castigar su atrevimiento.

Y vos, señorita, dixo Zanubio, volviéndose hácia Don García, ¿cómo tratarias en igual caso á un caballero de estos? Don García estaba tan turbado y fuera de sí, que no sabia qué responder al capitan, el qual hubiera conocido su turbacion, si á este tiempo no hubiese entrado un criado á decirle que un sugeto recien llegado de Madrid queria hablarle; con este motivo salió el capitan para ir á ver lo que le querian.

Entónces arrojándose Don García á los pies de Aurora, la dixo: Ah, Señora, ¿qué gusto lograis con asustarme? ¿Sereis tan inhumana que me entregueis al resentimiento de un es-

poso enfurecido? No, Pacheco, respondió ella con seriedad ; pero al mismo tiempo debo deciros que una muger cristiana, noble y bien educada é instruida en las máxîmas que constituyen y forman una buena esposa, y una verdadera madre de familias, no piensa jamas en subscribir á unos pensamientos tan viles y detestables como los que os han conducido á esta quinta. Así que, señor Don García, espero que al instante abandonareis este sitio, y vuestras solicitudes, perjudiciales en extremo á lo que me dicta mi conciencia, el honor que heredé de mis mayores, y la tranquilidad de mi esposo, á quien amo como me lo prescriben las leyes divinas y humanas; bien entendido que de lo contrario, esto es, de querer vos insistir aun en pervertir y seducir á una muger honesta, daré parte á mi marido de todo quanto ha pasado, y yo seré la primera que contribuya á que tome la venganza que un atentado como el que acabais de cometer, exîge de su valor y honradez. Dicho esto le

volvió la espalda sin quererle escuchar ninguna de las frívolas disculpas que durante el tiempo que habia estado hablando, tuvo lugar de prevenir.

Quedó Pacheco corrido y avergonzado, y viendo la solidez de todo quanto le habia dicho Aurora, y conociendo ademas el peligro á que se exponia si continuaba en el plan que tenia meditado, procuró entregar al olvido su pasion; y saliéndose inmediatamente de la quinta, no paró hasta llegar á un lugar cercano, en donde habia dexado á su criado con los caballos, desde el qual, quitándose ántes los vestidos de muger con que habia salido de la quinta, y poniéndose los suyos propios, partió sin detenerse para Madrid.

Luego que le pareció á Aurora que ya Don Garcia se hallaria bien distante de aquellos sitios, con ánimo de dar á su marido una prueba nada equívoca de su honestidad y juicioso modo de pensar, y de corregir en al-

gun tanto su pasion zelosa, le descubrió sin rebozo ninguno, quien era la señorita que habia él mismo recibido para que estuviese á su lado y en su compañía, y todo lo demas que habia pasado.

Atónito y asombrado Zanubio de lo que le habia contado su muger, fué tanto lo que dió en cabilar en ello, y en lo poco que hubieran servido todas las precauciones que habia tomado para conservar su reputacion, si Aurora por sí misma no hubiera procurado evitar y huir del lazo que se le habia preparado, que de allí á poco perdió enteramente el juicio, y vino á parar á la jaula en donde le ves.

Al lado de Zanubio, prosiguió Asmodeo, está el señor Don Blas, desdichado caballero lleno de mérito. La muerte de su esposa ha sido la causa de la situacion lastimosa en que le ves. Me suspende, dixo Don Cleofás, el ver que un marido se vuelva loco porque se le muera la muger. Yo no

pensaba que pudiese extenderse á tanto el amor conyugal. No vamos tan aprisa, le replicó Asmodeo. Don Blas no ha perdido el seso de sentimiento de ver muerta á su muger, sino lo que le ha vuelto la cabeza ha sido, el que por no tener hijos, se ha visto obligado á devolver á los padres de la difunta cincuenta mil ducados que confesó en la carta de dote haber recibido de ella.

Ya, ya es ese otro punto, replicó Leandro. No me admiro mas de semejante caso. Y dime si gustas. ¿Quién es ese mancebo que salta como un cabrito en la jaula siguiente, y á cada instante se para y pone á reir á carcajadas, apretándose los hijares con las manos? Cierto que es un loco bastante alegre. Amìgo, le replicó el Cojuelo, su locura proviene de un exceso de alegria. Estaba de portero de una persona de distincion; y habiéndole un dia noticiado la muerte de un contador rico de quien se hallaba ser el único heredero, no pudo resistir al golpe de

una gozosa noticia, y así perdió la chabeta. Venos aquí llegados á ese mozo alto que canta y se acompaña con la guitarra. Es un loco melancólico, un amante á quien los rigores de una dama han traido al estado de la desesperacion; por lo que ha sido fuerza encerrarlo. ¡Ay, y que lástima le tengo á ese! exclamó el Estudiante. Déxame explorar su infortunio el qual puede suceder á todos los hombres de bien. Si yo estuviera apasionado de una hermosura cruel, no sé si tendria igual suerte. En ese modo de pensar, replicó Asmodeo, conozco que sois un legítimo castellano. Es preciso haber nacido en el corazon de Castilla para ser capaz de enamorarse en términos de perder el juicio, si no se consigue agradar á la persona amada. Los franceses no son tan rendidos, y si quieres saber la diferencia que hay entre uno de ellos, y un español, no tienes mas que hacerte cargo de la copla que ha can-

tado y acaba de componer, la qual dice así:

Ardo y lloro sin sosiego,
Llorando y ardiendo tanto,
Que ni el llanto apaga el fuego,
Ni el fuego consume el llanto.

De esta suerte se explica un español enamorado, quando su dama le maltrata; y oye ahora traducidos al castellano los versos con que se lamentaba en caso semejante un frances estos dias pasados.

Insensible se muestra á mi amor fino
El dueño que en mi pecho siempre reyna,
Ni mis ansias, suspiros y tormentos
Ablandan lo cruel de su belleza.
¡Habria, pues, cielos, suerte qual la mia!
Mas ya que en nada puedo complacerla,
Me es odiosa la luz que me ilumina,
Venid, caros amigos con presteza
En casa de Payen luego á enterrarme,
Supuesto que amor quiere que yo muera.

Ese Payen es á la cuenta algun

hosterero, dixo Don Cleofás. Has dado en ello respondió el Cojuelo. Pasemos adelante y exâminemos los demas locos. Vamos ántes á las mugeres, replicó Leandro, que tengo gran deseo de verlas. Voy á complacerte, replicó el Espíritu; pero hay aquí dos ó tres desdichados que me alegraré veas ántes, y de su desgracia podreis sacar algun fruto.

Considera en la jaula inmediata á la del tocador de vihuela á aquel hombre de rostro pálido y consumido, cuyos dientes rechinan, y parece quiere comerse las barras de hierro de su reja. Es un sugeto honrado que nació baxo de tan mala estrella que con todo el mérito del mundo, por mas pasos que ha dado, no ha podido en veinte años llegar á asegurar un pedazo de pan, y ha perdido el juicio de ver que un conocido suyo de poquísimo talento, ha ascendido en un dia por medio de la arismética á la cumbre de la rueda de la fortuna.

El vecino de este loco tiene ena-

genado el juicio por no haber podido aguantar la ingratitud de un sugeto de la Corte á quien ha servido sesenta años. No hay palabras que basten para alabar el zelo y fidelidad de este criado, que jamas pedia nada, contentándose con que hablasen por él sus servicios y su exâcto desempeño; pero muy léjos de parecerse su amo á Arquelao, Rey de Macedonia, que negaba quando le pedian, y daba quando no le pedian, ha muerto sin recompensarle, dexándole solamente lo que necesita para pasar lo restante de su vida en la miseria y entre los locos que piensan como él.

No quiero hacerte ver mas que uno, que es el que tiene apoyados los codos en el antepecho de su reja, y se muestra sepultado en una profunda meditacion. Pues has de saber que ese es un señor hidalgo de Tafalla, ciudad pequeña de Navarra. Vino á vivir á Madrid, donde ha empleado bellamente su dinero. Estaba poseido de la mania de querer conocer á quantos

eruditos habia y tenerlos á su mesa. En su casa daba un banquete cada dia; y aunque los autores, nacion ingrata é impolítica se burlaban de él quando le estaban comiendo un lado, no quedó contento hasta que consumió con ellos su poca hacienda. No pongo duda, dixo Zambullo, en que se habrá vuelto loco de pesadumbre de haberse arruinado tan tontamente. Al contrario, replicó Asmodeo, ha sido por verse sin posibles para continuar el mismo método de vida.

Pasemos ahora á las mugeres, añadió. ¡Como es esto! Exclamó el Estudiante, no veo sino siete ú ocho. Hay ménos locas de las que yo pensaba. No todas las locas estan aquí, dixo el Diablo sonriéndoso. Yo te llevaré, si quieres, á otro parage de Madrid, donde hay una casa grande que toda está llena de ellas. No es necesario, replicó Don Cleofás, á las presentes me atengo. Tienes razon, replicó el Cojuelo, pues todas casi son locas de distincion. Bien puedes cono-

cer por la decencia de sus quartos que no serán ningunas mugeres ordinarias.

En el primero está la esposa de un Corregidor, que rabiosa de que una señora de la Corte la trató como á una particular, se ha vuelto el juicio. El segundo le ocupa la muger de un personage de carácter, cuya locura procede de despecho de haberse visto obligada á hacer cejar su coche en una calle estrecha para dexar pasar al de una Duquesa. En el tercero vive una viudita hija de gente del comercio, que perdió el seso de la pesadumbre de habérsele ido de las manos un gran señor con quien esperaba casarse; y en el quarto hay una señorita distinguida, llamada Doña Beatriz, cuyo infortunio me es preciso contarte.

Tenia esta dama una amiga llamada Doña Mencia. Todos los dias se visitaban. Un Caballero del hábito de Santiago, bien dispuesto y galan hizo conocimiento con las dos, y no

tardó en encender zelos entre ellas. Disputáton una y otra vivamente su aficion, la qual se inclinó al lado de Doña Mencia, de suerte que esta vino á casarse con el caballero.

Doña Beatriz, que en gran manera estimaba el poder de su belleza, concibió un mortal enfado de no haber sido ella la escogida, y alimentaba en lo íntimo de su pecho un violento deseo de vengarse, quando recibió un papel de Don Jacinto de Romarate, otro amante de Doña Mencia, en que la enviaba á decir, que hallándose él tan sentido como ella del casamiento de su querida, estaba determinado á reñir con el caballero que se la habia quitado.

Muchísimo contento causó aquella carta á Beatriz, que no queriendo otra cosa que la muerte del reo, deseaba solamente que Don Jacinto quitase la vida á su ribal. Miéntras aguardaba con impaciencia una satisfaccion tan poco cristiana, acaeció que habiendo tenido su hermano una

diferencia con este mismo Don Jacinto, vino á las manos con él, y quedó herido de dos estocadas, de las quales murió. A Doña Beatriz la tocaba de obligacion pedir en justicia el castigo del matador de su hermano; pero no obstante, dexó de hacerlo así para dar tiempo á Don Jacinto á que riñese con el Caballero de Santiago, lo qual prueba bien que las mugeres nada aprecian tanto como su gusto y hermosura. Imitó en ello á la diosa Palas, que quando Ayax violó á Casandra no castigó al punto mismo á aquel Griego sacrílego que acababa de profanar su templo, sino que esperó á que contribuyese á vengarla del juicio de Paris. ¡Pero que lástima! Doña Beatriz no tan venturosa como Minerva, no logró la satisfaccion de la venganza, pues Romarate quedó muerto en el combate; y la pena que la causó á esta señora el no ver castigada su ofensa, la quitó el juicio.

Las dos locas que se siguen son

la abuela de un abogado, y una Marquesa vieja. La primera tenia con su mal humor aburrido á su nieto, quien la ha puesto aquí muy honradamente, para desembarazarse de ella. La otra es una muger que fué siempre idólatra de su hermosura. En vez de envegecer de buena gana, no cesaba de llorar al ver qual se iban arruinando las gracias de su rostro. Ultimamente estándose una vez mirándose á un espejo fiel, perdió el juicio.

Tanto mejor para esa Marquesa, dixo Leandro. En el desbarate en que está su cabeza, quizá ya no conoce la mutacion que el tiempo ha hecho en ella. Cierto que no, respondió Asmodeo; muy distante de advertir ahora en su cara el aspecto de la vegez, su tez se la figura una mezcla de azucenas y rosas; y cree estar rodeada de las gracias y de los amores; en una palabra, piensa que es la diosa Venus. De ese modo, replicó el Estudiante ¿no es por ventura mas feliz en ser loca, que en verse segun

realmente está? No tiene duda, replicó Asmodeo. Vamos ahora, ya solo nos falta observar una señorita que vive en el último quarto, y á quien acaba de rendir el sueño, despues de tres dias y tres noches de desasosiego. Llámase Doña Emerenciana: Exâmínala con cuidado. ¿Qué te parece? Muy hermosa, respondió Zambullo. ¡Qué compasion, que una persona tan hechicera esté demente! ¿Qué causa la ha puesto en tal estado? Escúchame con atencion, le dixo el Cojuelo, la historia de su desventura.

Doña Emerenciana, hija única de Don Guillen Estefani vivia tranquilamente en Sigüenza en casa de su padre, quando Don Ximeno de Lizana llegó á turbar su reposo con los medios de que sé valió para agradarla; y no contenta ella con gustar de su afecto, tuvo la flaqueza de consentir en los ardides que él empleó para hablarla, con lo que en breve se diéron palabra de casamiento.

Estos dos amantes eran iguales

en nacimiento, pero ella podia conceptuarse por uno de los mejores partidos de España, siendo así que Don Ximeno era un segundo de su casa. Se oponia fuera de ese otro inconveniente á su union. Don Guillen aborrecia á la familia de los Lizanas, dándolo sobrado á conocer en sus conversaciones quando oia hacer mencion de ella; y parecia tener mayor aversion á Don Ximeno que á los demas de su parentela. Afligida vivamente Emerenciana de ver á su padre en tal disposicion, formaba de aquí un triste presagio contra su amor. Sin embargo, ella á buena cuenta no dexó de entregarse á sn inclinacion, y hablar secretamente con Lizana, quien favorecido de una criada, entraba en su casa algunas noches.

Sucedió en una de ellas, que Don Guillen, que habia casualmente despertado al tiempo que el galan entró en su casa, creyó haber oido algun ruido en el quarto de su hija poco apartado del suyo. No fué menester

mas para inquietar á un padre tan desconfiado como él era. Sin embargo, de su genio receloso, Emerenciana procedia con tal cautela, que él no maliciaba de ningun modo su inteligencia con Don Ximeno; pero no siendo hombre para confiarse demasiado, se levantó silenciosamente de la cama, fué á abrir una ventana que caia á la calle, y tuvo la paciencia de estarse á ella hasta que vió baxar de un balcon por una escala hecha de seda á Lizana, á quien conoció á la claridad de la luna.

Que espectáculo este para Estefani, para el mas vengativo y cruel hombre que ha producido jamas la Sicilia, donde habia nacido. No se dexó llevar desde luego de su ira, y se guardó de causar un alboroto, que hubiera podido libertar de sus golpes á la víctima principal que su resentimiento deseaba. Reprimióse, y esperó que su hija se levantase la mañana siguiente para entrar en su quarto. Allí, viéndose solo con ella, y mi-

rándola con ojos encendidos de furor, la dixo: infame, que á pesar de la nobleza de tu sangre, no tienes vergüenza de cometer acciones afrentosas, disponte á padecer un justo castigo. Este acero, añadió, sacando del seno un puñal, este acero va á quitarte la vida, si no me confiesas la verdad; nómbrame el atrevido que ha venido esta noche á deshonrar mi casa.

Quedóse enteramente atónita Emerenciana, y tan confusa de oir aquella amenaza, que no pudo articular palabra. ¡Ah malvada! prosiguió su padre, tu silencio y turbacion, me declaran sobradamente tu delito. ¡Qué! ¿Te imaginas acaso, hija indigna de serlo mia, que yo ignoro lo que pasa? Yo he visto esta noche al temerario Don Ximeno, á quien he conocido. ¿No bastaba el recibir de noche en tu aposento un caballero, sino que era preciso tambien que este fuera mi mayor enemigo? Pero quiero saber hasta que pun-

to me hallo ofendido. Habla sin revozo, pues solo con tu sinceridad podrás evitar la muerte.

Estas últimas palabras disminuyéron el temor de la dama, porque la inspiráron alguna esperanza de librarse de la funesta suerte que la amenazaba; y así respondió á Don Guillen: Padre, yo no he podido resistirme á dar oidos á Lizana; pero tomo al cielo por testigo de la pureza de su afecto. Como sabe que aborreceis á su familia, no se ha atrevido todavia á pediros vuestro consentimiento; y solo con el fin de conferenciar él y yo sobre los medios de poderlo alcanzar, le he permitido entrar en casa algunas veces. Y dime, ¿de quien os valeis uno y otro, replicó Estefani, para remitiros vuestros billetes? Uno de los pages de casa es el que nos hace este favor. Eso es, dixo el padre todo lo que yo queria saber; y ahora se trata de poner en execucion el designio que tengo formado. Dicho esto, y sin soltar el puñal de la mano, la

hizo coger papel y tintero, y la obligó á escribir á su amante el siguiente billete, que él mismo la dictó: *Querido esposo, única delicia de mi vida, te prevengo que mi padre acaba de marchar en este instante á su quinta de donde no volverá hasta mañana. Aprovéchate de la ocasion. Me lisongeo en que esperarás con tanta impaciencia la noche como yo.*

Despues de haber Emerenciana escrito y cerrado este pérfido billete, Don Guillen la dixo: Haz llamar al page que desempeña tan bien el empleo que le has dado, y mándale lleve ese papel á Don Ximeno, y no discurras engañarme, porque voy á esconderme en un parage de esta estancia, de donde te estaré mirando quando le des el encargo: si le hablas una palabra, ó le haces alguna seña que le haga sospechar del mensage, te clavaré inmediatamente el puñal en el pecho. Emerenciana, que conocia muy bien el genio fuerte de su padre, no se atrevió á desobedecerle, y así

entregó el papel del modo que otras veces al page. Guardó entónces Estefani el puñal; pero no se apartó de su hija en todo el dia, ni la dexó hablar con nadie á solas, de suerte que Lizana no pudo tener aviso del lazo que se le armaba. Este jóven no faltó á la cita; pero no bien hubo entrado en la casa, quando se sintió asido de repente por tres hombres de los mas robustos, que le desarmáron sin darle lugar á defenderse de ellos; le tapáron la boca con un pañuelo para que no gritase; vendáronle los ojos y atáron las manos atras. En este estado le conduxéron en seguida á un coche traido de intento, y en el que subiéron todos tres para poder responder del caballero, á quien lleváron á la quinta de Estefani, situada quatro leguas cortas de Sigüenza, junto á un lugar llamado Miedes. Don Guillen marchó de allí á un instante en otro coche con su hija, dos criadas y una Dueña de mal aspecto, á quien él habia mandado llamar despues de co-

mer, y recibió para servirle. Llevó consigo tambien todos sus demas sirvientes, á excepcion de un criado viejo que no sabia nada de la prision de Lizana.

Llegáron todos ántes de amanecer á Miedes; y lo primero de que cuidó Estefani, fué de hacer encerrar á Don Ximeno en una cueva abovedada; en la qual entraba una escasa luz por una tronera tan pequeña, que un hombre no podia pasar por ella. Mandó luego á Julio, su criado de confianza, que no diese mas alimento al preso que pan y agua, por cama un monton de paja; y que siempre que le llevase de comer, le dixese: "toma, vil seductor, mira de que modo trata Don Guillen á los que se atreven á ofenderle." No usó de ménos rigor aquel cruel Siciliano con su hija, pues la encerró en un quarto sin vistas al campo, quitóla sus criadas, y puso por carcelera suya á la Dueña que habia recibido, Dueña sin igual para atormentar á las jóvenes

encargadas á su cuidado.

Esta, pues, fué la determinacion que tomó con los dos amantes. Su intencion no era contentarse con aquello. Habia resuelto quitar de enmedio á Don Ximeno, pero queria buscar el modo de cometer este delito, librándose del castigo, lo qual parecia bastante dificil. Como se habia valido de sus criados para arrevatar á aquel caballero, no podia prometerse que un hecho sabido de tantos, estuviese siempre oculto. ¿Qué medio tomar para que la justicia nada tuviese que hacer con el? El partido que adoptó fué propio de un gran malvado. Juntó todos sus cómplices en una habitacion separada de la quinta, manifestóles quan satisfecho estaba de su zelo, y dixo: que en agradecimiento queria gratificarles con una buena porcion de dinero despues de darles bien de comer. Hízolos sentar á la mesa, y en medio del banquete, Julio por órden suya, los envenenó, lo qual executado el amo y

el criado pegáron fuego á la casa; y ántes de que las llamas pudiesen atraer á aquel sitio á los vecinos del Lugar asesináron á las dos criadas de Emerenciana, y al pagecito de que he hablado, y luego arrojáron sus cadáveres entre los demas. En breve se encendió el edificio, y quedó reducido á cenizas, á pesar de los esfuerzos que hiciéron los aldeanos de las cercanias para apagar el incendio. Era menester ver entónces las demostraciones de sentimiento que hacia el Siciliano: el qual aparentaba estar inconsolable de la muerte de sus criados.

Habiéndose asegurado de este modo del silencio de las personas que hubieran podido descubrirle, le dixo á su confidente: Querido Julio, ahora estoy sosegado, y podré quando guste quitar la vida á Don Ximeno; pero ántes de sacrificarle á mi estimacion, quiero gozar del dulce contento de hacerle penar. Mas amargos que la muerte serán para él los tormen-

tos de la miseria y el horror de una larga prision. Es cierto que Lizana lloraba sin cesar su desgracia, y contando con no salir jamas del sotano, deseaba verse libre de padecer con una pronta muerte.

Pero en vano esperaba Estefani tener reposado el ánimo despues de la bella hazaña que acababa de executar, porque de allí á tres dias una nueva inquietud llegó á turbarle el corazon. Temió que Julio, quando llevase de comer al preso, se dexase llevar con promesas, y este rezelo le hizo tomar la determinacion de acelerar la pérdida del uno, y de levantar despues al otro de un pistoletazo la tapa de los sesos. Julio por su parte no vivia sin desconfianza; y discurriendo que su amo quizá le sacrificaria igualmente á su seguridad, formó el proyecto de huir una noche con todo quanto habia en la casa fácil de llevar.

Ya ves lo que estos hombres de bien maquinaban cada uno allá á sus solas; pero un dia fuéron sorprehendidos

ambos á cien pasos de la quinta por quince ó veinte quadrilleros de la Santa hermandad, quienes los rodeáron de improviso, gritando: *dense á la Justicia.* Al ver esto se turbó y mudó de color Don Guillen. No obstante, aparentando firmeza le preguntó al cabo, ¿á quien buscaba? A vos mismo, le respondió el ministro, pues os acusan de haberos llevado á Don Ximeno de Lizana; yo traîgo comision de hacer en esta quinta una exácta pesquisa del paradero de este caballero, y aun de asegurar vuestra persona. Persuadido Estefani, oida semejante respuesta á que era hombre perdido, se enfureció, y sacando de los volsillos dos pistolas dixo: que no sufriria allanasen su casa, y que quitaria de enmedio al cabo sino se retiraba prontamente con su quadrilla; pero despreciando su amenaza, el Comandante de la Santa hermandad se acercó al Siciliano, quien disparando una pistola le hirió en la cara. Esta herida, en breve costó la vida al te-

merario que la habia hecho; porque dos ó tres quadrilleros descerrajáron por vengar á su cabo, contra él sus armas, y le dexáron tendido y muerto sin que pudiese articular palabra. Por lo que toca á Julio se dexó coger sin resistencia, y no fué necesario preguntarle para que digese si Don Ximeno estaba aun en la quinta. Todo lo confesó aquel criado; pero viendo sin vida á su amo, le echó la culpa de toda la maldad.

Finalmente, conduxo al cabo y á los quadrilleros á la cueva, donde halláron á Lizana echado en la paja, atado fuertemente. Aquel lastimoso caballero, que vivia esperando continuamente la muerte, creyó que tantas gentes armadas no entraban en su cárcel sino á darsela; pero se alegró quando supo que aquellos á quienes el juzgaba por berdugos suyos, eran sus libertadores. Luego que le desatáron, y sacáron de la cueba, les dió gracias por su libertad, y les preguntó como habian sabido que estaba

preso en aquel Alcazar. Ahora os lo diré en pocas palabras, le respondió el cabo.

La noche de vuestra violenta prision, uno de los que os cogiéron, al tiempo de despedirse, ántes de ponerse en camino, de una amiga que tenia á dos pasos de la casa de Don Guillen, tuvo la imprudencia de rebelarla la intencion de Estefani. Guardó ella el secreto dos ó tres dias; pero como la noticia del incendio acaecido en Miedes se esparció por la ciudad de Sigüenza, y á todos pareció cosa extraña el que los criados del Siciliano hubiesen perecido sin quedar uno con aquella desgracia, discurrió que aquel fuego debia ser obra de Don Guillen, y así, por vengar á su amante, fué á buscar al señor Don Felix vuestro padre, á quien contó quanto sabia. Asustado Don Felix de veros expuesto al arbitrio de un hombre capaz de cometer qualquier mal hecho, llevó consigo á aquella muger en casa del Corregidor, quien despues de ha-

berla escuchado, no dudó que Estefa ni queria haceros padecer largos y terribles tormentos, y que era el infernal autor del fuego. Para averiguarlo me envió esta mañana órden á Retortillo, donde tengo mi casa de montar á caballo, y venir con mi ronda á esta quinta, de buscaros en ella, y de coger muerto ó vivo á Don Guillen. He desempeñado felizmente mi comision por lo que á mi toca; pero siento no poder llevar á Sigüenza vivo al reo, cuya resistencia nos ha puesto en la precision de matarle.

Habiendo el cabo acabado de hablar de esta suerte, le dixo á Don Ximeno: Caballero, voy á extender auto de todo quanto acaba de pasar aquí, y hecho nos pondrémos en camino para aliviar la impaciencia con que estareis de sacar á vuestra familia del cuidado que la causais. Señor cabo, exclamó entónces Julio, aguardad que voy á subministraros nuevos materiales con que engrosar el proceso. Todavia os queda por poner en liber-

tad á otra persona presa. Doña Emerenciana se halla encerrada en un aposento obscuro, con una Dueña desapiadada á su lado, la que continuamente la está diciendo palabras que la afligen sin dexarla quieta un instante. ¡ O cielos ! dixo Lizana ; ¡ con que el cruel Estefani no se ha satisfecho con exercer en mí su barbarie ! Vamos pronto á libertar á esta desventurada señora de la tiranía de su guarda.

Dicho esto, conduxo Julio al cabo y á Don Ximeno ácompañados de cinco ó seis quadrilleros al quarto de la prision de la hija de Don Guillen. Llamáron á la puerta, y vino á abrirles la Dueña. Bien os haceis cargo del contento que experimentaba dentro de sí Lizana de volver á ver á su querida, despues de haber perdido toda esperanza de poseerla. Sentia renacer esta en su pecho, ó por mejor decir, no podia dudar de su felicidad, á vista de que la única persona que tenia derecho para oponerse á ella, habia muerto. Luego que vió á Emerenciana fué cor-

riendo á arrojarse á sus pies; ¡mas quién podrá expresar el dolor que de él se apoderó, quando en vez de hallar una amante dispuesta á corresponder á sus finos afectos, no encontró sino una señora que habia perdido el juicio! Con efecto, de puro atormentada por la Dueña, se volvió loca. Mantúvose pensativa algun rato; pero figurándosela luego de repente que era la hermosa Angélica, sitiada por los Tártaros en el castillo de Albraca, creyó que los presentes eran otros tantos Paladines que iban en su socorro. Tomó al cabo de la Santa hermandad por Roldan, á Lizana por Brandimarte, á Julio por Huberto del Leon, y á los quadrilleros por Autiforte, Clarion, Adriano y los dos hijos del Marques Oliveros. Recibiólos con mucho agasajo, y les dixo: valientes caballeros, ya por el presente no temo al Emperador Egrican, ni á la Reyna Marfisa, pues vuestro esfuerzo basta á defenderme de todos los guerreros del universo.

Al oir semejante extravagancia el

cabo y los quadrilleros, no pudiéron contener la risa; pero no le sucedió lo mismo á Don Ximeno, quien afligido amargamente de ver á quien queria en tan infeliz estado, pensó tambien perder el seso. Con todo, lisongeándose de que recobraria el juicio, con esta esperanza la dixo tiernamente: mi amada Emerenciana, reconoced á Lizana; volved en vuestro acuerdo, y sabed que ya llegó el fin de vuestras penas. El Cielo no quiere que dos corazones que ha unido esten separados; y el padre inhumano, que tanto nos ha maltratado, no puede ya sernos contrario.

La respuesta que á tales palabras dió la hija de Galafron, fué otra vez un discurso dirigido á los esforzados defensores de Albraca, los quales ya entónces no se empezáron á reir. El cabo mismo, aunque poquísimo compasivo de su natural, sintió algunos movimientos de lástima, y le dixo á Don Ximeno al verle penetrado de dolor: Caballero, no desespereis de la

salud de esta señora, pues en Sigüenza teneis doctores de medicina que podrán darsela con el auxîlio de sus remedios; nosotros no nos detenemos aqui mas tiempo; y vos, señor Huberto del Leon, le dixo á Julio, vos que sabeis donde estan las caballerizas de esta quinta, acompañad á ellas á Antiforte, y á los dos hijos del Marques Oliveros; escoged las mejores mulas, y uncidlas al carro de la Princesa, que yo entre tanto voy á poner testimonio de este suceso.

Dicho esto, sacó del bolsillo tintero y papel, y luego que hubo escrito todo lo que quiso, dió el brazo á Angélica para ayudarla á baxar al patio, en donde por la diligencia de los Paladines estaba ya pronto á marchar un coche de quatro mulas. Subió en él con la señora y Don Ximeno, é hizo entrar tambien á la Dueña, cuya declaracion se alegraria mucho saber el Corregidor. No está ahí el todo, pues por órden del cabo, cargáron de cadenas á Julio, y le pusiéron en otro

coche junto al cádaver de Don Guillen. Los quadrilleros volviéron á montar á caballo, y todos se encamináron á Sigüenza.

La hija de Estefani dixo en el camino mil desatinos, que fuéron otras tantas puñaladas para el corazon de su amante. No podia mirar á la Dueña sin encolerizarse, y así la decia; vos, vieja cruel, sois la que con vuestras persecuciones habeis mortificado hasta lo sumo á Emerenciana, y vuéltola loca. La Dueña se sinceraba con ayre de hipocresía, y toda la culpa se la echaba al difunto, diciendo: que aquella desgracia era preciso imputársela solo á Don Guillen, porque este padre riguroso iba todos los dias á atemorizar con amenazas á su hija, hasta que al fin la habia enloquecido.

Llegado que hubiéron á Sigüenza, pasó el Comandante á dar cuenta de su comision al señor Corregidor, el que inmediatamente, despues de tomada declaracion á Julio y á la Dueña, los envió á la cárcel de aquella ciudad,

donde estan todavia. El mismo Juez recibió la deposicion de Lizana, quien se despidió de él para ir á casa de su padre, donde la alegría que causó, desterró de ella el pesar y la inquietud. En quanto á Doña Emerenciana providenció el Corregidor se la conduxese á Madrid, en donde tenia un tio por parte de madre. Este buen pariente, que no queria otra cosa que la administracion de la hacienda de su sobrina, fué nombrado por curador suyo. Como no podia, por el buen parecer, dexar de manifestar deseo de que curase, se valió á este efecto de los mas famosos médicos; pero estos no le diéron motivo para arrepentirse de haber dado este paso, porque despues de haber apurado en su curacion todo su arte, declaráron que el mal no tenia remedio. En virtud de este fallo, el curador no se ha olvidado de hacer encerrar en esa casa á su pupila, la qual, segun las muestras, permanecerá en ella el resto de su vida.

¡ Qué desgraciada suerte la de esta

muger! exclamó Don Cleofás. Me causa verdadera lástima. Doña Emerenciana merecia ser muy dichosa. ¿Y qué se hizo Don Ximeno? añadió, porque tengo curiosidad de saber qué partido tomó. Uno muy cuerdo, replicó Asmodeo. Viendo que la locura era incurable se ha marchado á la nueva España, y espera que viajando olvidará poco á poco á esta señora, pues así lo piden su juicio y su reposo..... Pero continuó el Diablillo; despues de haberte enseñado los locos encerrados, es preciso te haga ver otros que merecen estarlo.

CAPÍTULO X.

Cuya materia es inagotable.

Miremos hácia la parte de la villa, y conforme vaya yo atisvando personas dignas de estar en el número de estas, te pintaré su carácter. Ya descubro una que no quiero se me escape. Es un recien casado, que con la noti-

cia que le diéron ocho dias ha de ciertos pasages de una aventurera á quien queria, fué á casa de esta encendido en ira, rompió parte de sus trastos, arrojó los demas por el balcon, y al dia siguiente se casó con ella. Un hombre semejante, dixo Zambullo, merece sin dificultad la primera plaza que vaque en esta casa.

Un vecino suyo, replicó el Cojuelo, no me parece ménos demente que él. Es un mozo de quarenta y cinco años, que aunque tiene con que pasar, quiere entrar á servir á un señor. Estoy viendo la viuda de un letrado. La buena señora ha cumplido ya sesenta años, y su marido hace poco que ha muerto. Quiere retirarse á un convento, á fin, segun dice, de que su reputacion esté libre de malas lenguas.

Distingo desde aquí dos solteras de cincuenta años. Piden á Dios se digne llevarse á su padre que las tiene encerradas como si fueran todavia muchachas, y esperan que despues de

muerto encontrarán lucidos mozos que se casen con ellas por amor. ¿ Y por qué no ? dixo el Estudiante. ¡ Hay hombres de un gusto tan etravagante! No me aparto de eso, respondió Asmodeo, es cierto que pueden hallar novios; pero no deben de lisongearse de eso; ve ahí en lo que consiste su locura.

No hay pais en donde las mugeres digan con verdad la edad que tienen. Un mes ha que una soltera de quarenta y ocho años, y una casada de sesenta y nueve fuéron á declarar ante un señor Alcalde de Corte por una viuda amiga de ellas que se habia querellado de que habian injuriado su estimacion. El Juez empezó por la casada, y la preguntó la edad; aunque ella llevaba la fe de bautismo escrita en el rostro, no por eso dexó de responder con descaro, que solo tenia quarenta años. Despues de concluida su declaracion procedió el señor Alcalde á recibírsela á la soltera, á quien dixo: vos señorita ¿ de qué edad sois ? Pasemos

á las demas preguntas, señor, respondió, eso no se nos debe preguntar. ¿Vos no sabeis lo que os decis, replicó el Magistrado? ¿Ignorais qué es justicia?.... ¡O no hay justicia que valga! replicó con desenfado la doncella. ¿Qué le importa á la justicia saber los años que yo tengo? Esos no son negocios suyos. Pues yo no puedo recibir vuestra deposicion si no me decis vuestra edad; este es un requisito esencial. Una vez que es absolutamente preciso, repuso ella, míreme V. S., pues, con atencion, y haga poner mis años segun conciencia.

Miróla con cuidado el Juez, y usó de tanta cortesía, que solo mandó expresar veinte y ocho años. Preguntóla en seguida si habia mucho tiempo que conocia á la viuda querellante. Antés de que se casase, respondió. De esa suerte, replicó el Juez, yo he hecho mal la cuenta de vuestra edad, porque solamente os he dado veinte y ocho años, y hace ya veinte y nueve que la viuda se casó. En horabuena,

exclamó la deponente, pónganseme treinta; yo he podido conocer de un año á la viuda. Eso no seria natural, replicó el Juez, añadamos una docena. No por cierto, si gustais, dixo ella, lo mas que puedo hacer por contentar á la justicia, es añadir otro año; pero no dexaré se ponga un mes mas aun quando dependiese de ello mi fortuna.

Quando las dos testigos saliéron de allí, dixo la casada á la soltera. ¿Qué te ha parecido el bueno del señor Alcalde? discurria que eramos tan tontas que le iriamos á decir nuestra edad cabal. Basta á fe el que esté sentada en el libro de la Parroquia, sin que ahora vaya á hacerla poner en los autos, para que todo el mundo la sepa. No seria cosa muy divertida el oir leer en presencia de la Sala: *Catalina Pelaez, de estado casada, de edad de sesenta y tantos años, y Juana Matute, de estado honesto, de edad de quarenta y cinco años declaran tales y tales cosas:* Yo me rio de todo eso; me he quita-

do á buena cuenta veinte años; y tú has hecho muy bien en hacer otro tanto.

¿Qué es eso de otro tanto? respondió con desenfado la soltera. Agradezco el favor, lo mas que yo tengo son treinta y cinco años. Ay! hija mia, replicó la otra con ayre taymado: ¿á quién se lo vienes á decir? yo te ví nacer, y hablo ya de mucho tiempo. Me acuerdo que conocí á tu padre, que quando se murió no era mozo, y ya se han pasado quarenta años desde su muerte. Oh! mi padre, mi padre, replicó con aceleramiento la soltera, irritada de la franqueza de la casada; quando mi padre se casó con mi madre era ya tan viejo, que no podia tener hijos.

Advierto en una casa, continuó el Espíritu, dos hombres que no tienen mucho juicio. El uno es un hijo de familia que no puede guardar el dinero, ni vivir sin él, y ha encontrado un medio para que nunca le falte. Quando se halla con repuesto compra libros, y luego que se ve sin un quarto

los vende por la mitad de lo que le han costado. El otro es un pintor extrangero que hace retratos de mugeres: es diestro, dibuxa perfectamente, pinta que es una maravilla, y sabe coger el ayre de la cara; pero no favorece á la que retrata, y él piensa que tendrá una multitud de parroquianas. *Inter stulisa referetur.*

¿Qué oigo? dixo el Estudiante, ¡tú hablas latin! póngase entre los locos. No debes espantarte de eso, dixo el Diablillo. Yo hablo con perfeccion todo género de lenguas; sé el Hebreo, el Turco, el Arabe y el Griego; y sin embargo, no tengo el carácter pedante, ventaja que llevo á *muchos eruditos.*

Mira en esa casa grande que está á mano izquierda á una enferma rodeada de muchas mugeres que la asisten. Es la viuda de un rico y célebre arquitecto, una muger encaprichada de nobleza. Acaba de hacer testamento, y en él reparte los inmensos bienes que posee entre personas de la

primera distincion que jamas la han conocido. Les dexa mandas á causa de sus ilustres apellidos. La han preguntado si queria se diese algo á uno que la habia hecho servicios importantes. Ah! no, ha respondido con semblante afligido, y lo siento. No soy tan ingrata que me niegue á confesar que le debo muchas obligaciones; pero es plebeyo, y su apellido deshonraria mi testamento.

Señor Asmodeo, dixo Leandro, quisiera me hicieras el favor de explicarme, si aquel viejo á quien veo entretenido en leer es tal vez digno de estar aquí, sin duda que lo merece, respondió el Diablillo. Ese es un Licenciado viejo que está leyendo un pliego de prueba de un libro que está imprimiendo. ¿Será á la cuenta alguna obra de moral ó de teología? dixo Don Cleofás. No, replicó el Cojuelo; son unas poesías alegres que compuso quando mozo. En vez de quemarlas, ó á lo ménos dexarlas que pereciesen con él, las hace estampar

en vida, temiendo que sus herederos no caigan en la tentacion de darlas á luz; y que por respeto á su carácter las quiten toda la sal y la gracia.

Yo haria mal en olvidar á una muger pequeña, que vive en casa de ese Licenciado. Está tan persuadida de que agrada á los hombres, que piensa que todos quantos la hablan se enamoran de ella.

Pero pasemos á tratar de un Caballero rico, á quien veo á dos pasos de aquí, el qual ha dado en una locura muy singular. Si vive frugalmente no es por mortificacion ni sobriedad; si se priva de coche no es por mezquindez. ¿Pues por qué es ahorrativo? dixo Zambullo. ¿Es para juntar dinero? ¿Pues qué quiere hacer de él? ¿Limosnas? No, respondió Asmodeo; lo que hace es comprar pinturas y muebles exquisitos y alhajas. ¿Y juzgas que es para gozar de ellos durante su vida? Te engañas. Unicamente es para adornar con ellos su inventario.

Tú ponderas, dixo Zambullo. ¿Hay en el mundo un hombre de ese carácter? Sí, te digo, replicó el Diablo, tiene esta manía. Se recrea en pensar que las gentes se admirarán quando vean el inventario de lo que dexe despues de muerto. Si compra, supongamos un escritorio precioso, lo hace empaquetar con mucho aseo, y meter en el guarda muebles, á fin de que parezca enteramente nuevo á los ojos de los prenderos que vayan á ajustarlo despues de su muerte.

Hablemos ahora de uno de sus vecinos, que no te parecerá ménos loco. Este es un mozo ya hecho, que ha llegado poco ha de las Islas Filipinas á Madrid, dueño de una opulenta herencia que le ha dexado su padre, Oidor que era de la Audiencia de Manila. Su conducta es bastante rara. Todo el dia se le ve en Palacio, y en la antesala del primer Ministro, y no te parezca que es algun ambicioso que pretende un grande empleo, porque no apetece ninguno, ni pide cosa al-

guna. ¿Pues qué va únicamente allí á hacer la corte? Todavia ménos. Jamas habla al Ministro, no le conoce, ni á él se le da tampoco nada de que no le conozca. ¿Qué fin lleva, pues? No otro que el dar á entender es hombre que tiene valimiento.

¡Ridicula extravagancia es la suya por cierto! exclamó el Estudiante, dando una carcajada. Es tomarse buen trabajo por poca cosa: digo que tienes razon en colocarle en el número de locos de atar. Oh! replicó Asmodeo, ahora voy á enseñarte otros muchos á quienes no seria justo considerar por mas cuerdos que á este. Advierte en esa casa grande donde hay tantas luces encendidas, tres hombres y dos mugeres sentados á una mesa. Despues de haber cenado juntos estan jugando á los naypes para acabar de pasar la noche, y luego recogerse. Tal es la vida que llevan esas damas, y esos caballeros. Se juntan por lo regular todas las noches, y al amanecer se despiden para ir á dormir hasta

que las tinieblas vuelvan á ahuyentar la luz. Han renunciado á la vista del sol y á las bellezas de la naturaleza. ¿No dirá qualquiera al verlos así rodeados de velas que son unos difuntos que estan esperando vayan por ellos para enterrarlos? No es necesario encerrar á semejantes locos, porque ya estan encerrados.

Veo en los brazos del sueño, prosiguió el Cojuelo, á un hombre á quien quiero, y que me corresponde con mucho afecto, un sugeto hecho de una masa compuesta por mí. Es un viejo Bachiller, idólatra del bello sexô. No es posible hablarle de una buena moza, sin que manifieste sumo contento de oirlo. Si le dices que tiene una boquita como un piñon, los labios sonrosados, dientes de perlas, y una tez de alabastro, en una palabra, si se la pintas por menor, á cada cosa suspira, menea los ojos, y hace extremos de enamorado. Pasando dos dias ha por la calle de Alcalá por delante de la tienda de un zapatero de muger

se quedó parado á mirar un zapato pequeño puesto á la puerta, y despues de haberlo estado exâminando con mas atencion de lo que merecia, dixo con admiracion: ¡ Ay amigo, vez aquí un zapato que encanta mi imaginacion ! ¡ Qué pie tan lindo debe tener la dama para quien es ! Me causa placer el verlo.

Es preciso marcar de negro á ese Bachiller, dixo Leandro Perez. Juzgas acertadamente de él, replicó el Diablo, y tampoco se merece marcar de blanco, un Magistrado extravagante vecino suyo, que porque tiene coche propio, se avergüenza quando se ve precisado á servirse de un alquilon. Formemos una pareja de este con un Licenciado pariente suyo que goza un pingüe beneficio en una Iglesia de Madrid, y va siempre en coche de alquiler por conservar dos muy hermosos caballos, y quatro mulas arrogantes que tiene en su casa.

En la vencindad del Magistrado y del Bachiller descubro un hombre á

quien no se puede sin hacerle injusticia dexar de admitir entre los locos. Este es un caballero de sesenta años que enamora á una jóven. Todos los dias la visita, y cree que la agrada con hablarla de los galanteos que tuvo en la flor de su edad, y quiere que ella le reciba en cuenta el haber sido buen mozo en otro tiempo.

Pongamos con ese viejo á otro que está durmiendo á diez pasos de nosotros, el qual es un Conde frances que ha venido á Madrid á ver la corte. Este anciano señor, se acerca ya á setenta años, ha lucido en lo florido de su edad en la corte de su Rey; todo el mundo admiraba en tiempo pasado su bello personal y su garbo; y lo que principalmente hechizaba á quantos le veian era el buen gusto de vestirse. Ha conservado todos sus vestidos, y cincuenta años hace que los lleva, á pesar de la moda que muda todos los dias en su tierra; pero lo mas gracioso es que se le figura posee en el dia de hoy aquellos mismos atractivos, que

hallaban en él en su mocedad.

No hay que detenerse, dixo Don Cleofás, pongamos á este caballero entre los que merecen comer el pan de la casa de los locos. En ella retengo una jaula, dixo el Diablillo; para una señora que vive en una guardilla inmediata á la casa del Conde. Es esta una viuda vieja, que llevada de un excesivo cariño á sus hijos, ha sido tan buena que les ha hecho donacion de todos sus bienes; mediante unos cortos alimentos que los mismos hijos se han obligado á subministrarla, y que en agradecimiento tienen gran cuidado de no pagarla.

Quiero enviar tambien á esa casa á un solteron, sugeto bien nacido, el qual no bien se halla con un ducado en el bolsillo, quando va y lo gasta, y no pudiendo estar sin dinero no hay cosa que no haga por tenerlo. Quince dias hace que su labandera, á la que debia mil reales, se los fué á pedir, diciéndole los necesitaba para casarse con un ayuda de cámara que la pre-

tendia. Eso es decir, la dixo él, que tú tienes mas dinero, ¿por qué donde diablos está el ayuda de cámara que quiera casarse contigo por mil reales? Ha! Señor, respondió ella, tengo ademas de eso doscientos ducados! Doscientos ducados! replicó él con agitacion. Caspita! como me los des me caso contigo, y así quedamos en paz. La lavandera le cogió la palabra, y se casáron.

Guardemos tres lugares para esos tres que han cenado fuera, y se vuelven á esa casa que está á mano derecha, donde viven. El uno es un Conde que se precia de aficionado á las buenas letras; el otro su hermano el Licenciado; y el tercero un Erudito, amigo de ellos. Casi nunca se separan, y van siempre juntos á todas las visitas. El Conde cuida solo de alabarse; su hermano le alaba, y se alaba tambien á sí mismo; pero el Erudito está encargado de tres cosas, que son de alabar á ambos á dos, y de mezclar sus propias alabanzas con las de ellos.

Todavia se necesitan dos jaulas una para un viejo apasionado á flores, que no teniendo que comer, mantiene jardinero y jardinera para que le cuiden una docena de flores que hay en su jardin; y la otra para un comediante, que lamentándose de los disgustos anexos á la vida cómica, les decia el otro dia á algunos compañeros suyos: á la verdad, amigos, que estoy bien á burrido con la profesion. Aseguro que mejor quisiera no ser mas que un hidalguillo de lugar con mil ducados de renta.

Á qualquier parte que vuelva los ojos, prosiguió el Espíritu, no descubro sino celebros enfermos. Veo á un caballero del hábito de Calatrava que está tan ufano y engreido de que tiene conversaciones secretas con la hija de un grande, que se cree igual á las primeras personas de la corte. Es parecido á Vilio, que se imaginaba era yerno de Sila, porque estaba bien con la hija de aquel Dictador; y esta semejanza es otro tanto mas puntual quanto el ca-

ballero tiene así como el romano un Longaremus, que es decir, un rival que nada vale, y con todo es mas favorecido que no él.

Parece que los mismos hombres renacen de tiempo en tiempo con diversos aspectos. En ese oficial de la secretaría del Ministro reconozco á Bolano, que no guardaba atencion con nadie, y recibia con aspereza á todos aquellos que no gustaba llegasen á hablarle. En este viejo Magistrado vuelvo á ver á Tufidio que prestaba su dinero á cinco por ciento al mes; y Marseo que dió su casa paterna á la comedianta llamada Origo, ha resucitado en ese hijo de familia que consume con una muger de teatro una hacienda que tiene junto al Escorial.

Iba á proseguir Asmodeo; pero como oyó de repente que estaban templando varios instrumentos, se detuvo, y le dixo á Don Cleofás. Alcabo de esta calle hay una quadrilla de músicos, que van á dar música á la hija de un Magistrado. Si quieres ver de

cerca esta fiesta, no tienes mas que hablar. Yo gusto mucho, respondió Zambullo, de esta especie de conciertos; acerquémonos á los músicos, que quizá entre ellos habrá algunos que canten. No bien acabó de decir esto, quando se halló encima de una casa vecina á la del tal Magistrado.

Los que tocaban los instrumentos tocáron al principio algunas sonatas Italianas, y despues dos cantores alternativamente cantáron las coplas siguientes.

Si de tu hermosura quieres
Una copia con mil gracias,
Escucha, porque pretendo
El pintarla.
Es tu frente toda nieve:
El alabastro batallas
Ofreció al amor, haciendo
En ella balla.
Amor labró de tus cejas
Dos arcos para su aljaba,
y debaxo á descubierto
Quien le mata.

Eres dueña del lugar,
Vandolera de las almas,
Iman de los albedrios
¡Linda alhaja!
Un rasgo de tu hermosura
Quisiera yo al retratarla
Que es estrella, es cielo, es sol,
No es sino el alba.

Las coplas son discretas y amorosas, dixo el Estudiante, os parecen tales expresó el Diablo, porque tú eres español; pero si se traduxeran en otro idioma no harian mucha fortuna, porque las expresiones figuradas que contienen, parecerian una extravagancia de imaginacion que harian reir. Cada nacion está encaprichada de su gusto y de su ingenio; pero dexemos esos cantares, y vamos á oir otra música.

Seguid con la vista á esos quatro hombres que se han aparecido de improviso en la calle. Mira como van arremeter á los músicos; los quales para defenderse se cubren con los instrumentos, que no pudiendo resistir

á la fuerza de los golpes van volando por el ayre hechos astillas; atiende como llegan en su ayuda dos caballeros, siendo uno de ellos el que da la música. ¡Con qué corage acometen á los agresores! Pero estos últimos que no les ceden en destreza y valor los reciben con gran serenidad. ¡Qué lumbres echan sus espadas! Advierte que uno de los defensores de la música cae en el suelo. Es el que ha dado el concierto, y le hàn herido de muerte. Su compañero que lo ve, echa á correr; los agresores por su parte escapan, y todos los músicos desaparecen, y solo queda en el sitio el desagraciado caballero, cuya muerte ha sido el premio de la serenata. Mira al mismo tiempo detras de la celosia á la hija del señor Magistrado que ha estado desde allí observando todo el lance. Esta señorita está tan envanecida y pagada de su hermosura, aunque es bastante regular, que en vez de deplorar los funestos sucesos que acaba de causar, es tal su crueldad que se alaba de

ellos, y cree ser por eso mas linda.

No esta ahí el todo; mira á otro caballero que se ha parado en la calle á socorrer, si es posible, al que está nadando en su sangre, y atiende como miéntras se ocupa en una obra tan cristiana, le sorprehende la ronda que ha llegado, le lleva á la cárcel donde se mantendrá mucho tiempo, y no le costará ménos que si hubiera sido el matador.

¡Qué fatalidades suceden esta noche! dixo Zambullo. No será esta la última, replicó el Diablo; si estuvieras ahora en la puerta del Sol, te espantarias de un espectáculo que allí se presenta. Por el descuido de un criado se ha pegado fuego á una casa mágnifica, donde han quedado reducidos á cenizas muchos muebles preciosos; pero por mas ricos efectos que consuma, no sentirá su pérdida Don Pedro de Escolano, dueño de la posesion, si puede salvar á Serafina, su hija única, que está á peligro de perecer.

Don Cleofás quiso ver aquel incen-

dio, y en aquel mismo punto el Cojuelo le trasladó á la puerta del Sol, al tejado de una casa grande, frontera á la que se estaba abrasando.

CAPITULO XI.

Del incendio, y de lo que hizo en aquel lance Asmodeo por la amistad que tenia con Don Cleofás.

Oyéron desde luego las voces confusas de muchas personas; unas gritaban fuego, fuego; y otras clamaban por agua. De allí á poco advirtiéron que una gran escalera por donde se subia á la habitacion de Don Pedro toda estaba incendiada. Viéron despues salir por las ventanas llamaradas y bocanadas de humo.

El fuego está en su mayor fuerza, dixo el Cojuelo, ya las llamas que han llegado al techo empiezan á abrirse paso por él, y cubrir de chispas el ayre. El incendio toma tal cuerpo, que las gentes que de todas partes acuden á

apagarlo, no pueden hacer mas que estarlo mirando. Haz por distinguir entre la multitud de los espectadores á un viejo en vata; ese es el señor Escolano: ¿Oyes sus gritos y lamentos? Se encamina á los que estan junto á el, y les suplica encarecidamente vayan á libertar á su hija; pero por mas que les ofrece una gran recompensa, ninguno quiere exponer su vida por esta dama que se halla en la edad de diez y seis años, y es hermosa por extremo. Viendo que implora en vano su asistencia, se arranca los caballos y el vigote, se hiere el pecho; y el exceso de su pena le mueve á hacer acciones desatinadas. Por otro ado, Serafina desamparada de sus criadas, ha caido desmayada del susto en su quarto, en donde en breve la espesura del humo la ahogará. Ninguno puede socorrerla.

Ah! Asmodeo, exclamó Leandro Perez arrebatado de un impulso de lástima y generosidad. Cede á la piedad de que me siento poseido, y no deseches la súplica que te hago de librar

esta señorita de la muerte que tan de cerca la amenaza. Esto es lo que te pido en recompensa del servicio que te he hecho. No te opongas, como hiciste poco hace á mi deseo porque me costaria una pesadumbre mortal.

El Diablo se sonrió de oir hablar de aquella suerte al Estudiante, y le dixo: amigo Zambullo, tú tienes todas las prendas de un buen caballero andante, eres valiente, compasivo si ves padecer á otro, y muy dispuesto á servir á las doncellas. Di ¿serias hombre como otro Amadis, para arrojarte en medio de esas llamas por ir á libertar á Serafina, y volvérsela sana y salva á su padre? ¡Ojala que eso fuese posible! Respondió Don Cleofás, que lo executaria sin detencion. Tu muerte, replicó el Cojuelo, seria todo el pago de una proeza tan gallarda. Ya te he dicho que el valor humano de nada sirve en esta ocasion, y es forzoso que yo tome á mi cargo esta empresa por contentarte. Mira de que modo voy á manejarme, observa todas mis acciones.

No bien hubo el Cojuelo dicho estas palabras, quando tomando la figura de Don Leandro Perez, no sin gran espanto de este Estudiante, se metió entre la multitud, atravesó por medio de ella, y se arrojó al fuego que era su elemento, á vista de los espectadores que se asustáron de ver aquella accion, y la censuráron con un clamor general. ¿Qué desatinado? decia uno. ¿Cómo la codicia ha podido cegarle hasta ese punto? Si no estuviera loco rematado, el premio ofrecido no le hubiera tentado de manera alguna. Es precio, decia otro, que ese mozo temerario este enamorado de la hija de Don Pedro; y que penetrado de dolor haya resuelto el salvarla, ó perecer con ella.

Finalmente, todos contaban con que tendria igual suerte que Empedocles (*), quando de allí á un instante, le viéron salir de las llamas con Serafina.

(*) Poeta y filósofo siciliano que se arrojó á las llamas del monte Etna.

El ayre resonó con aclamaciones, y el Pueblo hizo mil alabanzas del esforzado caballero que habia executado una hazaña tan esclarecida. Quando la temeridad es feliz, nadie la censura; y este prodigio pareció á todos un efecto muy propio del valor español.

Como la señorita permanecia aun desmayada, no se atrevia su padre á dexarse llevar del gozo, porque rezelaba que despues de salvada tan felizmente del fuego muriese á su vista de la impresion que necesariamente la habria causado el peligro que habia corrido; pero en breve se sosegó, al verla vuelta de su parasismo con los remedios que aplicáron para ello. Entónces mirando ella á su anciano padre con rostro tierno, le dixo: Padre, mas pena tendria que alegria si viese conservados mis dias, y no los vuestros. ¡Ay, hija mia! la respondió él abrazándola, ya que no te he perdido, me consuelo de todo lo demas. Demos gracias, prosiguió, presentando al fingido Don Clofás, demos gracias los dos á este

caballero jóven, que es nuestro libertador. A él le debes la vida, no hay agradecimiento que baste á tan grande beneficio, y la suma que he ofrecido no alcanza para hacernos cumplir con él.

Cogió entónces el Diablillo la palabra, y con rostro comedido le dixo á Don Pedro: Señor, el galardon que habeis propuesto, no ha contribuido en nada al servicio que he tenido la dicha de haceros. Yo soy noble, y castellano, y el placer de haber enxugado vuestras lágrimas, y arrancado de las llamas al hechicero objeto que iba á ser alimento de ellas, es la paga con que me contento.

Viendo el señor Escolano el desinteres y generosidad del libertador, le tomó una suma inclinacion, y le suplicó fuese á visitarle, pidiéndole le concediese su amistad, ofreciéndole al mismo tiempo la suya. Despues que mediáron muchos cumplimientos de una y otra parte, se retiráron padre é hija á un quarto que estaba á lo último del patio. En seguida fué el Diabli-

llo á buscar al Estudiante, quien viéndole venir en su primera forma, le dixo: Señor Diablo, ¿me habrán engañado mis ojos? ¿No estabas ahora mismo en mi propia figura? Cierto que lo estaba, respondió el Cojuelo, y voy á explicarte el motivo de semejante transformacion. He formado un gran proyecto: mi fin es casarte con Serafina. Ya la he inspirado con la ficcion de tu semblante una pasion violenta á tu hidalga persona. Don Pedro está tambien muy satisfecho de tí, porque le he dicho muy cortesmente que en libertar á su hija no habia llevado yo otra mira que el complacer á los dos, y que la honra de haber dado fin á una aventura tan peligrosa era una recompensa de bastante precio para un caballero español. El buen hombre es de pecho noble, y no querrá ser ménos en punto de generosidad, y así te diré que en este instante está tratando en su interior, si os dará su hija para igualar su agradecimiento con el favor que él discurre le has hecho.

Miéntras lo resuelve, añadió el Cojuelo, vamos á un sitio mas favorable que este, para seguir nuestras observaciones. Dicho esto llevó al Estudiante, y lo puso encima de una Iglesia alta llena de mausoleos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

de los capítulos contenidos en este tomo primero.



